

Natalia Olmedo

Electrónicamente... tú



Agradecimientos

Es muchísima gente la que me ha apoyado para sacar esta historia a la luz. Lucy ha dado muchos bandazos no solo en la historia de su vida, sino también en la historia de su creación y su nacimiento al publicarla.

No os imagináis el orgullo que siento y la satisfacción de poder ofrecer por fin su historia completa, ya que lo suyo ha costado.

Quiero agradecer a todos los que me habéis dado un empujón para hacerlo, porque yo sentía que tenía que hacerlo.

Sobre todo doy millones de gracias a mis chicas de Chick Book por acogerla a ella y a su historia con los brazos abiertos y por el precioso prólogo con el que me nos han obsequiado a mi y a Lucy. Es precioso todo lo que hacéis por mí, tanto profesional como personalmente. GRACIAS.

Mamá, papá, Rebe, Fran sois mi motor en la vida.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Cómeme mejor by Caperucita Golfa Natalia Olmedo©, mayo 2018

Ediciones Chick Book

Diseño de portada: Nina Minina

Maquetación: Nina Minina

ISBN –

ISBN -

A Lucy, porque en el fondo somos una y a todas las mujeres que, en algún momento de su vida, se han sentido como ella.

A Jennifer, por su apoyo incondicional.

A mi madre, por ser el mejor ejemplo de mujer y mi modelo a seguir.

PRÓLOGO

por Nina Minina

Hace unos pocos años empecé una aventura personal que me llevó a mucho más de lo que yo esperaba. Algo que empezó siendo un hobby se convirtió en casi un modo de vida, porque lo de escribir, lo creáis o no, lleva sus horas y sus pequeños grandes sacrificios, que no voy a enumerar, pero haberlos, haylos. Nosotros, los que escribimos, lo sabemos. Aun así, entre lanzadita que es una y que tampoco se me paran las moscas encima, decidí ir un poco más allá de mis labores y ofrecí mi ayuda desinteresada (en la medida de lo posible y con mis rudimentarios conocimientos) a otros compañeros que, con este mismo hobby o modo de vida, deseaban ver sus escritos publicados en el todopoderoso Amazon. Como yo, en los albores, estaban un tanto perdidos y les eché un cable, y ahí, la verdad sea dicha, empezó otra andadura. En uno de esos rodeos que da la vida o el Facebook o el Twitter, conocí a Natalia, una muy buena escritora y mejor persona. Natalia es muy joven (cosa que envidio), entusiasta, con ganas de crecer, aprender, triunfar, y con una capacidad para contar historias maravillosas, valga la redundancia, maravillosa.

Cuando Natalia me dijo que iba a sacar al sol a Lucy (así la llamamos en la privacidad del WhatsApp) me alegré muchísimo por ella; sabía que la tenía en el cajón de «para más adelante» por motivos que no vienen al caso y que le tenía gran cariño tanto a la historia como a los personajes que cobran vida en ella, y es la historia que podréis disfrutar cuando terminéis de leeros este, llamémosle, prólogo. Así que el día que me pidió que le escribiera el presente «prólogo» me puse como loca a pensar, porque yo nunca había hecho algo así para otros, y parece mentira que yo diga esto, porque si alguien me conoce sabrá que no soy una persona que se quede sin palabras, pero cuando se trata de dar mi opinión sobre un libro me quedo literalmente muda. Nunca sé qué decir. Y en este caso menos aún, porque no sabría qué decir de Natalia que otorgara un tenue viso de lo especial que ella es. Su voz es maravillosamente dulce, si te dejas llevar por ella te irá envolviendo con sus sedosas manitas, atrapándote sin apenas darte cuenta, hasta que suelte un taco de los suyos, ya

que deslenguada es un rato la niña, pero así es Natalia, toda corazón y ternura con un plus macarra que te arrancará más de una sonrisa. Natalia es de decir las cosas claras, no se anda con tapujos, la chirla es chirla y la polla es polla (y aquí no estoy haciendo ningún tratado zoológico, aunque lo pueda parecer). Yo, a decir verdad, valoro esa valentía suya; el ser uno mismo a día de hoy, pese a todo, digan lo que digan. Que hay que aprender sí, que hay que dejarse llevar, por supuesto que no, eso es en mi humilde opinión lo que hace valer a los autores, descubrir su personalidad en cada una de sus novelas, que su esencia se mantenga inmune y que puedas reconocer su identidad en sus palabras a ojos cerrados.

Cuando Lucy cayó en mis manos, me puse a leerlo y cuál fue mi sorpresa que cuando me quise dar cuenta ya estaba en el final. Prácticamente lo había esnifado, y perdonad si os molesta esta palabra, pero es que fue así, me tenía enganchada como una droga dura. No podía despegar los ojos de las páginas, atrapada en su intensidad, en la vida desmadejada de su protagonista, una mujer real, a la que la vida vapulea, pero sigue adelante. La manera que tiene Natalia de plasmar la historia que vais a leer pegadas a las páginas, con ese estilo personal suyo que no deja de hacerte sonreír, es lo que hace realmente especial el libro, y por extensión a su autora.

Me encontré con una historia intensa pero narrada con mucha frescura. Con una protagonista, que como muchas mujeres jóvenes, no encuentra su verdadero camino en la vida, y por ende se ve inmersa en una jungla de sentimientos y contradicciones. Lucy es valiente, atrevida, fuerte e indecisa. Pero la suerte parece estar de su parte en toda esta encrucijada, y Lucy logra vencer todos los obstáculos con inteligencia y pasión.

Capítulos cargados de emociones que desembocan en un final apoteósico, y que dejarán al lector un buen sabor de boca.

0

Lucy

Cogí mi agenda de terciopelo negro y me senté en el sofá, mi cuerpo desplomado con hastío. Me entraron unas ganas tremendas de quemarla con alcohol de romero y un soplete, había demasiado en aquellas páginas. Tanto bueno como malo. Pero en ese momento no sabía qué parte pesaba más y con cuál debería quedarme para seguir adelante.

Estaba perdida, me encontraba totalmente *lost in traslation* y fuera de lugar. Parecía que siempre iba a navegar a la deriva como la barca de Remedios Amaya. ¿Acaso no encontraría nunca un puerto en el que echar amarras y ser feliz?

No, definitivamente no. Parecía que la vida quería darme de hostias reiteradamente. Era un maldito *punching ball* humano con los carrillos encendidos de soportar tanto golpe.

Pensaba que había sentado la cabeza, que tenía una meta fija y perfectamente estudiada para seguir adelante; que amaba a una persona a la que consideraba maravillosa y era sensacional ser correspondida, y que por fin me había aventurado a estudiar aquello que tanto me apasionaba.

Llevaba dos años estudiando la carrera para detective privado a distancia en la Universidad de Elche. Todo era perfecto. Incluso me había probado varias gabardinas en Zara (por suerte, están de nuevo de moda, ¡gracias Amancio!). Incluso esa posibilidad de estar embarazada era jodidamente perfecta, a pesar de que la gabardina pasaría de ser estilosa a ser una funda de camión en pocos meses. Pues no. Toda esa perfección y esa felicidad habían sido una estafa, el timo de la estampita, una mentira y un cuento chino.

Yo Lucy, la valiente y decidida Lucy, iba dando tumbos sin parar.

Me casé con un patán que me era infiel con más de una mujer, un máquina total en las artes amatorias, todo hay que decirlo. Tenía ganas a cualquier hora del día, y repartía su amor a diestro y siniestro. Pero lo que me hace gracia ahora, hizo que cayera en depresión. Me separé y me fui a vivir sola a un pequeño estudio alquilado sin lujos y con mi vieja máquina de

escribir en la que teclear las columnas para el periódico en el que trabajaba: *La crónica diaria*. Todo mi ser estaba a merced de que alguien me encontrara muerta un día por mi falta de apetito y mi poco interés por la vida en general. Era un alma en pena que ni fuerzas tenía para teclear en la Olivetti *vintage*, y es que todo en aquella época estaba gris y pasado de moda en mi vida.

Pero después de aquello, y de unos cuantos gin-tonics, conseguí recuperar el interés por algo. Aunque fuera por robar las pruebas de la escena de un crimen en la que no estaba autorizada a entrar... conseguí que el comisario Jonás De la Torre, pidiera mi colaboración en el caso de la muerte de Almudena Salamanca por mis buenas dotes de investigación, obviando mis buenas dotes como la nueva Vincenzo Peruggia.

Y gracias a aquello conocí a Samuel, el policía que se encargaba junto a De La Torre del caso. Samuel Quilates, y es que el apellido le va que ni pintado, pues brillaba ante mis ojos como el oro.

Me dio la tranquilidad que necesitaba y consiguió que volviera a confiar en alguien y enamorarme. Estuvo a mi lado en momentos difíciles y me apoyó cuando tuve que denunciar a mi exmarido. Fue tanto lo que me apoyó, que me lie la manta a la cabeza y le invité a vivir conmigo.

Pero las cosas se volvieron a torcer, alguien que se apellida Sparrow no podía tener una vida perfecta, donde las cosas salen a pedir de boca y te envuelve un halo rosa de felicidad. ¿Habéis visto los dientes de Johnny Deep encarnando a ese personaje? Pues eso...

Mi príncipe Quilates, se convirtió en quilates de mierda el día que se lio con otra, motivo por el cual lo eché de casa. Y de nuevo empezó a pesarme el cuerpo y a necesitar endorfinas en forma de droga legal, pero que decidí posponer creyendo que podía estar embarazada de ese maldito...

1

Lucy

Miré embelesada la prueba de embarazo que acababa de comprar. ¿Era posible que pudiese estar embarazada? Por Dios... lo que me faltaba. Y no lo pensaba por el hecho de tener un bebé ahora, no. Siempre quise ser madre y en aquel momento me hubiera parecido bien porque tenía un trabajo con el

que financiar todos los gastos de mi hijo. Podría alquilar un piso más grande... O, al menos, uno con dos habitaciones, incluso meterme en una hipoteca.

Estaba sana y mis veintinueve años me parecían una edad muy óptima para sentar la cabeza y convertirme en madre. Pero... siempre hay un pero: el plan tenía flecos. Tenía un fleco además con nombre y apellidos: Samuel Quilates.

Después de lo que había pasado entre nosotros, después de su desliz, no podía plantearme el hecho de tener un hijo suyo, porque en ese momento no quería saber nada de él por mucho que mi corazón lo amase de aquella manera brutal y desmedida.

Todavía me pesaban los recuerdos que tenía junto a él: cómo hizo la vista gorda para que me colase en la escena del crimen de Almudena Salamanca, cómo me convenció de que el amor podía ser bonito, cómo me hizo perder el miedo, cómo me llenó de felicidad, cómo me defendió ante mi exmarido... Sí, y también cómo se lio con otra una noche de fiesta. ¡Genial!

Me dispuse a encender un cigarrillo y, al instante, me golpeé yo misma la mano derecha. No podía fumar. No señor. ¿Y si estaba embarazada?

Miré de nuevo el test, aún dentro de la caja de cartón que lo protegía. Esta vez lo observé con miedo. No quería, no. No quería estar embarazada. Me daba pavor que saliese positivo. Bueno, más bien, me daba pavor el hecho de plantearme abortar.

Estaba sola. Solo Romeo me acompañaba. Mi lindo gatito estaba conmigo en las buenas y en las malas. ¿Cómo reaccionaría ante la llegada de un bebé? ¿Se pondría celoso? ¿Le querría y protegería? Pensé en ir al baño y hacerme la prueba. No. Estaba aterrorizada.

¿Y si llamaba a Claudia? Si la llamaba podría acompañarme y esperar juntas el resultado. ¿Me echaría la bronca? No, Claudia siempre me apoyaría, eso es lo que hacen las hermanas. Pero seguramente se lo contaría a nuestra madre y esta se alegraría, pero no se alegraría tanto cuando le contase el verdadero problema. Entonces tendría que darle unas explicaciones que... ¡lástima! para mi madre no servirían. Creo que para ninguna madre servirían.

Pero ¿era realmente un problema tener un bebé de Samuel? Él se haría cargo, lo sabía. Pero no había vuelto a llamarme, ni tampoco me había

mandado ningún mensaje tras echarlo de casa. ¿Realmente me quería? ¿Quería estar conmigo? Entonces ¿por qué no me había llamado?

Tampoco esperaba, ni quería, que me suplicase perdón de rodillas, porque lo habría mandado al carajo. ¿Entonces...?

Vale, mi cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas a la espera de encontrar una respuesta certera a todas aquellas preguntas que me estaban comprimiendo el cerebro. Tenía que hablar con alguien. Contarlo. Necesitaba desahogarme. Eso se resumía en tres palabras: Gabinete de crisis.

2

Lucy

Tenía confianza ciega en mis amigas y mi hermana, y era algo recíproco. Nos lo contábamos todo, hasta las cosas más absurdas y vergonzosas. Nunca nos juzgábamos. Y si lo hacíamos, con el tiempo, entendíamos que era por nuestro bien.

Teníamos un código: gabinete de crisis.

Cuando alguna de nosotras pronunciaba esas tres palabras, acudíamos sin demora para buscar la solución más correcta. Y eso hice aquel día, acudir a ellas escribiendo esa frase en nuestro grupo de WhatsApp.

Lola y Martina aparecieron en mi estudio sin retraso tras salir del periódico, donde las tres trabajábamos, y Claudia llegó un poco antes. En realidad, mi hermana vino casi con la lengua fuera en cuanto leyó el mensaje. ¿Qué puedo decir sobre mis amigas? Muchas cosas buenas, eso seguro. Lola es la persona más dulce del mundo, y se ha convertido en alguien muy especial para mí desde que la conocí al comenzar a trabajar en la sede del periódico *La crónica diaria* como periodista tras terminar la carrera. Y Martina, bueno... Martina es esa cabra loca que siempre hay en todos los grupos de amigas. Fue compañera mía en la facultad y, tras dar tumbos por la vida siendo azafata de vuelo (no me preguntes por qué no ejerció, creo que ni ella misma lo sabe), consiguió trabajo en la misma sede que Lola y yo. Yo las presenté antes de eso, por supuesto y, entre las cuatro, contando con Claudia, formábamos un grupo inseparable.

—Si es que ya decía yo que me parecía muy raro que tú faltases al trabajo —dijo Martina nada más entrar tras besarme la mejilla—. Estás horrible. ¿Qué pasa?

Después de que Lola me estrechase de forma suave contra su cuerpecito, las hice sentarse en el sofá, al lado de Claudia, y las miré seria, porque el asunto a tratar lo era.

Nada más mandarles el mensaje, había guardado el test de embarazo en

mi bolso, cada cosa a su tiempo, primero tenía que contarles lo que había pasado entre Samuel y yo.

Mi hermana ya sabía la primera parte, pero no sabía aún que Samuel había reconocido finalmente lo que David, un amigo y excompañero del periódico, me había contado la tarde anterior. Y atención aquí: David había visto a Samuel besándose con otra tía. Les relaté todo, paso por paso: que fue en una fiesta, que él había bebido más de la cuenta y que la chica se le lanzó y que él no se apartó. Menudo capullo.

—¿Cómo?! ¿Qué ha hecho qué? ¡Le voy a arrancar los ojos! ¡Le rebanaré los cojones y se los pondré de bufanda!

Esa fue Martina ofendidísima, levantándose de un salto con el hacha en alto. Por su parte, Lola se había llevado las manitas a la boca y no pronunciaba palabra alguna y Claudia se frotaba la frente con la mano derecha y tenía la mirada perdida.

—Martina, tranquila. Es que ese no es el problema —dije, intentando calmarla.

—¿Cómo que no es el problema? Pero ¡tía! ¿Tú te oyes? ¡Qué te los ha puesto! ¡Que se ha morreado con otra tipa y tú te has comido sus babas!

—¿Podrías ser menos explícita? Estoy mal, por si acaso no lo has notado.

—Martina, Lucy tiene razón. Déjala explicarse —añadió Lola mucho más comedida, como era ella.

Claudia se mantuvo en silencio y Martina, después de soltar un bufido, se sentó de nuevo en el sofá y añadió:

—Vale, perdona. Pero es que no lo puedo creer... Te lo juro, Lu.

—A ver, *monguer*. ¿Qué pasa? Porque está claro que tiene que ser más grave que esto para que lo dejes en un segundo plano —dijo Claudia tranquilamente.

Resoplé, soltando lentamente el aire por la boca. Estaba muy nerviosa e intenté tranquilizarme por todos los medios. Me alejé un poco de ellas y fui hacia la barra de la cocina americana, donde había dejado mi bolso. Lo cogí, metí la mano dentro y saqué la caja del test de embarazo.

—¿Qué es eso? —preguntó Martina, con el ceño fruncido, mientras

miraba el envoltorio.

Se lo pasé y lo cogió con sus manitas nerviosas, haciendo mucho ruido, pues llevaba varias pulseras en las muñecas.

Lo miró con los ojos fuera de las órbitas y luego subió la mirada hasta mi cara. Volvió a mirar la caja y de nuevo puso sus ojos en los míos.

—No jodas...

Claudia se tapó la cara con las manos; Lola se persignó y yo las miré mordiéndome las uñas. Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas.

—Vale, vale, vale, chicas, relax, ¿de acuerdo? —dijo Martina levantándose y poniéndose a mi lado. Creo que más que tranquilizarnos a nosotras, lo que quería era calmarse ella. Estaba notablemente nerviosa—. Lu, vamos a ver... es solo un test de embarazo, ¿vale? No pasa nada. Te lo haces y ya está. Estás con nosotras. Tenemos que saberlo. Háztelo y ya decidiremos según lo que salga —dijo mientras me acariciaba un hombro con una mano y con la otra sostenía la caja.

Asentí como pude.

—Pero ¿y si...? —empecé.

—Y si nada, el resultado va a ser el mismo te lo hagas o no. —Me cortó Claudia, poniéndose en pie—. Lo tienes que saber ya. ¿Eres una cobarde? ¿Después de todo lo que has pasado te da miedo hacerte una prueba de embarazo? Tienes que poner un poco de pipí aquí. —Le arrebató a Martina la caja y, abriéndola, me señaló el extremo donde se depositaba la orina.

—De acuerdo.

—Yo te acompaño, cielo —dijo Lola, levantándose también—. Esperad aquí. Vosotras sois demasiado impacientes, le cortareis el pis.

Las otras dos asintieron y, después de que Claudia me devolviera el test, Lola y yo nos dirigimos al cuarto de baño.

—Lola, no puedo —dije, una vez estuvimos dentro y me hube sentado en la taza del váter con la tapa cerrada.

—Sí puedes. Venga. Voy a abrir el grifo para que te entren ganas —me replicó.

Dejé el test esperando en el lavabo mientras me bajaba los pantalones y las braguitas y, después de cogerlo, me senté en la taza del inodoro, esta vez con la tapa abierta. El contacto frío de la porcelana me puso la piel de gallina. Lola abrió el grifo y poco después oriné. Sin querer mirarlo, le tendí el test a mi amiga mientras me limpiaba y me subía la ropa interior y los pantalones, y salimos de nuevo al comedor.

—¿Ya? —preguntó impaciente mi hermana.

—Aquí pone que hay que esperar cinco minutos —apuntó Martina con las instrucciones en la mano.

—De acuerdo. Pues vamos a esperar —dije yo.

Y sí, como puedes imaginar, fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Más que nada porque Martina preguntaba cada diez segundos si había salido algo ya. ¿A qué mujer no le han entrado los siete males en ese momento? Estábamos las cuatro sentadas en el sofá, mirando fijamente el test como si nos hubiera hipnotizado.

Cuando pasó el tiempo pertinente, nos inclinamos hacia delante las cuatro a la vez, pues una de las casillas se estaba rellenando. Una rayita era no, dos, sí. Pues bien... ahí estábamos expectantes.

Tres segundos después... Una rayita. Pasaron los segundos y... Se quedó así. Martina cogió el test escrupulosamente con los índices de sus dos manos y lo estudió con ojo clínico.

—Solo una —confirmó, soltando el aire.

—¿Solo una? —dije yo.

—Ajá. —Asintió con solemnidad.

Le quité el test de las manos y, con las mías temblándome, lo miré. En efecto, solo una rayita. Y no me preguntes por qué pero... rompí a llorar.

—Pero, ¿y ahora por qué llora? —preguntó Claudia sin entender.

—Pues porque... —intenté decir, entre hipidos, dejándome caer en el sofá—. Porque ahora el problema se resume a que Samuel es un completo gilipollas.

Las tres se miraron alucinadas y luego me miraron a mí, que había

enterrado la cara entre mis manos. Martina se sentó a mi lado y me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Venga, Lu... —dijo mientras, de un empujoncito, me acomodaba la cabeza en su regazo.

—¿Qué le he hecho yo? —dije sorbiéndome los mocos, y probablemente manchando el pantalón de Martina también de ellos.

—¡Pues nada! ¿Qué le vas a hacer? —dijo ella.

—Pues claro que no le has hecho nada, mi niña... si tú eres un solete —intervino Lola, acariciándome el pelo.

—¿Quieres que hable con él? —preguntó Claudia.

—¡No! —grité—. Ni siquiera se ha dignado a hablar conmigo.

—Es que a lo mejor está arrepentido y ha sido un error.

—Deja de defenderle, Claudia. Es él quien tiene que dar el paso y hablar con ella si de verdad la quiere —se quejó Martina.

—¿Y si no me quiere? —dije yo.

—Sí te quiere. Pero es que todos los hombres son iguales, Lucy. Todos cortados por el mismo patrón —sentenció Lola.

Me levanté del regazo de Martina y me limpié las lágrimas con la manga del jersey.

—¿Y qué? —repliqué—. ¿Es que no puedo cruzarme con uno que sea distinto? ¿Con uno que no me traicione? Primero fue Adán, después Kilian...

—Le has llamado Kilian... —apuntó Lola.

La miré por un segundo y me arrepentí al instante. No había vuelto a llamarle Kilian desde que me había enterado de su infidelidad. Desde entonces lo llamaba Samuel, Samuel Quilates. Su verdadero nombre, y que él odiaba hasta el punto de cambiárselo y apodarse a sí mismo como Kilian.

Recordé en ese instante el momento exacto en el que me lo contó. Era nuestra primera cita e íbamos en su coche. Recordé lo nerviosa que me ponía al principio cuando estaba con él y lo que me reí cuando me explicó lo de su nombre. Y tú, querida lectora, siendo mujer entenderás las primeras mariposas en el estómago cuando un chico te empieza a gustar... ¿No es

cierto?

De fondo sonaba *She will be loved* de los Maroon 5 en la minicadena del coche. Me gustaba esa canción.

— Esto... ¿Y tu nombre? — pregunté, intentando hacer caso omiso al comentario que hizo el conductor y al hormigueo interno que me había invadido.

— ¿Qué pasa con mi nombre? — dijo mientras me miraba sonriendo.

— Es inglés, como el mío — contesté.

— Ya, pero no es mi verdadero nombre, más bien se trata de un apodo.

— ¿En serio? Dime tu nombre — dije entre risas.

— Samuel Quilates —respondió muy serio y desviando su mirada por la ventanilla.

No pude evitar soltar una carcajada.

— Lo sé, lo sé, ríete, es normal... — dijo aguantándose la risa —. Odio mi apellido, de ahí el apodo de Kilian, me gusta el nombre. Quil... ates, Kil... ian. Lo mismo.

Una pequeña punzada de dolor se me clavó en el pecho, alejando esos bonitos recuerdos.

—Samuel, quería decir Samuel...

—Según un estudio, el ochenta por ciento de los hombres son infieles —dijo Martina pensativa, cambiando de tema.

—¿Y dónde queda el porcentaje restante? —preguntó Lola.

—Pues... son maricas —respondió Martina muy seria.

Las cuatro nos quedamos en silencio hasta que Claudia lo rompió con una risita reprimida. Las tres la miramos y no pudimos evitar reírnos también. Y, de pronto, estallamos en carcajadas.

—Ahora, que yo no tengo nada en contra de ellos, ¿eh? Que a mí me encantan los gais —aclaró ella.

La charla con mis amigas se alargó un poco más y me animaron, como era de esperar, con muchos mimitos y un buen chute de chocolate caliente. Eso son amigas y lo demás son tonterías. A un buen drama siempre hay que

meterle ¡azúcar! Después se marcharon y volví a quedarme sola en casa, con Romeo restregándose por mis piernas y dándome consuelo y apoyo, aunque bastante más animada.

Belmonte, mi jefe, me llamó poco después para preguntarme cómo estaba y para decirme que, si quería, me quedase en casa hasta el lunes siguiente, descansando. Y yo no sabía qué era peor, si quedarme en casa comiéndome la cabeza o ir a la redacción y hacer como si nada. Pensándolo bien, me hubiera venido bien despejarme, pero me sentía como esas heroínas de las novelas que sufren por amor. Necesitaba llorar hasta vaciarme de dolor y hacerme a la idea de que estas cosas también pasaban en la vida real. Toda la perfección que creí tener en mi relación con Samuel se había ido al traste, y seguro que no era la primera ni la última mujer deprimida que sufría agonía amorosa.

Así que decidí tomarme esos días (una semana) para quedarme en casa, descansar, pensar y hacerme a la idea de la mierda de situación que el destino había preparado para mí.

—Una semana —me dije en voz alta—. Ni un día más, Sparrow. Tienes una semana para llorar toda la mierda, recuperarte, coger fuerzas y volver a ser tú. O al menos volver a ser persona, que ya es un paso.

3

Kilian

—Llámala —dijo Ismael tras darle un trago a su botellín de cerveza.

Era mediodía y estábamos de pie en la cocina del que un día también fue mi apartamento, picando algo.

—No —respondí con un suspiro.

Me restregué los ojos. Había pasado una noche de perros, dando vueltas y más vueltas en la cama, martirizándome hasta decir basta: insultándome y juzgándome a mí mismo por aquel error, después de que Lucy me dijese que no quería dormir conmigo y me echara de nuestro estudio.

—¿Por qué no? —me preguntó mi primo frunciendo el ceño. Estaba pesadito.

—Porque no sé qué decirle... La he cagado con ella.

—Pues por eso mismo. Rectifica. Haz que ella se dé cuenta de que estás arrepentido.

Resoplé y añadí:

—No quiero llamarla, Ismael...

—No te entiendo, de verdad que no te entiendo. Entonces es que no la quieres, al menos no como dices o como creías hacerlo.

—¿Acaso sabes tú mejor que yo acerca de lo que siento por ella? —Lo miré ceñudo. Estaba empezando a exasperarme. Me estaba agobiando.

—Yo lo que sé es que cuando una persona quiere a otra deja el orgullo de lado y tú no lo estás haciendo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Eh? ¿Qué hago? Ella no confiará en mí por mucho perdón que le pida. No es orgullo, es...

—Es egoísmo, tío. Lo que te pasa es que eres un puto egoísta que no piensa en nada más que en su maldito ego y en su orgullo. Encima de que no

te dejas ayudar, haces daño a la gente. Y es gente que te quiere. ¿Qué pensaría tu madre? Estás volviendo a hacer lo mismo. Estás haciendo lo mismo que cuando ella...

Sus palabras se quedaron en el aire cuando lo agarré de la pechera y descargué toda la rabia que sentía dentro, empujándolo contra la pared más próxima.

—¿Cuándo ella qué?! ¿Cuando murió? ¿Querías decir eso? ¿Cuando murió por mi culpa en aquel accidente de coche porque el hijo de puta de mi padre y yo estábamos discutiendo? ¡Ni se te ocurra mencionar a mi madre! ¡A ninguno de los dos! —Lo solté e intenté tranquilizarme—. ¿Qué le digo? ¿Que desde entonces fui otra persona? ¿Que me autobauticé con el primer apodo absurdo que se me ocurrió con tal de borrar mi nombre y mi apellido porque no quería seguir siendo Samuel Quilates? ¿Aquel que tenía que aguantar cómo su padre pegaba a su madre y que desde el día en que ambos murieron no soportó seguir siendo quien era? ¿Le digo eso? ¡Saldría huyendo y con razón! No es orgullo, Ismael. No sé cómo lo hago, pero alejo a todas las personas a las que quiero.

Solté un bufido de paz interior después de haber descargado todo aquello que me oprimía el pecho.

Ismael se alisó la sudadera, pues había quedado arrugada donde yo la había apretado entre mis puños.

—Te recuerdo que tu madre era mi tía, mi preferida, además. Jamás le faltaría el respeto. Tienes que superarlo, Samu.

Una pequeña punzada de dolor se apoderó de mi corazón al oír aquel diminutivo de mi verdadero nombre.

—¿Y cómo lo hago?

Terminó de beberse su botellín y añadió, mientras se ponía la chaqueta:

—Llámala y habla con ella. Hazlo como quieras. ¡Maldita sea, pero llámala!

Acto seguido salió de la cocina y escuché la puerta de entrada cerrarse de un portazo. Mi primo me aguantaba demasiado.

Eran muchos años de lucha interior e Ismael siempre había estado

conmigo, soportando mi mal humor, los desaires y sobre todo mi vacío interior... Ese tan grande que se había asentado como un dios todo poderoso en el centro de mi pecho desde el día en el que mis padres murieron en un accidente de coche. Un accidente del que me sentía por completo responsable.

Mi padre y yo discutíamos, mi madre iba al volante con un ojo negro. Era la gota que colmaba el vaso, no aguanté más y me encaré con él hecho una bestia, pues sabía de sobra que él era el responsable de esa nueva magulladura, no era la primera vez. Nuestros gritos y nuestra pelea distrajeron a mi madre, que perdió de vista la carretera por un segundo. Tras eso no pudo recuperar el control del coche y nos salimos de la carretera, despeñándonos por un barranco. Murieron en el acto, y yo me salvé, aunque la recuperación fue larga y dolorosa.

Es casi increíble que un solo segundo pueda cambiarte tanto la vida, cómo un espacio tan pequeño de tiempo puede provocar una herida tan profunda que jamás pueda llegar a cicatrizar. En un segundo perdí a mi madre, la persona que más quería en la vida. En un segundo me quedé solo. Aunque nunca estuve solo en realidad. Mi tía, la madre de Ismael y hermana de mi madre, me acogió en su casa como a un hijo, y allí me refugié en la música y en mis oposiciones para la policía. Con el tiempo la herida fue cerrándose, pero nunca llegó a desaparecer del todo, de pronto supuraba atormentándome, y mi primo siempre estuvo ahí junto a mí. Deberían ponerle un altar, porque yo podía llegar a ser insufrible.

Quizá tuviera razón y tenía que llamar a Lucy. Puede que me escuchase o puede que no, pero yo la quería y no podía también perderla a ella.

4

Lucy

Pasé unos días de mierda, aunque eso era de suponer. No me duchaba porque me sentía triste, me aficioné a la comida precocinada porque estaba demasiado deprimida para cocinar, y menos mal que Romeo con su pienso estaba contento, ya que tendría que sumar al dramón, un minino mirándome con mala cara.

No cambiaba de peinado y me contentaba con un topo alto y desabrido de andar por casa. Me puse todas las películas moñas que encontré con las que llorar bien a gusto; me zampé todo el helado que una persona humana puede ingerir sin explotar, y solo salí a la calle para comprar pastelitos al peso del supermercado de la esquina, más helado y pañuelos desechables. Mi cara parecía un tomate hinchado y encima me bajó la regla. Te haces una idea, ¿no? Sé que me entiendes. Todas hemos tenido en la vida algún momento de bajonazo.

Pues sí. Así estaba yo, en plan: Tierra trágame y escúpeme en el infierno.

Supongo que en los fiascos amorosos hay varias fases, al menos yo lo experimentaba de ese modo. Primero, la tristeza, en la que te sientes morir de amor llorando por todos los rincones como la Zarzamora; Segundo, la rabia, en la que tramas múltiples venganzas dolorosas para que el desgraciado que te hizo sufrir experimente en sus carnes la peor de las torturas; Tercero, la melancolía, en la que echas de menos a ese vil patán y en un gesto de debilidad le haces una llamadita (yo no lo hice, que conste, pero ganas no me faltaron); Y luego viene la de «me vengo arriba y me follo al primero que me diga algo bonito» (si estás muy desesperada, un «hola, tú», puede bastar); y, por último, llega la aceptación, que es cuando ya has asimilado lo que te ha pasado y decides qué hacer con tu vida y qué rumbo tomar.

Pues bien, el viernes por la noche me encontraba en esa de «me follo al primero que me diga algo bonito». Y, eso, es despecho puro. Claro, no hay vuelta de hoja, porque... todas sabemos que en esa fase aún seguimos

estando hasta las trancas por el gilipollas que nos ha roto el corazoncito.

Me aseé, me puse muy mona y me fui a un bar. Pero no a un bar cualquiera, no. Soy tan masoquista que me fui «al bar de siempre». El mismo bar donde Samuel y yo disfrutamos de un whisky el día que el comisario De la Torre me pidió que colaborase con él en la investigación del asesinato de Almudena Salamanca.

Y llegados a este punto, lo mejor es ponerte en antecedentes. Yo, Lucy, excediéndome en mis labores específicamente periodísticas, robé unas pruebas de un caso policíaco en la escena del crimen cuando solo tenía que ir a hacer unas fotografías de rigor para el periódico. Pero no lo pude evitar, en mi defensa diré que mi pasión por la investigación va tan lejos que me hace hacer ese tipo de cosas tan, llamémoslas, inapropiadas o imprudentes, pero así soy yo, qué le voy a hacer.

Todavía recuerdo la adrenalina que sentí cuando hice aquello...: el olor desagradable y hediondo que impregnaba el ambiente; el estado del cuerpo sin vida de Almudena Salamanca el cual mostraba golpes y moratones en los pómulos, la nariz y los labios, brechas en la frente y la cabeza y aquellas marcas en el cuello como si alguien hubiese querido extinguir con sus propias manos la vida de aquella mujer; los distintos ángulos en los que hice las fotos; aquella foto con la que me resbalé y que guardé en mi bolso junto a aquel trocito de piel que encontré debajo de una de las uñas del cadáver y aquella leontina de oro reposando en el suelo...

Fue muy, muy grande la excitación que sentí dando cada paso como si de verdad tuviese el título de detective privado...

Sé que fue un error, sé que lo hice mal...pero quizá si no lo hubiese hecho Samuel no hubiese intercedido por mí ante el comisario y no hubiese colaborado en el caso y, por ende, no le hubiese conocido ni hubiera pasado aquellos momentos tan bonitos a su lado...

Así que, así sucedieron las cosas... así entró Samuel en mi vida y, desde ese momento, ese bar se convirtió en uno de nuestros sitios predilectos... Así que queda más que claro que no fui allí por casualidad, tenía la vaga (y no tan vaga) esperanza de encontrármelo allí y darle un poco en los morros con su propia medicina.

Pues nada, allí estaba yo el viernes por la noche. Empecé con unas

cervezas, pero claro, no me contenté con eso y al rato pasé a los gin-tonics que, para mí, son la mejor bebida alcohólica del mundo. Iba por el segundo (y Samuel no había hecho acto de presencia) cuando busqué en mi BlackBerry una canción pastelosa, que me recordaba mucho a él, y pasó lo inevitable: empecé a llorar. Pero a llorar de verdad, como una descosida sin freno, y eso que esa fase ya la había pasado. Pensaba que no me quedaban más lágrimas, pero se ve que no, que el cuerpo es una fuente inagotable de ellas. Y no contenta con eso (es un decir, porque estaba triste tristísima), me puse entonces la canción de Beret *Nunca se hará tarde*. ¿Por qué quería escucharla? Ni yo misma lo sé, pero estaba regocijándome de lo lindo en mi propia miseria y es que al ser humano le gusta mucho hurgar en las heriditas, como que nos sentimos más vivos, creo yo. Esta canción me mataba, era la que escuchamos en su cama, la primera vez que fui a su casa. Y qué a gusto me estaba quedando: lloré y lloré más y más y más. Y las lágrimas no se acababan. Inagotables. Tanto lloré que el camarero, en un alarde de profesionalidad, terminó por acercarse a mi mesa. Estaba en la terraza sentada sola, bebiendo y muriéndome de frío.

—¿Señorita, le sucede algo? —preguntó.

—Sí... —respondí sollozando—. Me suceden muchas cosas... Tráeme otro de estos —le pedí señalando mi vaso de tubo vacío—, pero esta vez en copa de balón, que da menos pena.

El camarero no dijo nada y, aunque pareció dudar, finalmente me trajo esa copa. Después de esa, aún me bebí unas cuantas más. Acabé bien borracha, de eso que no ves ni donde dejas las cosas y se te cae todo al suelo. Intenté encenderme un cigarro con mis queridas cerillas, pero todas se me rompían en el intento de prenderlas. Lloré más. Ya no sabía encender ni un maldito cigarrillo. Qué triste era mi vida.

El camarero volvió a acercarse e intentó ayudarme a encenderme el pitillo. Lo consiguió, claro, a la primera y lo miré con envidia.

—Señorita, creo que no debería beber más —dijo con voz preocupada.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no? ¿Quién te crees que eres para darme consejitos ahora, mi padre? —le contesté muy borde.

—No, señorita. Pero no voy a traerle más bebida.

—Pues vale, desagradecido. ¡La cuenta! Me iré a otro sitio... Será por

bares en Alicante.

El camarero resopló y se marchó para volver en pocos minutos con un platito pequeño con el papelito de la cuenta. Lo miré malhumorada e intenté sacar el monedero del bolso. Entre que era torpe y que iba más ciega que un gato de escayola, se me cayó el bolso al suelo y todo lo que llevaba dentro se esparció alrededor. El camarero intentó ayudarme a recoger mis cosas pero me negué en rotundo.

—¿Me echas de tu bar y ahora me quieres ayudar? ¡Vete al cuerno, hombre! ¡Ya puedo yo sola!

Me tambaleé al levantarme de la silla y casi me di de bruces contra el suelo. Me quedé por unos segundos pensativa, ideando cómo agacharme para recoger las cosas sin caerme, y entonces escuché hablar al camarero con alguien justo a mi lado. No lo reconocí, no, en ese instante estaba muy concentrada en lo mío, que era mirar mis cosas tiradas sujetándome al respaldo de la silla.

—¿Lucy? ¿Lucy, qué estás haciendo? ¿Estás bien?

Ya me había agachado y, muy a mi pesar (lo mío me había costado), volví a levantarme para enfrentarme a él. Y no, no es quien estás pensando. Era Ismael, su primo. El mismo primo con el que había vivido Samuel mucho tiempo antes de mudarse a mi pequeño estudio. Ismael, con su chándal de marca, sus deportivas, los cascos del iPad colgando de la sudadera con una expresión de espanto en el rostro que me dio hasta risa. Pero no me reí. Me puse seria y le dije como si nada:

—Ah, eres tú. Pues nada... aquí. Que se me ha caído esto y quería recogerlo porque el señor este... dice que no me da más alcohol... ¡Y yo quiero más alcohol! —Al final he de reconocer que me vine un poco arriba.

Ismael me miró asustado y se tocó la mejilla con la mano sin saber qué decirme. Tras unos segundos de reflexión interna, finalmente habló:

—Vale, venga, vamos a recoger tus cosas del suelo, vamos a pagar la cuenta y nos vamos a ir a casa. —Todo esto muy pausado, como si yo fuera guiri y no entendiera bien el idioma.

—¡No! ¡No quiero ir a casa! ¡Quiero beber más! ¡Quiero olvidar! —Y llegado a este punto, estaba llorando de nuevo, desgañitada, para más

información. La gente sentada en la terraza del local y la que pasaba por la calle me miraba sin disimulo alguno ante el espectáculo que estaba montando.

Ismael se agachó a recoger mis cosas y yo, en el intento de ayudarle, me caí al suelo y me quedé sentada con las piernas abiertas. Primero me reí a pierna suelta, con las lágrimas de antes todavía surcándome la cara, después volví a sollozar como una niña pequeña. Qué vergüenza, Dios Santo.

—¡Lucy!

—Disculpen, pero voy a tener que pedirles que se marchen de aquí, van a espantar a la clientela.

—Sí, eh... Por favor, deme un minuto, tengo que hacer una llamada y no me he traído móvil. ¿Podría usar el teléfono de su local? En seguida vuelvo —le dijo Ismael al camarero.

Pobrecillo, estaba desesperado. Y, de verdad, no me extraña. De estar yo en su situación, ya le hubiese pegado un par de hostias a la persona que estuviera en el estado en el que yo me encontraba. Pero no, él actuó con la paciencia de un santo. Me levantó del suelo y me volvió a sentar en la silla, haciéndome prometerle que no iba a moverme de allí y que me iba a quedar calladita y quietecita mientras él entraba dentro del bar a hacer la llamada.

—¡A la orden, señor! —dije.

Y allí me quedé, otra vez sola, recordando la primera vez que vi a Ismael.

Kilian vivía en el barrio de Altozano, en un pisito sencillo con dos habitaciones, un comedor, dos baños, una cocina pequeña bastante coqueta, y un balconcito con un par de sillas y una mesa alta y redonda.

— Hay algo que no te he dicho — me dijo mientras nos acercábamos a la puerta de su casa, después de haber subido en el ascensor.

— Dime — le dije.

Metió la llave en la cerradura y, al abrir un poco la puerta, un aroma a tortilla de patata salió hacia el exterior, haciendo que las aletas de mi nariz se dilataran. Olía de muerte.

Había música puesta en uno de esos altavoces que se conecta al móvil vía Bluetooth. No conocía al cantante.

— No vivo solo — dijo con una expresión algo risueña.

Asentí. En ese momento no supe cómo reaccionar porque miles de suposiciones infestaban mi cerebro, haciéndome pensar si sería un amigo, un hermano, o... una amiga.

Oye, cosas más raras se han visto. ¿Pero realmente era raro que compartiera piso con una amiga? Me estaba rayando.

Fuera como fuese, esa idea no me gustó.

Avanzamos unos pocos pasos y nos encontramos de forma rápida en el salón.

— ¿Puedes quitar eso? — le recriminó Kilian a quien quiera que fuese la persona con la que compartía piso.

— Cómeme la polla — le contestó una voz.

Me tranquilicé. Era una voz masculina y, por lo que parecía, joven. Bien, descarté a la posible amigueta, pues en ese momento recordé que Kilian me había comentado que era hijo único.

Un chico joven y alto que vestía chándal, salió de la cocina para recibirnos.

— Uy... no sabía que venías acompañado — se disculpó.

Kilian puso los ojos en blanco.

— Como si te importara... — le recriminó.

— Me importa si en mi casa entra una belleza como esta — dijo mientras se me acercaba.

Kilian le dio unas palmaditas en la espalda y dijo:

— Se mira pero no se toca. Bueno no, mejor no mires mucho.

Sonreí como pude. Estaba algo cortada.

— Hola, me llamo Ismael —se presentó . Y acto seguido me dio dos besos.

— Encantada, soy Lucy — dije sonriendo.

— Bueno, hechas las presentaciones... ¿Cenas y te vas? —le preguntó Kilian.

— Ya he cenado, capullo. Ha sobrado tortilla, por si después del polvo os entra hambre.

¿Polvo? ¿Había dicho polvo? Lo había dicho con demasiada seguridad. ¿Acaso Ismael estaba acostumbrado a que Kilian trajera chicas a casa para echarles un polvo?

Intenté quitarme esa idea de la cabeza. Él me dijo que eso ya no le interesaba porque no se quedaba satisfecho. Quizá se estaba refiriendo a una época pasada en la que sí lo hizo.

— Sal de aquí si no quieres que te... Es mi novia, subnormal.

— Ah... Bueeeeno. Igualmente vas a mojar el churro. Conociéndote... — dijo encogiéndose de hombros.

— Cuando quieras te callas, Ismael. Cuando tú lo veas — le recriminó Kilian con los brazos en jarras.

— Que sí, que ya me voy. Qué tío más plasta, macho. Encantado, eh — dijo mientras se ponía un anorak y se iba.

— No le hagas caso a mi primo — me dijo Kilian —. Es un bocazas.

— ¿Tenía razón? — le pregunté algo asustada.

— No. Ya te dije lo que pensaba, no tienes de qué preocuparte — dijo, rodeándome con los brazos —. Pasará lo que tú quieras que pase, cariño.

«Cariño». Qué bien sonaba en sus labios.

¡Basta! ¡Aquello tenía que parar! ¡Tenía que olvidarme de él como fuese!

Una pandilla de veinteañeros estaba en la mesa de al lado. Todos eran chicos.

—Perdona, ¿tienes fuego? —me dijo uno de ellos, acercándose a mi mesa.

—Umm. —Fingí que pensaba, pero podía hacer de todo en ese momento menos pensar—. Para ti no, pero... —Me giré hacia la mesa en la que estaba sentado para examinar a los demás chicos—. Dile a tu amigo, el de la chaqueta roja, que para él tengo lo que me pida.

¿Qué? Pero ¿qué coño...? ¿Eso lo había dicho yo? Ay, madre, en mi caso no hacía falta ni una sola palabra, bonita o no.

—¡Eh, tío! ¡Mira lo que dice la muñequita! —le gritó al de rojo, que se acercó y se sentó a mi lado.

—Así que... ¿Lo que yo quiera, eh? —preguntó con una sonrisa.

—Ajá. Siempre y cuando no seas de esos que te follan y luego te los ponen con otra, claro. En ese caso puedes irte a tomar mucho por el culo, chato —respondí.

Se puso de pie y me levantó a mí también, cogiéndome de una mano.

—Te aseguro que no lo soy —dijo acercando la boca a mi mejilla.

—Eso yo no lo sé —le repliqué, apartándome y soltándome de su mano. Se ve que en ese momento volví a pensar con claridad.

—¿Y no quieres averiguarlo?

—No, pírate.

—Pero si me has dicho que... —Volvió a acercarse. Sus labios rozaron mi oreja.

—¡Te he dicho que te vayas! —le grité, empujándolo.

—¡Si le pones una mano encima, te reviento a hostias! —escuché que gritaba una voz. Esa voz... ¡Dios! ¡Su voz!

—Vale, vale... toda tuya, total... es una calentap... —Se apartó con los manos levantadas en son de paz.

Nada, ni acabar la frase pudo. Samuel le cogió de la pechera y dijo:

—Lárgate si no quieres meterte en problemas.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeté mientras soltaba al chico.

—Buscarte. Me ha llamado Ismael, el pobre no sabía qué hacer. ¿Se puede saber qué es esto? ¿Qué estás haciendo, Lucy? ¡Por el amor de Dios!

—Olvidarte, cabrón de mierda. ¿Ahora te preocupas por mí? Después de liarte con otra y ni siquiera llamarme, ahora es cuando te preocupas por mí...

—Vámonos —dijo.

Y después de que él mismo pagara la cuenta, dejando un billete en el platito, cogió mi bolso y mi mano y me arrastró lejos de allí.

No pude evitar llorar por el camino, no sabía muy bien adónde me estaba llevando y me daba mucha rabia verlo allí, salvándome, otra vez. Y salvándome de algo en lo que me había hecho caer él con sus mentiras y sus mierdas.

Me tropecé y me caí al suelo, haciéndome un buen chichón en la frente

—¡Lucy! ¡Mierda, Lucy! ¡¿Estás bien?!

Se arrodilló junto a mí y... de verdad, no sé muy bien qué sentí dentro

para que una terrible cascada de vómito saliese de mi estómago. Todo alcohol, claro.

Kilian, digo Samuel, me sujetó el cabello y esperó de forma paciente, apartándose un poco, hasta que terminé de vomitar. Después me limpió la boca con un pañuelo de papel que encontró en mi bolso y me subió en su coche.

No sé cómo se las apañó para abrir la puerta del estudio, tras buscar las llaves en mi bolso, conmigo en brazos. Luego me puso el pijama y me metió en la cama. Después se marchó. Pero antes de hacerlo, dejó las cosas bien hechas, cosa que no descubrí hasta la mañana siguiente.

5

Lucy

Romeo me despertó al pasar los pelos de su cola por mi cara. Me hizo cosquillas en la nariz y estornudé. Intenté abrir los ojos, pero mis pestañas maquilladas no me lo pusieron fácil. Maldije no haberme desmaquillado.

¿No haberme desmaquillado? ¡Un momento! ¿Yo? ¿Maquillada? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿En serio? Si lo último que recordaba era una imagen deplorosa de mí misma, con un moño mal hecho en la cabeza, la cara llorosa y mi pijama de Peppa Pig como uniforme diario.

Había algo que se me escapaba. Un dolor infernal me oprimía la cabeza y la boca me sabía a rayos. Una mezcla entre alcohol rancio y tabaco. Vale, había bebido. Me maldije una vez más por probar el alcohol. Tenía la mente borrosa y mi estómago rugía de hambre. Me aposté el cuello a que la noche anterior no había cenado.

Me levanté perezosamente mientras me agarraba la cabeza con una mano, y Romeo bajó al suelo desde la cama de un salto. Me puse mi bata de invierno y las zapatillas de estar por casa y salí de la habitación.

—¡Ya era hora! —me chilló Martina, que esperaba, como una madre a su hija fiestera, de brazos cruzados sentada en el sofá.

—¡Coño, Martina! ¡Qué susto! ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es? —le pregunté confundida.

Pero claro, no estaba ella sola. Estaba el gabinete de crisis al completo.

—Las doce y media, bella durmiente —me replicó Claudia—. O, quizá, te pegaría más el nombre de bella borracha.

—Vale, en serio. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado?

Me estaba empezando a poner nerviosa. Tenía vagos recuerdos en mi cabeza de la noche anterior, pero había uno en concreto, el de Samuel, que no

sabía si era un recuerdo o un sueño.

—¿Tampoco recuerdas que tenemos llaves de tu casa por si pasa algo?
—Esa fue Lola.

Resoplé con pesadez. Yo sabía que ellas me estaban hablando en español, pero era como si escuchase hablar en chino. No entendía nada. Estaban enfadadas.

—Por favor... Explicadme qué pasa. Porque no sé qué hacéis aquí.

—Pasa que anoche te pusiste como una maldita cuba y tuvieron que traerte a cuestas. ¿Y te has visto? ¿Eh? ¿Te has visto la cabeza? —me riñó Martina.

—¿Qué pasa con mi cabeza? —le dije tocándomela.

Me estremecí al pasar mis dedos por el gran chichón que tenía en la frente y que me hice al caer al suelo.

—Kilian tuvo que sacarte del bar donde estabas montando un espectáculo y traerte a rastras como si fueses un trapo. Eso y limpiarte el vómito de la boca. Te trajo a tu casa, te puso el pijama y te acostó. Después nos llamó a nosotras y nos pidió que estuviésemos aquí para cuando despertaras, por si te encontrabas mal o necesitabas algo —me explicó Martina.

—¿Que hizo qué? —La miré horrorizada y muerta de la vergüenza.

—Mira, nena, si eso no es amor que baje Dios y lo vea —me dijo.

Dios mio, qué bochorno. En serio. Que nunca te pase. Que nunca el maromo que te vuelve loca y te calienta la chirla y el corazón, tenga que pasar el mayor ridículo de su vida y encima verte vomitar de aquella manera. De verdad. Es un consejo. De amiga a amiga.

Me llevé las manos a la cara y me senté en el sofá.

—Bébetelo, anda. Y haz el favor de no darnos estos sustos, Lucy. Por el amor de Dios... —Esa fue Lola, claro.

—¿De verdad Samuel me trajo aquí e hizo todo eso por mí? Pero...pero si se lio con otra... —balbuceé mientras cogía la taza de café caliente entre mis manos.

Las tres asintieron sin mediar palabra mientras me miraban. No les

contesté, tan solo me mordí el labio inferior con fuerza.

«A lo mejor debería perdonarle», pensé.

—Y ahora te vas a duchar, te vas a vestir aunque sea con un pijama limpio y vas a quedarte aquí descansando —dijo Martina—. Ah, y lávate los dientes.

—Pensaba hacerlo, no sé por qué me lo recalcas.

—Porque sí, hazme caso. Después lo entenderás.

—¿Entender qué?

—Calla y haz lo que te digo —me replicó, quitándose la taza de las manos y dándome pequeños empujoncitos hacia el baño—. Romeo ya ha desayunado. Haz lo que te he dicho.

No dije ni una palabra más y me metí en la ducha mientras escuchaba la puerta del estudio cerrarse.

La verdad es que la ducha me sentó bien. Me sirvió para limpiar mi cara de maquillaje y mi cuerpo de culpa y vergüenza por todo lo acontecido la noche anterior.

Cuando salí del baño, me encontré el estudio vacío, pero mis amigas y hermana habían dejado el calefactor encendido para que calentase el pequeño salón. Sabían de sobra que nada más salir de la ducha tenía como ritual sentarme en el sofá con mi albornoz amarillo puesto y fumarme un pitillo.

Encendí la radio, y en esas estaba cuando sonó el timbre de la puerta. No se por qué, pero repasé mentalmente todo lo que Martina me había dicho que hiciese: ducha, dientes y tranquilidad en mi sofá.

Pues sí, lo había hecho todo.

Me levanté y fui a abrir. Parecía que era el sábado de las sorpresas.

—¿Qué haces aquí?

Samuel metió la mano que le quedaba libre en el bolsillo de su pantalón y miró hacia el suelo. La otra mano la tenía escondida detrás de la espalda.

—Creo que nos debemos una conversación —dijo.

Tras saber lo de su infidelidad, pensaba que cuando volviese a verlo le

cruzaría la cara (lo de la noche anterior no contaba, porque yo estaba más en la Luna que en la Tierra). Sin embargo, mi instinto habló, y me lancé a sus brazos como una niña pequeña, mojando con las gotas que caían de mi pelo recién lavado su anorak azul.

No tuvo más opción que sacar la mano de detrás de su espalda para abrazarme, dejando a la vista un ramo de rosas.

—Sé que esto no se arregla con flores, pero...

Lo besé. Lo besé sin importarme que no se arreglase con flores. Lo atraje hacia dentro del estudio mientras lo besaba. Él me correspondía con sus besos. Nos sentamos en el sofá atropelladamente entre saliva y gemidos.

En ese momento, mientras la lengua de Samuel invadía mi boca, sonaba *Con las ganas* de Zahara.

Recuerdo que al llegar ni me miraste, fui solo una más de cientos.

Sin embargo, fueron tuyos los primeros volateos. Cómo no pude darme cuenta, que hay ascensores prohibidos, que hay pecados compartidos y que tú estabas tan cerca.

Sus manos se introdujeron por debajo de mi albornoz, acariciando mis muslos y mis nalgas. Se quitó el anorak y la camiseta.

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí y jugamos a ser humanos en esta habitación gris. Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

Me besaba con vehemencia y al poco rato ya sentía los labios entumecidos. La rabia que desechaba en cada beso y en cada lametón de su lengua en la mía, me provocaba un cosquilleo en el bajo vientre que estaba empezando a dolerme. Sentía que lo quería, que lo amaba más que a nadie en el mundo.

El ramo de rosas había terminado en el suelo y, por el rabillo del ojo, pude ver un sobrecito de esos que esconden notas. Aunque de eso me preocupé más tarde.

Mis anclajes no pararon tus instintos, ni los tuyos mis quejidos y dejo correr mis tuercas y que hormigas me retuerzan.

Quiero que no dejes de estrujarme, sin que yo te diga nada y que tus

yemas sean legañas enganchadas a mis vértices.

Mi albornoz cayó al suelo y los pezones se me endurecieron bajo el pellizco de sus dedos. Un latigazo de placer me recorrió el sexo y no tardó en calmarlo con su mano. Acariciaba mi clítoris con cuidado, aunque sabía a ciencia cierta que no tardaría en volver a ser rudo y, seguro, darme algún que otro cachete en el trasero.

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí y jugamos a ser humanos en esta habitación.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

Introdujo un dedo dentro de mí, ambos tumbados en el sofá. Lo sacó. Lo metió. Introdujo otro más. Eran dos. Los sacó y los metió. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Me hizo jadear y gemir sutilmente.

Su lengua recorrió cada uno de los pliegues de mi sexo con dulzura, indagando. Cogió el ritmo perfecto entre su lengua y dos de sus dedos y me hizo besar las nubes una vez más.

No sé qué acabó sucediendo, solo sentí dentro dardos.

Nuestra incómoda postura se dilató en el espacio. Se me hunde un dolor en el costado y se me nublan los recodos.

Tengo sed y estoy tragando, no quiero no estar a tu lado.

— Te quiero —susurró después de levantar la cabeza, pues la había acomodado entre mis piernas. Se limpió la boca con el brazo desnudo y me besó de nuevo.

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí y jugamos a ser humanos en esta habitación gris.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

De un empujón, sentí su miembro grande y húmedo dentro de mí. Lo sacaba y lo metía suavemente mientras ambos jadeábamos y gemíamos de forma casi inaudible.

Con él encima, sentía su respiración en mi oído. Siempre me gustaba

escucharle jadear y gemir mientras hacíamos el amor, me ponía muy muy caliente.

—Joder, nena... cómo te he echado de menos...—me susurró al oído.

Me moriré de ganas de decirte que te voy a echar de menos y las palabras se me apartan, me vacían las entrañas.

Finjo que no sé, que no has sabido, finjo que no me gusta estar contigo y al perderme entre mis dedos te recuerdo sin esfuerzo.

Me moriré de ganas de decirte que te voy a echar de menos.

Yo también le había echado de menos. No obstante, algo dentro de mi interior estaba fallando.

A los pocos minutos salió de mí, manchando mi abdomen y mis pechos con su semen. Nos limpiamos como pudimos con mi albornoz amarillo, el que después de esto seguramente se echaría solo a lavar.

Cuando salí de la habitación, Samuel ya se había vestido y sostenía en sus manos el ramo de rosas y la carta que lo acompañaba. Me tendió las dos cosas sonriendo, y después de dejar el ramo sobre la mesa, observé la carta: estaba doblada en dos y en una de las caras ponía: «Rubia». La cogí y la leí:

«Empecemos de nuevo, porque esta vez no te voy a fallar. Esto me ha servido para valorarte aún más, porque sé que no hay otra como tú en el mundo.

Eres lo mejor que tengo, así que olvidemos esto para ser felices para siempre. Que intenten separarnos si es que pueden.

Te amo, Lucy Sparrow.

Samuel Quilates»

El corazón se me arrugó, contuve un sollozo y el alma se me cayó a los pies.

No sé qué diantre se cruzó por mi cabeza en ese instante, pero no pude. No pude perdonarle. No confiaba en él. No quería hacerle daño a

él con mi desconfianza ni a mí misma provocándome celos absurdos por culpa de esta.

—Yo... Lo siento mucho, Samuel, pero no puedo. Te agradezco lo que

hiciste anoche, debió ser tremendamente bochornoso para ti verme hacer ese ridículo tan horrible. De verdad que lo siento. Como también siento no poder confiar en ti y seguir adelante con lo que teníamos. Siento lo que acaba de pasar, porque después de esto vas a pensar de mí lo peor, pero no me arrepiento de haberte vuelto a sentir como antes. Quizá... quizá en un tiempo podamos intentarlo. Pero ahora mismo te aseguro que no puedo y... lo mejor... lo mejor es que esté sola.

Sé que se cagó en toda mi stirpe. Lo sé porque lo conozco y su cara me reflejó sus pensamientos. Pero te aseguro que fue lo que necesitaba en ese momento y lo que me pedía el corazón. Mi corazón necesitaba curarse.

Samuel no dijo nada como respuesta a mi retahíla de sentimientos. Simplemente asintió con la cabeza y se marchó sin decirme adiós. Ahí fue cuando me sentí la peor persona del mundo.

Él me había salvado una vez más de mí misma, si es que podía decirse así.

Me había hecho el amor con una dulzura y un sentimiento que ambos necesitábamos y me había pedido perdón por su desliz. De alguna manera, había dejado el orgullo atrás después de esos días de silencio entre nosotros. Había sido valiente y yo lo había rechazado.

¿Por qué? Pues no lo sé, querida. No sé decirte una respuesta exacta para todo lo que cruzó mi interior en el momento en que se lo dije. Simplemente fue un impulso. Me dejé llevar por lo que sentía.

Lo quería. Sí. Lo amaba con todo mi corazón. Y por eso no podía permitirme hacerle daño retomando aquella relación perfecta que teníamos. Sé que lo haría mal, sé que no daría el cien por cien de mí misma, que daría solo la parte proporcional que los celos y la desconfianza me dejaran. Así que era mejor así.

Yo necesitaba estar sola, al menos por un tiempo. Necesitaba tiempo para curarme y para darle la oportunidad a mi corazón de sobreponerse después de la traición de Samuel.

Seguramente el paso del tiempo me ayudaría a comprender que un error lo puede cometer todo el mundo. Asimilaría que yo me llevé la parte mala y, al final, aceptaría toda esta situación. Pero todo eso debía hacerlo sola. Las batallas interiores se capean a solas. Así que, no es que pensase en mí, pensé

en los dos. En lo mejor para los dos. Pero estaba segura de que él no pensaría igual que yo. Aunque... quien no arriesga, no gana. O eso dicen ¿No?

6

Kilian

Cuando Ismael me llamó para decirme que había encontrado a Lucy, mi Lucy, en esa situación tan lamentable, el corazón se me encogió. Me puse una chaqueta y salí rápidamente hacia el bar de siempre, que es donde ella se encontraba.

Casi le parto la cara a un subnormal que estaba molestándola y que por poco la insultó cuando yo llegué. Iba tan borracha que me pareció irreconocible. Se había puesto hasta arriba de gin-tonics por mi cobardía de no contactar con ella. Así de cobarde soy. Me la llevé de allí y le limpié el vómito de la boca cuando devolvió después de caerse en medio de la calle. Y sentí asco, pero de mí mismo, por provocar ese tipo de situación en su vida.

La cambié de ropa y le puse aquel pijama que a mí me parecía horrible pero que a ella le encantaba una vez estuvimos en su estudio.

Después llamé a sus amigas y a su hermana para pedirles que estuviesen allí cuando ella despertase y me marché a casa. Me costó mucho no quedarme a velar su sueño, pero quizá no quisiera verme al despertar. Por eso me marché.

Al día siguiente la recuperaría, o al menos tenía esa intención. Le compré un ramo de rosas y le escribí una nota lo mejor que supe, no soy bueno con las palabras, pero lo intenté. Me moría de miedo cada vez que pensaba en la posibilidad de que no perdonase.

Cuando llegué a su casa el sábado por la mañana, me esperaba de todo menos que se tirase a mis brazos y me abrazase con aquel cuerpecito suyo, pequeño y caliente que me volvía loco.

Nos besamos e hicimos el amor. Y lo hicimos de la manera más dulce y a la vez más desesperada que recuerdo.

Después de leer mi nota y oler las rosas que le había comprado, me dijo

que no me perdonaba. Que no podía. Que no confiaba en mí.

Me sentí morir, lo juro. Fue como si me hubiese robado una parte de mi alma, la hubiese masticado y después la hubiese tirado al suelo para pisarla a continuación. Y no la culpé, que conste, no la culpé por no poder confiar en mí y no perdonarme.

Me culpé a mí mismo por haberle fallado aquella noche y por haber fallado en mi intento de recuperarla, porque en el fondo sabía que no iba a ser posible. Lo sabía.

7

Valentina

Valentina se levantó una mañana a la misma hora de siempre. Desayunó tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón y, después de ponerse el uniforme, se marchó hacia la escuela infantil en la que trabajaba.

A los minutos de llegar a la zona donde se encontraba su lugar de trabajo, aparcó el coche como pudo entre una moto y un monovolumen y entró a la escuela.

—Hola, guapa —la saludó el jardinero de la escuela.

—Hola, Julián —le devolvió ella el saludo con una sonrisa.

Siempre acudía a su puesto de trabajo sonriendo. Le apasionaba enseñar. Y, aunque no era una maestra de colegio, sino educadora en una escuela infantil, sí que enseñaba a sus pequeños alumnos.

Ella tenía el grupo de niños de dos a tres años, los más mayores. Preparó el aula para hacer una actividad tranquila y esperó a que llegasen sus alumnos.

Un rato después, los pequeños fueron llegando poco a poco. Pasaron de las manos de los papás y mamás que los traían a la escuela a las manos de Valentina. Se alegraban de verla, pues ya estaban acostumbrados a ir «al cole» y ver a su profe Valentina.

La educadora contaba con quince pequeños, dispuestos a jugar y ser estimulados gracias a la gran variedad de actividades que les preparaba.

Tenía niños muy distintos, ya que cada criatura es un universo. Valentina quería con locura a todos sus alumnos, pero siempre hay excepciones y tenía dos gemelos que la volvían loca: Iris y Jaime.

A todos los trataba por igual, claro. Pero cuando llegaba a casa y repasaba mentalmente todo lo que había hecho con sus alumnos en el día, lo mucho que habían jugado y aprendido juntos, se acordaba más de aquellos adorables

gemelitos.

Ese día pasó algo en particular: los gemelos habían venido con la misma ropa que el día anterior.

A muchos les parecerá una tontería, pero tratándose de niños, la higiene es extremadamente importante.

Pensó que, quizá su abuelita, quien los cuidaba y con la que vivían, pues la madre murió durante el nacimiento y del padre no se sabía nada, había tenido problemas con la lavadora o algún imprevisto cotidiano.

Intentó restarle importancia, pero su preocupación comenzó cuando, al llevar a Jaime a hacer pipí, observó que llevaba los mismos calzoncillos que el día anterior.

Al terminar su jornada, quiso hablar con la directora de la escuela.

—Hola, Sole ¿Puedo hablar contigo? —le preguntó tras pasar al despacho de la directora, después de tocar la puerta y pedir permiso para entrar.

—Claro, Valen. Dime, ¿qué pasa?

—Verás, se trata de los gemelos de mi tutoría, Iris y Jaime. Resulta que llevan exactamente la misma ropa que ayer, incluida la interior.

Sole se quitó las gafas de pasta que llevaba puestas y la miró.

—Siéntate —le pidió, pues Valentina se había quedado de pie mientras le hablaba.

—¿Has notado algo más? —le preguntó.

—No, tan solo eso y ha sido solamente hoy. Siempre van bien vestidos, limpios y peinados. Y cuando llevaban pañal no había muestras de que no tuviesen higiene.

—Bueno... Puede haber sido un despiste, o... no sé, cualquier cosa sin importancia. Ya sabes que viven con su abuela y puede que... bueno, ya se sabe, las personas mayores a veces flaquean en cuanto a memoria y acciones.

Valentina asintió.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a Sole.

—Esperar.

—¿Esperar?

Sole asintió con la cabeza y después añadió:

—Esperar y, lo más importante, observar. Obsérvalos. Más de lo que ya lo haces. En todo. Y me cuentas. Cuéntame cada día, veas algo anómalo o no.

Valentina asintió y después de coger sus cosas personales se marchó a casa, no sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

8

Lucy

Los días que Belmonte me cedió para recuperarme habían pasado, y la verdad es que me encontraba algo mejor.

Después de la visita de Kilian, digo Samuel, y mi elección de dejarlo ir, no es que me sintiera bien, pero sí más aliviada por el hecho de que no me sentía preparada para seguir adelante con esa relación porque ya no era perfecta; ahora tenía una grieta bien grande y que, por mucho que él hubiese intentado tapar con rosas y cartas, seguía estando ahí.

Me levanté temprano, ese día tocaba volver a la sede, si bien no volvía con el propósito de trabajar. Volvía con la idea de marcharme con una excedencia.

Necesitaba cuidarme, volver a empezar y estar tranquila para poder centrarme en mis estudios y obtener, por fin, mi título de detective privado, del que me quedaban dos años por cursar.

Le puse de comer a Romeo aún con los ojos llenos de legañas. Tenía sueño.

Encendí la radio y puse el dial de *Los 40 Principales*. Dani Martin empapó mis oídos con su voz. Me gustaba su voz, me daba paz.

En ese momento cantaba la canción *Cero* y acababa de empezar. Vaya, qué casualidad.

Todo lo que dimos se nos fue, soñé que siempre iría al lado.

Eso que inventamos ya no es, ahora solo existe el pasado.

Pues sí, que razón tenía... todo se había ido. Aunque Samuel hizo el esfuerzo de que aquella magia volviese, ya no quedaba ni siquiera la mitad de toda la que había antes junto a nosotros.

La letra me estaba calando hondo mientras desayunaba un bol de cereales integrales. Aquella mañana me apetecía desayunar tranquila en mi casa.

Tendría que acostumbrarme a no cobijarme entre los grandes y musculados brazos de Samuel.

¿Tenía que aprender a dejar de quererlo? No, imposible. Lo querría siempre. Siempre. No podría borrarlo nunca. Una parte de él siempre viviría en mí. En ese momento, ya no estaba en mi vida, pero residía en mi corazón.

Un amor demasiado grande, eso era.

Quiero que todo vuelva a empezar, que todo vuelva a girar, que todo venga de cero, de cero.

Y quiero que todo vuelva a sonar, que todo vuelva a brillar, que todo venga de cero, de cero.

Sí, quería volver a empezar y sería sin él. En el fondo yo había elegido eso, ¿no? Él se disculpó, pero yo le negué el perdón porque no confiaba en él. ¿No hubiera sido peor que le hubiera dicho que sí y se hubiese convertido en una relación tóxica?

Yo creo que hice lo que tenía que hacer porque lo sentí de aquella forma.

Eso desaparece y no lo ves, ese regalo que la vida pone al lado.

Dura lo que dura y ya se fue, ni tú ni yo lo hemos cuidado.

Y ahora toca entender qué hacer con tanto daño.

Esa es otra... ¿Qué podía hacer con todo el dolor que tenía dentro de mí? Me había hecho daño, te lo juro, mucho.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas y, como tantas veces en los días de atrás, me sentí morir de angustia y desazón.

Lloraba como una plañidera.

Y siento que todo lo malo es pensar, que todo lo que viene va, que todo se va consumiendo y el silencio manda hoy más.

Pues sí, el silencio mandaba, porque ni Samuel ni yo nos dignamos a hablar después de aquella visita que me hizo.

Pero vamos a ver... ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso no tenía una decisión tomada ya? ¿Acaso no quería ser fuerte, salir de todo eso y empezar de cero?

Me limpié las lágrimas de un manotazo, apuré el bol de cereales en unas

cucharadas más y me vestí, arreglándome como hacía días que no hacía.

Cerré la puerta de mi estudio mientras escuchaba los maullidos lastimeros de Romeo y fui caminando hacia la sede.

Al llegar, todos mis compañeros se alegraron mucho de tenerme de vuelta y me dijeron que Belmonte me esperaba en su despacho.

Respiré profundamente y entré en él, decidida a empezar una nueva etapa en mi vida.

Le relaté todo cuanto había pasado, pues con Belmonte tenía mucha confianza. Le aseguré que necesitaba quitarme el estrés que me ocasionaba el trabajo en la sede, aunque fuera un trabajo que me gustara.

Él se sorprendió, no se lo esperaba. No imaginaba que estuviese tan afectada. No obstante, lo entendió. Fue comprensivo y conseguí la excedencia. Ya estaba un paso más cerca de mi recuperación y tranquilidad mental, física y, si me apuras, espiritual.

No hubo despedida, no la quise. No quería más despedidas en mi vida. Con la más reciente era suficiente.

9

Lucy

Llevaba un mes sin trabajar, disfrutando de mi excedencia y centrada en mis exámenes. Bueno, centrada lo que se dice centrada.... ¿Acaso con Martina alguien podía centrarse?

Y te preguntarás qué pintaba Martina en todo esto ¿A que sí? Resulta que, puesto que pedí dos años de excedencia en mi periódico, iba a estar dos años sin cobrar mi salario, por lo que tenía que tirar de ahorros. Ahorros que conseguí tener de forma milagrosa y nada adrede en los dos años que estuve viviendo con Samuel, ya que compartíamos gastos y, como todo lo que necesitaba en ese momento era amor y sus besos (tonta de mí), casi no gasté dinero, solo lo necesario, de ahí que tuviese dinero guardado.

Aun así, no podía sustentarme yo sola durante dos años, por lo que le propuse a Martina que se viniera a vivir conmigo.

Sí, dormíamos las dos en la misma cama, pero...es que hacía frío y total... ¿Hay algo que Martina y yo no hayamos compartido? ¡Si hasta hicimos un trío con David una noche en la que salimos de fiesta!

Aquello sí que fue una hecatombe... la sensación que experimenté cuando me di cuenta de lo que había hecho tras esa fiesta... quise morir de angustia.

Pensaba que sería una salida de amigos normal y corriente para celebrar la incorporación de Martina en la sede, pero no.

Todo se fue de madre en una sola noche. Y... Kilian tuvo mucho que ver en todo aquello. ¿Qué hubieses hecho tú en tal situación?

Mis amigas y David (pues también trabajaba en ese momento en la sede), después de cenar en un japonés, nos fuimos a un pub que, según Martina había oído, estaba de moda. Servían las copas baratas y ponían buena música. Estaba claro que su don de gentes no lo había perdido.

Al entrar, el calor de la gente y de la pista de baile me agobió un poco, pero Martina tenía fiesta para rato.

Estaba sonando *Bandida* de Danny Romero y le encantaba esa canción.

—*Me pones mal cuando tú me miras* —cantaba a pleno grito.

Y empezó a menear la cadera de una manera que hizo que David no le quitase los ojos del pandero.

—Esta tía es la hostia —me gritó al oído.

Creo que necesitaba un par de gin-tonics para estar lo suficiente a tono y menearme como Martina. Para eso y para aguantar, ya de paso, las paridas de David.

Pedí uno en la barra y me lo bebí de dos tragos. Literal.

—¡Esa es mi Lucy! —dijo Martina con la canción de fondo—. ¡Ronda de chupitos!

Y eso hicimos: sal en el dorso de la mano, chupitazo de tequila y limón en la boca.

Lo repetimos un par de veces más y entonces la borracha que todas llevamos dentro, salió al exterior y se adentró en la discoteca.

Lola y Claudia estaban en las mismas que yo, pero Martina y David, con diferencia, estaban más borrachos que nosotras, pues no paraban de beber una copa tras otra. Parecían pozos sin fondo. Se empezaron a restregar al ritmo de una bachata de Romeo Santos. O quizá no fuera el alcohol lo que hizo que decidieran magrearse. Todas conocíamos a Martina: chica liberal, sin complejos y decidida a tirarse a todo lo que se moviera y estuviera dentro de una media aceptable para ella. Algo así como pasar por su «radar de tíos buenos», como ella lo llamaba.

Una aventura es más divertida si huele a peligro decía Romeo en su canción. ¿Y si tenía razón? Joder con la cancioncita. No sé por qué, pero al oír a ese hombre cantar e imaginarme los labios de Kilian rozando los míos, las braguitas se me mojaron.

Más salida que el pico de una mesa, así estaba yo por aquel entonces.

Claudia se fue hacia la barra a pedir otra copa y Lola me agarró para bailar, cuando alguien tocó mi espalda con la punta de los dedos de forma delicada.

La canción cambió y le tocó el turno a Marc Anthony con *Vivir mi vida*. ¿Y si la vivía yo? ¿Y si empezaba a hacer lo que realmente sentía y vivía mi vida sin miedos? Porque por si aún no se ha notado, tenía muchos desde mi separación.

Ahí estaba Kilian, con su sonrisa de dientes ligeramente separados y sus preciosos ojos color miel. Se humedeció los labios mirándome de arriba abajo.

Parecía un dios griego. Bueno... era un dios griego.

—Hola —me dijo levantando una mano y tocando un mechón de mi pelo suelto.

—Hola —le dije sonriendo.

—¿Bebiendo, Sparrow?

—Para olvidar las penas —dije con voz de borracha.

—No sabía que tuvieras penas —dijo.

—Yo tampoco. Ven, vamos a bailar.

Lola se fue con Claudia a la barra, entendiendo que tenía que dejarnos a solas. Sí, a solas, pero rodeados de gente. Vaya tela.

Y bailamos. Rozándonos, acariciándonos y por poco besándonos. En esas estaban, besándose digo, o más bien lamiéndose, Martina y David mientras sonaba *Bailando* de Enrique Iglesias.

Kilian, para mi sorpresa, bailaba de muerte.

«Bailar contigo, tener contigo una noche loca», le cantaba mientras nos cogíamos de las manos acercándonos y separándonos.

Y claro que quería tener una noche loca con él, una y las que hicieran falta.

Tocaba mi cintura como si fuese una obra de arte que estaba esculpiendo, de una manera tan delicada, que me ardía todo el cuerpo. Y su olor... joder con su olor. Usaba perfume One Million y, Dios, qué tonta me ponía ese perfume.

Terminó la canción y decidimos salir a fumar un pitillo. Había venido con sus amigos, quienes se quedaron dentro. Así que salimos los dos solos, puesto que una de mis amigas se estaba morreando con David y la otra, junto a mi hermana, se partía la caja completamente ebria sentada en la barra.

En lo que me ponía de nuevo el abrigo y salía fuera de la discoteca, el raciocinio me vino a la cabeza y me pregunté qué era lo que estaba haciendo.

¿De verdad quería mezclar el trabajo con una relación? ¿Y si no funcionaba? ¿Y si acababa mal? ¿Y si...? Le di un manotazo a esa vocecilla de pito que sonaba en mi cabeza.

Pero, a ver...Lucy, criaturita del señor... ¿En qué quedamos?

—Lucy —dijo mientras me ofrecía un cigarro de su paquete de Fortuna.

—Gracias, pero yo tengo.

—Te lo debo por el que me diste —dijo guiñándome un ojo. Se refería a un cigarro que le di cuando decidieron meterme en el caso y fuimos a tomarnos un whisky a un bar cercano de la comisaría. Exacto, “el bar de siempre”.

—Kilian... lo del otro día... —empecé a decir.

Y a decir verdad, no sabía ni lo que quería decir, iba demasiado borracha, pero me

mordí la lengua para no desvelar lo que realmente sentía y lo que realmente quería hacer. Solo había sido un beso, un sencillito y bonito beso. Nuestro primer beso.

—Lo del otro día... — empezó él—. Solo te digo que me quedé con ganas de más. Lo siento si no te he dicho nada desde que pasó, pero quería saber exactamente lo que siento, soy así, necesito mi tiempo.

Me descolocó totalmente. Vaya tipo más raro, pensé en ese momento. Y a lo mejor no es que fuera raro, a lo mejor es que no era el tipo de chico al que estaba acostumbrada.

—¿Y qué es lo que sientes?

—Pues... te repito lo que te dije aquella noche, nunca te vería como un polvo, jamás. Esa es la verdad, Sparrow. No me preguntes por qué, es algo que aún tengo que descubrir.

Virgen de la Macarena. ¿Y ahora qué? ¿Qué quieres? ¿Qué sientes, Lucy?

Maldita voz, cállate ya.

Sentía que me gustaba y que podría enamorarme como una imbécil de él.

—Ya te dije que no quiero mezclar las cosas.

Arqueó las cejas, no sabía si por decepción o por sorpresa.

—¿Por eso me dejas besarte y cuando, de casualidad te encuentro de fiesta, me invitas a bailar? ¿Por eso me dejas tocarte y acariciarte?

Fue una patada en el estómago eso que dijo. Bajé la cabeza avergonzada. Tenía razón, había hecho las cosas mal.

—Lo siento.

—Eso quisiera yo saber, qué es lo que sientes. Estoy harto de tonterías, Lucy. Y yo no quiero eso, no quiero eso en mi vida.

—No. Perdóname. Tú...tú me gustas Kilian, me gustas mucho. Lo siento, voy borracha y me he dejado llevar por la situación, no me he contenido. Sigo pensando que no quiero mezclar lo personal con lo laboral.

—¿Sabes una cosa? A mí me importa una mierda mezclar las cosas. Porque, que yo sepa, no eres policía, no trabajas en mi comisaria ni yo en tu periódico. Y si así fuera, también me daría igual. Quien no arriesga no gana. Pero parece que a ti te da tanto miedo arriesgar, que a mí se me quitan las ganas de comprobar si algún día te atreverás a ser feliz. Hazlo como prefieras, yo ya he dicho mi última palabra.

Tiró la colilla al suelo, la pisó y se marchó con un adiós. Ni siquiera me dio la oportunidad de responderle.

Eso fue un golpe bajo. Joder. Me dejó fuera de juego. *¿Game over? Oh, yes.*

Vi cómo, mientras se alejaba, sacaba el iPhone del bolsillo de su abrigo y tecleaba,

seguramente diciéndole a alguno de sus amigos que se marchaba a casa.

Porque se iba a casa, ¿no? Y en ese momento me lo imaginé besando a otra. Otra que no era yo, diciéndole que hasta apestando a alcohol le apetecía, como me dijo a mí.

Las tripas se me removieron y una arcada hizo subir el tequila y el gin-tonic por mi garganta.

Vomitó un poquito y me limpié con un pañuelo desechable la comisura de los labios. Suerte que el pintalabios era permanente. Digna hasta para vomitar. Sí, señor. Pero en ese instante la dignidad me dio igual, porque sabía que tenía razón en todo lo que me había dicho. Y me sentí mal. Me sentí como una mierda, hablando claro.

¿Qué me estaba pasando? Dos lágrimas me cayeron por las mejillas y por una vez no tuve miedo, porque me las limpié dándome igual que el rímel se me corriera y me dejara surcos negros por toda la cara como una cebra.

De lo demás... de lo demás no es que tuviese miedo, es que estaba acojonada.

Entré de nuevo a la discoteca y bebí. Bebí más. Y más. Ni siquiera recuerdo de qué me tomé la última copa.

Tres pares de pies entraron a mi estudio. Romeo maulló como de costumbre, pero pareció no importarnos.

Fumamos marihuana. Dos o tres canutos. Los suficientes como para que, en mi cama, no sintiera el frío de las sábanas al abrirla y tumbarme. Solo el calor de unas manos, cuatro para ser exactos. Besos húmedos de diferentes bocas. Saliva por mis mejillas, mi barbilla y mis pechos, turgentes y firmes. Una erección caliente y húmeda entre mis piernas mientras unos labios saboreaban mi cuello y mi boca. Lenguas entrelazadas. Una mamada que no hice yo porque estaba entretenida besando unos labios.

El olor del látex de un preservativo usado encima de mi mesita de noche. La boca seca por la resaca y un dolor infernal en las sienes. Mi cuerpo desnudo rozándose entre dos cuerpos a cada uno de mis lados, desnudos también.

Piiiiiii. Piiiiiii. Piiiiiii. Un despertador. Mi despertador. Hora de levantarse, ducharse e ir a la sede. Ah no, que estaba suspendida de empleo y sueldo por robar las pruebas del caso de Almudena Salamanca. Qué grande eres, Lucy. Nótese la ironía.

Pero... ¡Oh, oh! Había algo en el ambiente. Algo raro. Abrí los ojos como pude, despegando la pestaña de arriba de la de abajo, mientras me maldecía por no haberme desmaquillado antes de acostarme.

Tenía frío y al taparme un hombro con el edredón, eché de menos la manga larga de mi pijama

¿Por qué no lo tenía puesto? Y ahí fue cuando una náusea repentina me recordó que

había salido «a tomar unas copas» después de cenar sushi con mis amigos.

Miré con miedo a mi lado derecho y vi a David durmiendo a pierna suelta mientras roncaba. Giré la cabeza hacia el frente con brusquedad. Respiraba con agitación. ¡Ay Dios! Intenté mirar hacia mi lado izquierdo, consiguiéndolo a duras penas. Martina dormía con la boca abierta y tenía un poco de baba en la comisura de su labio inferior. Porque era baba... ¿No? ¡Mierdaaaaaaa!

Volví a girar la cabeza bruscamente hacia el frente y Romeo me miraba de manera inquisitoria. Como si el gato me lo hubiese transmitido por telepatía, levanté un poco el edredón y miré mi cuerpo. Estaba desnuda. Muy desnuda. No llevaba ni bragas.

Me tapé la boca con la mano, ahogando un grito. Lo que sentí no lo puedo ni explicar. Una mezcla entre vergüenza y asco al mismo tiempo.

Vamos a ver... le había dicho a un pedazo de tío que no quería mezclar los polvos con el trabajo y me despertaba una mañana con David, que trabajaba en la sede, y con Martina, que también trabajaba en la sede y además era una de mis mejores amigas.

Bravo, Lucy, bravo. Mátate. Córtate las venas o tírate por el primer puente que veas porque cada día te superas en cagadas.

Salí como pude de la cama, intentando no despertarlos y me envolví en mi bata.

Me miré al espejo. Llevaba una coleta que no recordaba cuándo me la hice. Pero estaba mal hecha y la llevaba en medio de la cabeza como si fuera una palmera. Parecía gilipollas. Y un mapache, un mapache también, porque tenía la sombra de ojos, el rímel y la raya negra corridos. Ni rastro de pintalabios, y eso que era permanente. ¿Qué coño había hecho yo con la boca? No lo quería ni pensar.

Con las mismas, sin bragas ni nada, tan solo mi bata de invierno, volví a la habitación y les quité el edredón de golpe.

Martina dio un gritito perezoso.

—Tía... ¿Qué haces? ¡Tengo frío! —se quejó.

—¡Levántate! ¡Tenéis que ir a trabajar! ¡Y de paso me explicáis qué cojones significa esto!

—Mmm —logró articular David, que, por cierto, seguía empalmado.

—¡Y tú! ¡¿Es que nunca se te baja esa cosa?!

Una sonrisa de superioridad y placer se dibujó en sus labios.

—¿Te gustó, eh?

—¿Me gustó el qué, si se puede saber? —le dije con miedo.

—Lo de anoche...—dijo mientras se la cogía y la volvía a dejar sobre sí mismo,

haciendo un golpe seco contra su abdomen.

—¿Pero qué...? ¡¿Qué me va a gustar si encima la tienes pequeña?! ¡Gilipollas!

Dejé que se vistieran en cinco minutos de reloj y los eché de mi casa. Sí, los eché, porque no sé lo que me pasaba por el cuerpo en ese momento. Tenía hasta rabia. Necesitaba estar sola y pensar.

Porque estaba claro que tenía que pensar y mucho en lo que había pasado.

¿Se habían aprovechado de mí? Pero ¿cómo habían hecho eso?

David... bueno, vale, me lo podría esperar, porque tampoco éramos tan amigos como para sentirme mal por ser un polvo para él. Pero Martina... ¡Martina! Joder, que era una de mis mejores amigas, hostia. ¿Cómo había sido capaz de, si tan borracha estaba, no cuidarme? No cuidarme y encima acostarse conmigo. Porque era eso lo que había pasado, me había montado un trío con una de mis mejores amigas y con David, que era un compañero de trabajo, a pesar de que fuese un acoplado.

Lo sabía y tú también lo sabes y seguro que piensas: ¡Joder con la señorita Sparrow! Blablablá.

Por el amor de Dios... aquello me superó. Tanto que me eché a llorar, aún con la bata puesta. Y lloré por lo que había hecho, porque no me sentía bien conmigo misma por hacerlo. Y lo hice porque iba como una cuba. Y me emborraché tanto porque Kilian se había ido, seguramente enfadado por cómo me había portado con él, porque había hecho las cosas mal, como siempre. ¿Nunca aprendería?

Después entendí que mis lágrimas solo salían de mis ojos por él, por su ignorancia, por haberle fastidiado, porque me dejase allí plantada sin poder contestarle a lo que me dijo. Por tener razón y yo no. Por tener la culpa. Y... porque me gustaba.

No me gustó tener sexo con dos personas, y más tratándose de ellos. Al principio me sentí sucia, asqueada y avergonzada, pero después entendí que, con la mierda que llevábamos encima los tres, podría haber pasado algo peor, como incendiar mi estudio y que mi casero me quemase a mí viva después o que asesináramos a Romeo o... yo qué sé. Miles de cosas. Íbamos muy cocidos, joder.

La normalidad con la que trataron el asunto David y Martina y sus disculpas ese día hicieron el camino más fácil. Eso me tranquilizó. Aun así, a David no podía dirigirle la palabra y no entendía por qué. Solo trato profesional, ya que trabajábamos en el mismo periódico. Por suerte estaría todo un mes sin verle el careto gracias a que el comisario De la Torre me había chantajeado con aceptar esa sanción por robar las pruebas (cosa que era ilegal) a cambio de que no cerraran el periódico.

Por lo menos una cosa estaba solucionada y sentí algo de calma en mi interior después de hacerle jurar a Martina por Harry Potter que, nunca, repito, nunca, jamás, volvería a pasar algo parecido y que no volveríamos a hablar de aquel episodio patético en el que tres

borrachos tenían sexo. Y cuando Martina juraba por Harry Potter... iba en serio.

Ahora dime... ¿Hubieras reaccionado de forma distinta o exactamente igual?

El caso es que volvía a casa de comprar un par de cosas para la cena de aquella noche, pues a Martina y a mí nos apetecía cenar *sushi* viendo... ¿Lo adivinas? Una película de la saga de Harry Potter, claro, no podía ser de otra forma. Martina era una friki del niño mago.

Todavía recuerdo aquella noche en la que hicimos una cena en mi casa para celebrar que Martina dejaba su trabajo de azafata de vuelo y se incorporaba a trabajar con Lola y conmigo en la sede del periódico y... ¡Cómo no! En aquel recuerdo también estaba Samuel, porque aquella noche, me besó por primera vez.

Después de cenar, Martina decidió en nombre de todas que veríamos primero la sexta película de la saga: *Harry Potter y el príncipe mestizo*.

A media película, Lola ya estaba con los nervios desquiciados y, es que hacer maratón de películas con mi hermana y con Martina, era algo parecido a acabar con un ataque de ansiedad, porque si no te contaban el final, se pasaban todo el rato comentando.

—Oh Dios, me encanta Ro-Ro —suspiró Martina.

—¿Quién? —dijo Lola, poniendo los ojos en blanco.

—Ro-Ro, tía, el pelirrojo... ¿Es que no estás viendo la película? —dijo.

—Pues no... no mucho.

Martina chasqueó la lengua y acto seguido volvió a llenarse la boca de palomitas, haciendo mucho ruido al masticar.

—Pues a mí me gusta más Harry. ¿Quieres hacer menos ruido? —le pidió Claudia.

—A mí Malfoy —dije yo.

Martina me miró como si hubiese cometido un asesinato.

—¿Qué? Me gusta Tom Felton —dije.

Tom Felton era el actor que interpretaba a Draco Malfoy, uno de los medio malos de la saga.

Se encogió de hombros, pero no dijo nada. Menos mal.

Pocos minutos después me sonó un WhatsApp en la BlackBerry. Con mucha pereza me levanté del sofá y me acerqué hasta la barra de la cocina para responder.

Tecléé para desbloquearla mientras volvía al sofá de nuevo, me paré en seco y exclamé:

—¡Oh, Dios!

—¿A ti también te pone Ro-Ro? Tía, te entiendo tanto... —dijo Martina mientras se metía una cucharada de helado de chocolate enorme a la boca sin despegar los ojos del televisor.

—¡Calla, loca! Tengo un WhatsApp de Kilian y no es por trabajo.

—¿Qué dices? —me dijo Lola levantando las cejas—. Creía que se lo habías dejado claro.

—Y eso fue lo que hice —me quejé.

—Tía... o sea, tía, te han profanado la chirla y no me dices nada... —me recriminó Martina.

La loca esta del coño me sacaba de quicio.

—Dios te oiga, hija, Dios te oiga... —me escuché decir—. O sea que... ¡Que no, tía! ¡Que no puede ser! ¡Trabajamos juntos! Pero claro, como has querido hacer maratón de Potter antes de ponernos al día...

—Venga, cállate y léelo a ver qué pone —dijo Claudia.

—¿Me callo o leo? ¡Aclárate! —dije.

—¡Qué lo leas, leñe! —me azuzó Martina.

Puse los ojos en el móvil y abrí la conversación.

«No puedo evitar dejar de pensar en ti desde que me dijiste aquello. Supongo que me gusta lo prohibido.»

Martina apagó la televisión y volvió a coger la tarrina de helado. Debía interesarle bastante, porque había preferido enterarse de la conversación que seguir viendo a su amado amor platónico.

Tres pares de ojos me miraban.

—¿Y ahora qué le digo?

—No le digas nada y fóllatelo —dijo Martina.

Así era ella: clara, natural, decía las cosas sin tapujos. Era lo que más me gustaba de su personalidad. Era una sinvergüenza, en el buen sentido de la palabra. Bueno, y en el malo también, qué narices.

—¿Qué es lo que no entiendes? Trabajo con él, ¿recuerdas?

—¿Y qué?

—Pues... que no quiero mezclar las cosas.

—No hace falta que las mezcles, un polvo y si te he visto no me acuerdo.

—No... yo... no puedo hacer eso.

—¡Claro que puedes! Martina puede —dijo Claudia.

—Martina es Martina y yo soy yo. Y no, no puedo. Ese tío me pone muy nerviosa, muy cachonda, sí. Pero es distinto, me... me late el corazón de una forma que con Adán no sentía.

Martina abrió la boca por la sorpresa y el helado de la cuchara se le cayó encima del pijama.

—Ese tío... —seguí.

—Ese tío te gusta —acabó Lola.

—¿Qué? —le dije incrédula.

—Que aparte de calentarte el chichi también te calienta el corazón, chata —aclaró Martina.

—¿Os estáis oyendo?

—Lucy, cielo, creo que esta vez todas estamos de acuerdo —dijo Lola.

¿Era verdad? No. No podía ser. ¿En serio? Dios, Lucy Sparrow, estás gafada. Gafada porque sales de una y te metes en otra.

Kilian no podía gustarme, no debía gustarme. Sería una locura mezclar lo laboral con lo sentimental. ¿He dicho sentimental?

Por Dios... sí que me gustaba. Pero no, no podía ser. Tenía que centrarme en mi trabajo, ahora que por fin había dado un paso más en la dirección que yo siempre había soñado.

—Bueno... ¿Qué le digo? —pregunté por segunda vez.

—Déjaselo claro otra vez —me aconsejó Lola.

—Bah, tíratelo —dijo Martina volviendo a comer helado.

—Martina uno, Lolita cero —dijo mi hermana, guiñándome un ojo mientras levantaba su pulgar.

Seguí el consejo de Lola y le puse:

«Creía que ya lo habíamos hablado.»

Un minuto después vibró de nuevo mi BB. ¿Es que este tío no se había despegado del móvil?

Las miré y tecleé de nuevo para leer el mensaje.

«Yo también lo creía, pero mi cerebro no me quiere hacer caso.»

«Deberás entonces imponerte a él», le contesté.

Se desconectó. Segundos después... En línea. Escribiendo...

«Ay, rubia... no es tan fácil», dijo.

«Haz que lo sea entonces»

¿Estaba siendo demasiado estirada?

«¿Puedes hacerlo tú? Ponérmelo fácil, digo».

Claro que podía ponérselo fácil, pero es que no quería tener problemas.

«Ni de coña. Buenas noches, Kilian»

«Me gusta lo complicado, soy policía. Buenas noches, rubia»

—¿Su cerebro no le quiere hacer caso? Querrá decir su polla... —dijo Martina.

—Martina, por Dios... —dijo Lola quitándole la tarrina de helado.

—¿Qué? Es que es verdad, a ese le pica como le pica a ella la chirla, lo que pasa que como es tonta...

—¡Oye! ¡Que estoy aquí!

Claudia se reía.

—¿Y por qué no quedas con él otra vez? Puede ser como el otro día, algo tranquilo, sin llegar a más y así le vas conociendo y quizá te ayude a ver las cosas más claras —dijo.

—¡Ah! ¿Que ya quedaste con él y no chupaste nardo? —dijo Martina, incrédula—. Tonta... lo que yo te diga.

Puse los ojos en blanco ante su comentario.

—Pues... por una vez te voy a hacer caso, Claudia —dije para mi sorpresa.

—¿Ves a lo que me refiero cuando digo que soy la lista de las dos?

Y sonrió como solo ella sabía hacerlo.

—Cambiando de tema —dijo Lola—. Martina, ¿qué es eso que querías contarnos?

—Pues... que he dimitido en mi trabajo de azafata —dijo con tranquilidad—. La buena noticia es que... ¡Me han admitido en vuestra sección de *La crónica diaria*!

—¿Qué dices?! ¡Zorrasca! ¿Cómo no nos has dicho nada? —le dije feliz.

—¡Sorpresa, sorpresa!

Las tres nos abrazamos dando saltitos como tontas mientras Claudia nos miraba sonriendo.

—¡Clau! Ven, puti —la llamó Martina.

Y esta vez fuimos cuatro idiotas saltando encima del sofá.

—Esto se merece una borrachera —dijo Martina—. Lu, saca el tequila, chata. La noche promete.

—Bueno, yo lo saco, pero qué pena que no esté el primer mes después de incorporarte —dije apretando los labios.

—¿Y eso por qué? —preguntó, decepcionada.

Entonces le relaté todo lo acontecido acerca del caso y, de paso, también se enteró mi hermana. Les conté que el comisario me había pillado el hurto de las pruebas porque fui a contárselo a Kilian a la comisaría, que me había obligado a contárselo a Belmonte si no quería que cerrasen el periódico, algo de lo que él era muy capaz de conseguir, y que Belmonte me había suspendido de empleo y sueldo por orden del comisario para evitar el cierre de la sede.

—Lucy, eres la puta ama. No te rayes, te ayudaremos si te hace falta cualquier cosa. Es solo un mes. Descansa, relájate, lee libros, mírate películas, fóllate al maromo policía y saca el tequila. La noche promete y somos jóvenes.

Y tanto que prometió. Nos agarramos tal mierda a tequila, que acabé mandándole un mensaje a Kilian.

A Kilian, sí. Lo que yo te diga, me convertí en otra loca del coño como Martina y mi hermana Claudia. Lola era nuestra salvación.

Esperé a que mis dos amigas y mi hermana, borrachas perdidas, se hubieran quedado dormidas con la boca abierta y, en el caso de Martina, hasta con la baba colgando.

Cuando comprobé al cien por cien que así era, aún borracha, le pedí a Kilian que viniera a la puerta de mi estudio.

Casi me tropecé con Romeo cuando me dispuse a salir a la calle, con mi bata puesta para resguardarme del frío de la noche.

—Ay, minino, casi tenemos un disgusto... gato malo —lo reñí.

Angelito... me miró como si fuese un bicho raro y se subió encima de Martina, que dormía con una pierna encima del respaldo del sofá.

Salí a la calle, cerrando la puerta del estudio con cuidado, no sin antes guardar las

llaves en el bolsillo de la bata.

El coche de Kilian estaba a poco más de dos metros, en la carretera, aparcado a la perfección.

Entonces me acordé de lo desastre que era yo aparcando y una risita tonta se me escapó.

Kilian bajó del vehículo y se acercó a mi puerta.

—¿Y ese cambio de opinión?

—No he cambiado de opinión, solo que me apetecía verte —dije con una sonrisa feliz en mi cara de borracha.

—¿Has bebido?

—Sí —respondí, riéndome con voz de borracha.

Kilian puso los ojos en blanco sonriendo.

—Las chicas buenas no beben, Sparrow —dijo, acariciándome la mejilla derecha.

—No soy una chica buena, soy una chica mala según mi amiga Martina, porque no me acuerdo contigo —le repliqué cambiando el semblante a uno más serio.

El alcohol nos suelta a todos la lengua.

—Tu amiga Martina tiene un poco de razón —dijo él—, pero solo un poco, porque a mí no me gustan las chicas que se acuestan conmigo a la primera de cambio, aunque eso no quiere decir que me falten ganas de hacerlo contigo.

Tenía una actitud un poco chulita que me volvió loca de remate. Aun así, había ternura en sus palabras.

¿Se podía ser más perfecto?

Asentí.

—De todas formas, sigo pensando que sería una locura mezclar lo sentimental con lo laboral —dije.

—¿Sentimental? —dijo él sonriendo.

Y qué sonrisa... el detalle de que sus dientes estuviesen ligeramente separados hizo que sucumbiese a sus encantos.

—Bueno, los polvos con el trabajo... —dije yo riéndome de nuevo.

Él sonrió y se acercó.

—Dudo mucho que algún día te vea como solo un polvo. Hace tiempo que eso no me va, no me satisface —dijo acercándose más.

Su aliento olía a pasta de dientes. Cuando creía que no podía verlo más perfecto de lo que era, me plantó un beso. Húmedo y dulce.

—Me apetece hasta apestando a alcohol —me susurró tras despegar sus labios de los míos.

Entre eso y los efectos del tequila, llegué a esa conclusión tan terrible: Samuel Quilates me gustaba, me gustaba de verdad.

Recibí una llamada de teléfono y me alegré al comprobar que era Quiroga quien quería escuchar mi voz. Quiroga era el culpable de mi pasión por la investigación. Era el detective privado que contraté para vigilar a Adán, mi exmarido. Me propuso quedar al día siguiente para ponernos al día, ya que llevábamos muchísimo tiempo sin vernos y habíamos afianzado una gran amistad desde que lo contraté. Él fue quien me impulsó a estudiar para llegar a ser detective privado.

Metí la llave en la cerradura de casa y me sorprendió escuchar música que provenía del interior a todo volumen. Abrí la puerta y casi se me cae la bolsa de la compra a los pies cuando vi a Martina en bata de invierno, sin pantalones, con unos calcetines superaltos, las zapatillas de estar por casa y una toalla en el pelo. Supuse que acababa de salir de la ducha.

Estaba barriendo mi diminuto comedor mientras movía la cadera escandalosamente al son de la canción *Pégate* de Ylenia. Sí, querida, sí. Es verídico.

—*Bésame, poco a poco así, bésame, deja que tu boca juegue con mi piel. Tócame, bésame...*—cantaba usando el palo de la escoba como micrófono.

—¿Qué es esa mierda que suena? —preguntó Quiroga a través del teléfono.

—Iván, tengo que dejarte. Luego te mando un WhatsApp para lo de mañana. —Y acto seguido colgué.

Me quedé observándola un rato más. Parecía que no se había dado cuenta de que había entrado, pues la música estaba tremendamente fuerte. Movía el culo hacia atrás. De verdad, era muy cómico, parecía algo raro.

—*Y es que ven, pega tu «sintura» conmigo, que tú me guías y yo te sigo, quiero una aventura contigo, y arráncate, siento que me «exsito»... bésame,*

poco a poco así, bésame...

Tuve que reprimir muchas veces las carcajadas, pero aguanté hasta que por fin se dio cuenta de que la estaba observando al borde del espasmo por aguantar la risa.

Pegó un salto que hizo que Romeo se sobresaltase.

—¡Coño, tía! ¿Cómo no me avisas de que has llegado?

—Estabas tan entretenida... —dije entre carcajadas.

—¿Qué? A mí me mola limpiar así —me espetó.

—Sí, si nadie te dice nada, cielo —dije mientras le acariciaba el brazo. Estaba empezando a fruncir el ceño.

—¿Has traído los ingredientes para hacer sushi? —preguntó con una sonrisa de súplica.

—Sí, pesada. Aquí lo tienes —respondí, dejando la bolsa de la compra encima de la barra de la cocina americana.

—¿Y el helado y los donut? ¿Y las palomitas?

—Todo, Martina, todo.

Dio palmaditas cual niño pequeño con zapatos nuevos y se puso a sacarlo todo de la bolsa.

Al poco rato se puso un pijama decente, se secó el pelo y comenzamos a hacer el sushi.

Cenamos tranquilamente mientras veíamos las noticias, las dos sentadas en el sofá usando la mesita pequeña para poner la cena mientras el gordo de Romeo devoraba su plato de pienso.

Poco después, cuando ya me hube puesto mi pijama, pusimos la película.

Como podrás imaginar, Martina me torturó con sus típicos comentarios acerca de lo mucho que le gustaba el pelirrojo mientras se metía grandes trozos de donut de chocolate en la boca, intercalándolos con cucharadas de helado. ¡Cómo jalaba esta mujer!

Cuando acabó la peli decidimos irnos a la cama a dormir, pues al día siguiente ella trabajaba en la sede y yo tenía que madrugar para hacer las

tareas de la casa dedicadas a la ropa, tales como planchar, tender y hacer la colada y, ya de paso, estudiar.

Antes de apagar la luz le mandé un mensaje a Quiroga para decidir el lugar y la hora a la que nos veríamos al día siguiente por la tarde.

—¿Con quién te mensajeas? —preguntó Martina, paseando sus ojitos sobre la pantalla de mi BlackBerry.

—Con Iván —dije despreocupada.

—¿Iván? ¿Qué Iván?

—Quiroga.

—¿El detective?

—Ajá.

—¿Te lo vas a tirar?

—¿No puedes pensar en otra cosa que no sea eso? —dije, frunciendo el ceño.

Martina se quedó pensativa y a los pocos segundos me sonrió y se mordió el labio inferior.

—No, está claro que no —contesté por ella.

Bloqueé la BB, apagué la luz de la lamparita y me acomodé en la cama, tapándome hasta el cuello.

—Lu...

—¿Quééé? —contesté, cansada.

—¿Crees que me enamoraré algún día?

La pregunta me pilló desprevenida, esa es la verdad. Que yo supiera, Martina no se había enamorado nunca ni quería hacerlo, al menos eso demostraba siempre. Miraba a los tíos como se mira a los pañuelos desechables, de usar y tirar.

—Pues... —empecé a decir. Lo cierto es que no sabía bien qué responderle—. Quizá, algún día, como todo el mundo, supongo.

—Si... algún día, Lu —respondió—. Buenas noches.

A la mañana siguiente, cada una hizo sus planes respectivos, programados el día anterior.

Martina se levantó antes para ir a la sede y yo, dos horas más tarde, me desperté para ser ama de casa y estudiante.

Después de desayunar junto a mi gatito, puse un par de lavadoras y limpié lo que Martina no había limpiado el día anterior.

Al terminar, estudié durante un rato y me eché una siesta mientras me fumaba el pitillo de después de comer. Sí, he dicho mientras me lo fumaba, porque me quedé durmiendo con el cigarro encendido. Lo sé, un día de estos es posible que salga ardiendo.

Al despertarme de la siesta, me hice un café y me di una ducha.

Me arreglé más de lo normal. No sé por qué, pero quería causarle una buena impresión a Quiroga después de tanto tiempo sin vernos. No quería que viese que había pasado esa racha después de lo acontecido con Samuel, no quería que notase que estaba mal, que aún seguía llorando alguna que otra noche. Así que, puesto que mi interior estaba dispuesto a que nadie lo descubriese, disfracé mi exterior.

Cuando fue la hora pertinente, salí rumbo al sitio donde habíamos quedado. Un antro algo lúgubre y bohemio, muy del estilo de Quiroga. Sobra decir que fue de su elección.

Iván imponía. Era de esos hombres que al verlos piensas eso de «un hombre hecho y derecho». Era mayor que yo, casi rozaba los cuarenta, pero conservaba una hermosura inquietante. ¿He dicho hermosura? Pues sí, lo he dicho. Era alto, de espalda ancha y manos grandes. Peinaba su pelo rubio engominado con la raya al lado, tenía los ojos verdosos como el mar y fumaba en pipa. Pero lo más importante y lo que más destacaba de él, era su personalidad y profesionalidad. Era muy suyo y siempre mostraba una faz seria. Nunca exteriorizaba sus sentimientos ni hablaba de su vida personal, se volcaba en resolver los casos de la vida privada de los demás.

Cuando nos vimos, me saludó con su típico y profesional apretón de manos y apartó la silla hacia atrás instándome a que tomase asiento.

Pedí mi clásico descafeinado con leche y sus dos azucarillos y él un trago de whisky.

—Demasiado tiempo, Sparrow —dijo.

—Sí... —respondí mientras daba vueltas a mi café con la cucharilla.

—¿Cómo te trata la vida?

—Bien... supongo que bien —mentí.

—Vaya... mientes fatal.

—Muy observador —dije inmediatamente antes de darle un sorbo a mi taza.

—Cuéntame.

Confiaba en Quiroga, así que le relaté, muy a mi pesar, todo lo que había pasado con Samuel mientras él se limitaba a beberse su vaso de whisky y luego otro más.

Asentía con la cabeza sin decirme nada, tan solo escuchaba.

—Muy poco inteligente, este Kilian... —dijo al fin.

—Samuel, se llama Samuel.

—Lo que sea, Sparrow. Muy poco inteligente.

—Sí, tal vez...

—Un soberano gilipollas, me temo.

Asentí con la cabeza, avergonzada. Un soberano gilipollas al que yo seguía queriendo de forma enfermiza.

Después pasamos al tema profesional y se emocionó mucho cuando le hablé de mi excedencia y mis estudios para adquirir el título de detective privado.

—Te propongo algo —dijo tras contarle que después del hurto de pruebas estuve colaborando con la policía en el caso del asesinato de Almudena Salamanca.

—Dime.

—Vayamos a un sitio al aire libre, necesito fumar. Te lo contaré entonces.

Asentí con la cabeza.

Después de pagar lo que habíamos tomado, aunque la verdad es que me había dejado casi la mitad del café con tanta palabrería que había soltado, salimos al exterior.

Mientras caminábamos, Iván fumaba de su pipa. Me encantaba el olor a pipa.

—Quiero que me ayudes —dijo mientras paseábamos.

Quiroga era un tío muy tranquilo, jamás perdía los nervios, algo muy importante en el trabajo de detective privado, por lo que andaba lentamente. Aun así, era tan alto que una zancada suya eran dos mías.

—¿Que te ayude a qué?

—En mi trabajo. Puedes considerarlo una especie de prácticas. Me gustaría enseñarte mientras estés estudiando.

—¿De verdad?

—Sí. Te expliqué muchas cosas hace tiempo, con todo el tema de tu exmarido y parecías muy interesada en mi trabajo. Y ahora me entero que estás estudiando para adquirir el título. Verdaderamente te apasiona, de lo contrario no hubieses dejado tu amado trabajo en el periódico. ¿Me equivoco?

Recordé que cuando me colé en la vivienda del caso en el que colaboré y conocí a Kilian, lo hice tal y como Quiroga me había explicado, colándome entre la multitud de curiosos que atestaba la entrada de la vivienda como si fuese una más.

—En absoluto.

—Que así sea entonces. Ahora mismo no tengo ningún caso pendiente, pero te llamaré en cuanto tenga algo. Estudia, Sparrow, y no metas más hombres como ese poli en tu vida, no te conviene.

Dicho esto, se marchó, dirigiéndome una mirada como única despedida.

10

Lucy, enero

Los días pasaban y he de decir que cada vez me encontraba mejor. Aun así, Samuel seguía dentro de mí como un parásito que no deja de chupar sangre a su víctima. Era imposible sacármelo de dentro. Y de verdad que lo intentaba. Lo intentaba cada día, pero ya sabes que las mujeres somos un poco masoquistas y aún con el daño latente, seguimos escribiendo su nombre dentro de un corazón dibujado a boli; escuchamos canciones tristes o canciones que nos recuerden a ellos y su olor, a cómo besa e incluso a cómo nos follan. Sí, es triste, pero somos así.

La realidad es que no había vuelto a saber absolutamente nada de él. No volví a dar ningún espectáculo por emborracharme como una quinceañera despechada del que su primo tuviera que darle parte al poli que me robó las entrañas.

Y retomando el tema de cómo somos las mujeres, te diré que al igual que a los hombres, también nos pica el asunto, ya sabes ¿Qué hay de malo en satisfacer esa necesidad?

Estaba descubriendo a un Quiroga muy interesante.. Desde aquel día en el que me propuso que le ayudase, habíamos hablado y nos habíamos visto en algunas ocasiones y he de decir que el Quiroga que dejaba atrás la frialdad y la seriedad me gustaba y me atraía.

Un clavo saca otro clavo ¿No es eso? Pues no, Kilian seguía estando ahí, juraría que cada vez más dentro.

Era sábado y había quedado para cenar con Claudia, Martina y Lola, pues esta última tenía que contarnos algo muy importante.

Me puse mona. Utilicé un vestido camisero color coral con perlititas en el pecho con unos taconazos negros, un abrigo gordo negro y un bolso de mano del mismo color. No me maquillé en exceso, tan solo un poco de rubor color coral, la raya negra encima del párpado y un *gloss* espeso y brillante en los labios. Me hice una larga y tirante coleta alta y me marché, no sin antes haber

preparado el cuenco de Romeo para su cena.

Cuando llegué a la puerta del restaurante solo faltaba Martina por llegar. La verdad es que no sabía dónde podía estar, ya que por la tarde había salido de compras y dijo que iría directamente al restaurante.

Tardó unos diez minutos y, una vez llegó, entramos dentro del local y el camarero nos condujo hasta la mesa que Lola había reservado.

Pedimos unas ensaladas como entrante y unas copas de vino blanco, que fueron acompañadas por unas deliciosas almendras tostadas. Como plato principal me decidí por un entrecot al roquefort a diferencia de las demás, que lo pidieron con salsa de pimienta.

Lola no soltó prenda, por lo que llegamos al final de la cena sin saber nada.

La verdad es que comimos demasiado rápido, ya que habíamos quedado a las nueve y eran las diez cuando el camarero nos estaba sirviendo los postres, a la vez que otro conducía a una pareja a una de las mesas que se encontraban cerca a la nuestra.

—No puede ser... —dijo Martina tensando la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó Claudia.

A mí no me hizo falta que nadie me contestara. Giré la cabeza hacia donde Martina tenía fija la vista y juro que me quise morir por dentro y aún estoy decidiendo si fue de celos, de rabia, de angustia o de tristeza. Solo sé que me quise morir. Me dejé hasta el flan. Retiré mi plato hacia delante de mala gana mientras con la otra mano daba un golpe sobre la mesa con la servilleta y exclamé:

—¿Quién es la puta esa?!

Lola me agarró del brazo y me miró con ojos reprobatorios. Seguro que pensó que había alzado demasiado la voz y alguien nos estaba mirando.

Y si algún hombre está leyendo esto ahora mismo, te explicaré mejor porqué utilicé esa palabreja. Para las mujeres que somos celosas la traducción sería así: chica que habla con tu chico se traduce en «la puta esa», chica amiguita de tu chico pero que tú no conoces, se traduce en «la puta esa», chica a la que tu chico besa se traduce en «la puta esa» y «la puta esa» se

traduce en «la puta esa».

Ha quedado claro, ¿no? Bueno, pues efectivamente, Kilian estaba en una de aquellas mesas con una mujer. Una mujer que ninguna de mis amigas, ni mi hermana, ni yo, sabíamos quién era. Porque a ver, no es que me cayera mal la chica, obviamente no la conocía, pero desde ese momento sentí más odio hacia ella del que hubiera podido sentir hacia ninguna otra persona. Ni siquiera hacia él, que me había traicionado.

—Larguémonos de aquí, a mi hermana le va a dar un síncope...

Hicimos caso a Claudia, porque la verdad era que tenía bastante razón. Toda la sangre se me había subido a la cabeza y no soy agresiva, pero tenía muchas ganas de agarrarlos del pelo a los dos y arrastrarlos por todo el restaurante.

Pagamos la cuenta y nos marchamos. Juraría que me vio, pero se hizo el loco. No le culpo. Si yo estuviera con otro en público y él me viera, me haría la loca haciendo como que no lo he visto.

En fin, daba lo mismo. Necesitaba salir de allí y así lo hice, en compañía de mis amigas y mi hermana.

Después de eso, decidimos tomar una copa en un pub tranquilo para que Lola por fin nos contara aquello tan importante.

La verdad es que cuando nos lo dijo creo que a todas se nos cayó el alma a los pies. Lola se marchaba. Se encontraba estancada personal, espiritual y profesionalmente. Era una persona muy ahorradora, por lo que tenía bastante dinero guardado para permitirse una excedencia.

Necesitaba buscarse a sí misma. Así que había decidido meterse en una asociación e irse de voluntaria a Malawi. Alegó que así conocería a gente y se conocería a ella misma de manera espiritual y, obviamente, ayudaría a todas aquellas personas que tantas penurias pasan en aquellos lugares.

Estoy parafraseándola, claro.

Vaya, estaba a la orden del día. Belmonte tenía que estar trinando. Primero yo y, después, Lola.

Yo, en ese momento, no estaba especialmente atenta a sus explicaciones. Bueno, sí las escuchaba, lo que no hacía era entenderlas bien del todo. Veía a

Lola genial. Pero claro, no estaba dentro de ella para saber cómo se sentía y ella no era de esas personas de contar sus problemas, más bien se volcaba en los problemas de los demás para ayudar, a la vista estaba si se había decidido a marcharse a aquellos lugares en los que el hambre, la pobreza y la enfermedad están a la orden del día.

Ahora, uniendo todos esos lazos, sí que entiendo que se marchase a ese viaje tan especial y en solitario. Lola era así. Le gustaba ser así. Prefería volcarse en la ayuda humanitaria que buscar la felicidad para sí misma.

Pero pensándolo de otro modo: ¿No era aquello lo que realmente la hacía feliz?

11

Lucy

Después de la confesión de Lola nos fuimos cada una a su casa. Martina se marchó a dormir con ella, por lo que yo volví sola a mi estudio.

Nos dejó la moral tocada. Bueno, a mí no me dejó tocada, a mí me dejó jodida. Lola era mi calma, conseguía mi sosiego cuando ni siquiera yo podía por mí misma tranquilizarme, y se iba a marchar. Encima me enteré de aquello justo después de ver a Samuel con una mujer, con otra, otra que no era yo.

¿Algo más, Dios mío?

De camino a casa, tras haberme dejado el taxi más o menos a un cuarto de camino de llegar a mi estudio, pues me apetecía caminar un poco y tranquilizarme, se me revolvían las tripas cada vez que los recordaba sentados en una mesa de dos y agarrados de la mano.

Iba a ponerme los auriculares en la BlackBerry, cuando vi un mensaje de Iván emergiendo en la pantalla.

«No estás en casa. ¿Saliste con tus amigas? Te echo de menos, Sparrow.»

¿Hola? ¿Me echaba de menos? ¿Eso había salido de Iván?

Caminé con paso ligero hacia mi estudio y entonces lo vi. Lo conocía hasta de espaldas. Estaba apoyado en la pared con una pierna flexionada descansando el pie en el dique. Fumaba pipa algo encorvado hacia delante, protegiéndose el cuello del frío y parte de la cara con el abrigo.

¿He dicho ya que me encantaba el olor a pipa?

Nada más llegar, el ruido de mis zapatos de tacón contra el suelo lo sacó de su ensimismamiento. Levantó la vista hacia mí y la luz de las farolas le bañaba el rostro, vislumbré sus ojos marinos. No me había dado cuenta antes de lo preciosos que eran.

¿En serio? ¿Pero qué estaba diciendo?

—Hola, señorita Sparrow.

—¿Qué haces aquí? —dije, dedicándole una sonrisa.

—Esperarte.

—¿Y eso?

Abrí mi bolso de mano, saqué mi pitillera y encendí un cigarrillo mientras me observaba.

No me intimidaba su mirada para nada. Con él no me sentía nerviosa. Sabía a qué había venido, bueno... todas sabemos que estaba allí por algo. Además, no era normal en él echar de menos a alguien. Él era frío, calculador, profesional. Parecía una piedra, parecía no tener sentimientos. Sin embargo, era una de las personas con las que me había cruzado en mi vida que más me habían ayudado y marcado.

Me quitó el cigarrillo de los dedos, acariciando mi piel con las yemas de los suyos. Tenía unas manos grandes y algo ásperas. Me pregunté cómo sería ser tocada por aquellas manos. He de confesar que en ese momento sí que me sentí nerviosa porque sabía lo que iba a pasar a continuación, pero no eran unos nervios de esos que te estrangulan los intestinos, no. Eran nervios de esos de «dámelo todo».

Fumó de forma sexy de mi cigarro, lo tiró y de un tirón me pegó hacia él. Me violó la boca con la suya. Así, literal, porque parecía comerme viva entre beso y beso. Su lengua exploraba mi boca como un pez que nada en el mar, de forma rápida y placentera.

No sé ni dónde guardó su pipa, pero con las dos manos libres, que metió debajo de mi abrigo y de mi vestido camisero, me agarró ambos cachetes del culo y los apretó con fuerza hasta hacerme daño. Me sobaba el trasero como si no hubiera un mañana mientras devoraba mi boca con sus besos.

A duras penas pudimos entrar a mi estudio.

Me despojó de manera rápida de la ropa y se quitó también la suya hasta quedar los dos desnudos completamente. Y entonces pude admirar su majestuoso cuerpo. Era un Adonis. ¿Cuándo iba al gimnasio este tío? Porque sin duda era un cuerpo trabajado, pero no en el exceso.

Sus ojos verdes brillaban de excitación y a mí ya me dolía mi propio sexo

de esperar, de esperarle a él, de desearlo dentro. Supongo que me volví loca.

Volvió a besarme, pero esta vez de una manera más lenta y sensual que se me antojó más tortuosa. Me ponía mucho más cachonda que la bestialidad de hacía un momento.

Me sentó sobre la barra de la cocina americana y después de morder mis pezones y retorcerlos hasta hacerme daño, metió dos de sus dedos dentro de mí mientras con la otra mano me estiraba fuertemente de la coleta.

Dios mío... creía que estallaría en cualquier momento.

Fuera, dentro, fuera, dentro. Después me cogió en brazos y apartando la mesa con una sola pierna y algo de esfuerzo nos tumbamos en la alfombra de mi *salón*.

Alcanzó de la chaqueta de su abrigo un preservativo y se lo colocó de forma rápida. ¿Acaso no le apretaba?

Subió mi trasero hacia arriba después de colocarme a cuatro patas y desde atrás volvió a introducir dentro de mí dos de sus dedos, habiéndoselos metido antes en la boca para humedecerlos. Aunque he de decir que no hacía falta, porque estaba muy muy mojada. Quiroga era bruto y eso me gustaba. Dio una cachetada en una de mis nalgas que me hizo gritar.

—¿Te gusta, nena? —preguntó, dándome otra, mientras jadeaba de una manera que me estaba volviendo loca.

Aun así, ese «nena» en su boca me sonó algo sucio y diferente a cómo me lo decía Kilian.

Quise sacarlo de mi cabeza de una maldita vez, de la manera que fuera.

—Sí... dame, dame fuerte. Métemela ya, Iván.

A Quiroga no había que rogarle demasiado. De una embestida, y mientras me agarraba de la coleta enredando mi largo cabello rubio en su puño, se metió dentro de mí. Ahí sí que grité de dolor. Se la vi grande, pero una vez dentro, era enorme y eso que Samuel no se quedaba corto en tamaño.

Me sobaba el culo con una mano mientras con la otra me agarraba de una nalga. Me lo hacía fuerte y ni siquiera nuestros gemidos y jadeos podían eclipsar el ruido de nuestras pieles al colisionar la una con la otra en los embistes.

—Me encantas, Sparrow... —susurraba jadeante en mi oreja.

Cambiamos de posición. Se sentó en la alfombra y yo encima de él, sintiéndole dentro. Boté rápida y enérgicamente mientras notaba su respiración entrecortada en mi rostro.

Su frente estaba perlada de gotas de sudor y su cabello peinado con la raya al lado dejó de estar perfecto. Me gustó muchísimo más así.

Tenía unos labios llenos y sensuales que me besaban y lamían el cuello mientras exhalaba el aire de forma cortada por mis botes.

Poco después nos corrimos los dos a la vez. Estábamos sudados y pegajosos, pero había merecido la pena.

Me sorprendí. Me sorprendí por dos cosas: por mí misma debido a lo que acababa de hacer y por él, porque no era de los típicos pesados que había que echarlos de casa después de un polvo. Iván se vistió, cogió sus cosas y se fue con un guiño.

¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que tenía que hacer yo? Había hecho el amor con otro hombre que no era Samuel. ¿Me había rebajado a su nivel? Me daba asco. Bueno, mejor dicho, no había hecho el amor, había follado. Que es muy distinto.

Y me había gustado, claro que sí. Iván era «la bestia folladora», creo que nunca me habían follado así de duro. Pero había un fallo, y ese fallo se remitía a que no era Samuel. Y yo quería a Samuel.

Oh, oh. Ahora es cuando venía la caída en picado. ¿Es que nunca podría quitármelo de la cabeza? ¿Nunca podría arrancármelo de mí? Maldito cabrón.

Me puse el pijama y mis lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Cogí los auriculares para escuchar una canción con más años que la pera, pero que me seguía encantando: *Como en un mar eterno* de Hanna. Me deslicé lentamente por la puerta de mi habitación hacia el suelo hasta quedar sentada en él. Encogí las piernas sobre mí misma y me llevé las manos a la cara.

Había recaído. Lo tenía claro. Ver a Samuel con aquella mujer me había dolido y mucho.

Siéntete como la flor de la alegría puesta en tu corazón.

Yo la riego to' los días y le pregunto la razón.

Todavía quiero que vuelvas porque te guardo mi amor.

Sí, todavía le quería. El corazón me ardía por él. Siempre sería él, lo tenía claro. Pero de alguna manera tenía que arrancarlo de ahí. Y él no me quería a mí. Ya estaba con otra haciendo cosas de pareja. No era un polvo, no. Estaban cenando juntos en un restaurante.

¿Pero entonces por qué había querido volver conmigo? ¿Tan pronto me había olvidado?

Me dolía la garganta de tanto llorar.

Abre tu corazón extraño y miéntete a diario.

Miente y di que no me quieres.

Miente y di que no me quieres.

Miéntete como haces siempre, miéntete.

¡Claro que me quería! ¿Y si solo había sido un fallo? ¿Debería haberle perdonado?

Pero es que no... es que en ese momento estaba con otra haciendo de todo mientras yo me rompía cada vez un poquito más por dentro

«Que se siga mintiendo», pensé. En el fondo estaba segura de que aún sentía algo por mí. El amor no se borra tan rápido ¿O sí?

Maldito mentiroso... maldito y lindo mentiroso. Esa fue la frase que escribí en mi querida agenda de terciopelo negro esa noche.

Valentina, febrero

Valentina cada vez estaba más pendiente de los gemelos. Los observaba con ahínco cada día, más de lo habitual, más que a los demás alumnos. Se preocupaba por si llevaban la misma ropa que el día anterior o por si mantenían la higiene adecuada.

Y la verdad era que cada día se desesperaba más. No solo no mantenían su higiene, si no que empezaban a comportarse de manera extraña con sus compañeros y con ella.

No se les podía reñir porque en seguida comenzaban a llorar. Eran muy sensibles a los gritos y preferían jugar solos o entre ellos en vez de relacionarse. Para colmo, cada dos por tres, se encontraban indispuestos o tenían fiebre de manera inexplicable.

Después de la aprobación y el consejo de la directora de la escuela de que llamara a la abuela de los gemelos, que era su tutora legal, Valentina hizo lo propio e intentó concertar una entrevista con la mujer.

Lamentablemente tuvo un resultado nefasto: Gertrudis, la abuela de los niños, no se presentó a la entrevista concertada.

13

Lucy, 14 de febrero

Odiaba el 14 de febrero. Y no, no era porque en ese momento estuviera soltera y sufriendo por amor, aunque Iván me estuviera rellenando como un perrito caliente, no.

Me parecía inútil ese día. ¿Acaso se quiere más ese día? Opinaba que era una ocasión perfecta para fomentar el consumismo de todo tipo de perfumes, bombones y todas esas cosas que se suelen regalar. Y, claro, de ello se aprovechan las grandes empresas y pequeños comercios.

En fin, una caca como una vaca. Al menos para mí.

Como imaginarás, desde aquel encuentro con Quiroga, empecé a creer en el placer de hacerlo con otro hombre que no fuese Samuel. Que no te suene raro, pero es que ya me había acostumbrado a él, a sus besos, a sus caricias, a sus manos...y que fuese otro el que me acariciaba y me besaba no había entrado nunca en mis planes. Supongo que el destino es así.

Y sí que es verdad que, siempre que nos acostábamos y se marchaba, me sentía mal, me sentía sucia, me sentía horrible porque mi corazón no correspondía a lo que mi cuerpo me pedía, que era el sexo desenfrenado que Quiroga me proporcionaba. Me estaba volviendo loca. A mí no me salía acostarme con alguien sin sentir amor por él y sin embargo lo estaba haciendo, de ahí mi malestar al terminar cada sesión de sexo frenético.

Para mi sorpresa, Quiroga quería pasar este estúpido día conmigo. Pero ¿estamos locos?

Creía firmemente que se estaba pillando por mí y yo no podía estar más lejos de la realidad en ese aspecto. Yo sí estaba pillada por alguien, claro, pero ese alguien obviamente no era él. Las dos sabemos quién es.

Le dije que no, claramente. Le expliqué la misma teoría que te acabo de explicar a ti.

No es que con Quiroga tuviese una relación formal ni nada por el estilo,

simplemente follábamos cuando nos veíamos y poco más. Por el momento no tenía ningún caso en el que yo pudiera ayudarle. De ahí mi nerviosismo de que se estuviese pillando por mí. Era algo casi imposible. ¿Iván? ¿Enamorado? ¿En serio? ¿Iván Quiroga sabía lo que era el amor?

De verdad, estaba muy rayada. Pero me rayé aún más cuando recibí un mensaje en mi BlackBerry de Kilian, digo Samuel. Sí, como lo lees, Samuel me envió un WhatsApp en el que me pedía vernos.

¿Casualidad? ¿Un 14 de febrero? ¡Pues yo qué sé! Lo que sí sé es que acudí a aquella cita en la que me proponía que fuese a la casa que compartía con su primo Ismael en Altozano.

Y te estarás preguntando... ¿Está loca? ¿Y la novia de él?

Tranquilízate, chata, que solo quería saber de mí y ponerme al día y yo, con el cabreo que me cogí con él desde que lo vi con la chica esa, tenía ganas de explicaciones. Aunque, claro, no tenía por qué dármelas, ya no éramos nada.

Pero no nos engañemos, soy periodista y en ese momento estaba loca por la investigación. ¿Crees que había algo en el mundo que a Lucy Sparrow pudiera pasarle desapercibido? Obviamente no.

Reconozco que me arreglé a conciencia para ir a verlo. Habíamos quedado a las seis de la tarde y la verdad es que antes de ir a Altozano me cuestioné un millón de veces si no sería una encerrona o algo por el estilo. Me dio muy mala espina que me pidiera vernos siendo 14 de febrero teniendo novia y más si la novia era una tan repipi como la suya. No es que la conociera, pero... vaya, es lo que me pareció.

Cuando aparecí en su casa descubrí que se encontraba solo, ni siquiera Ismael estaba allí. Me pareció extraño, la verdad. Pero lo que más me extrañó aún, fue verlo con camisa blanca, perfectamente peinado y perfumado. En fin... no entendí nada.

—Hola —dijo esbozando una sonrisa tímida.

—Hola —contesté desde la puerta, pues acababa de llamar al timbre y acto seguido me había abierto.

—Estás muy guapa —dijo una vez hube cruzado el umbral y estuve dentro de su casa.

—Y tú muy misterioso. ¿Sucedo algo? ¿Por qué estás solo?

—Necesitaba hablar contigo. Pensé que no querrías hablar delante de Ismael.

—No hablaba precisamente de tu primo, Samuel. Hablaba de tu novia nueva. —Simulé una sonrisa al decirlo, pero creo que solo me salió una mueca.

La sonrisa se le borró de la cara y se mantuvo callado. Como no me respondió, volví a hablar yo:

—Vale... te vi el otro día en el restaurante. ¿Estás con ella, no es cierto?

—Pse... —articuló mientras se frotaba la nuca.

Mi pregunta pareció incomodarle.

—Ahora explícame para qué quieres verme y más este estúpido día, porque no entiendo nada. ¿Por qué no estás celebrándolo con ella?

—Porque para celebrar algo hay que estar enamorado.

Acto seguido me cogió de la mano y acercó mi cuerpo al suyo. Besó mi boca y, aunque hice mil intentos por apartarme, por alejarlo, por sacarle de mí, acabé sucumbiendo a sus labios carnosos, a su saliva y a su forma de besar, tan ansiada, tan perfecta, tan diferente a la de Quiroga. Que no es que Quiroga besara mal, todo sea dicho, simplemente siempre te gusta más cómo te besa alguien a quien amas, ¿o no?

Dos horas después me desperté pegajosa y ardiente entre las sábanas de su cama. En un primer momento me maldije a mí misma por ser tan débil y por hacer las cosas mal, pero después me tranquilicé al ver el preservativo usado encima de la mesita de noche y recordar las embestidas con las que Samuel me había hecho rozar el cielo de nuevo, de forma lenta y sensual. Acto seguido volví a maldecirme por haberlo hecho, porque él tenía una novia que ni sabía cómo se llamaba ni dónde la había conocido y porque yo estaba manteniendo relaciones sexuales con Quiroga.

A ver, está claro que no teníamos una relación afianzada y seria, pero sí que éramos algo así como «follamigos», así que sí tendría que haber tenido un mínimo de respeto hacia él, ¿no?

Tenía calor, así que me levanté, busqué mis braguitas, me las puse y cogí

lo primero que pillé para vestirme, que fue la camisa que llevaba puesta Samuel cuando llegué a su casa.

Estaba dormido y me seguía pareciendo tan adorable como cuando lo miraba en nuestros primeros días de noviazgo, embobada.

Cogí mi BlackBerry y me puse a escuchar con los auriculares *Photograph* de Ed Sheeran.

El amor puede doler, el amor puede doler a veces.

Pero es la única cosa que conozco.

Cuando es difícil, sabes que es difícil a veces, pero es la única cosa que nos hace sentir vivos.

Mantenemos este amor en una fotografía, hacemos estos recuerdos para nosotros mismos, donde nuestros ojos nunca se cierran, nuestros corazones nunca se rompieron y el tiempo está congelado todavía.

Le observé tranquilamente, sentada en la cama con las piernas cruzadas y su camisa como única prenda.

Así puedes tenerme, dentro del bolsillo de tus pantalones rotos, teniéndome cerca hasta que nuestros ojos se encuentren.

Nunca estarás sola, espera a que llegue a casa.

Aspiré el olor del cuello de su camisa y me agarré las piernas después de haberlas encogido sobre mí misma. Seguía usando perfume One Million.

No podía parar de mirarlo. Respiraba de manera placentera y tenía los morritos hinchados, como siempre que dormía y recién despertado.

El amor puede sanar, el amor puede reparar tu alma y es la única cosa que yo sé, sé.

Juro que será más fácil, recuérdalo con cada pedazo de ti y es la única cosa que nos llevamos con nosotros cuando morimos.

Dios mío... cuánto lo amaba, cuánto quería a este hombre que me había hecho daño.

Mantenemos este amor en una fotografía, hacemos estos recuerdos para nosotros mismos, donde nuestros ojos nunca se cierran, nuestros corazones nunca se rompieron y el tiempo está congelado todavía.

Le hice unas cuantas fotos mientras dormía, no pude resistirme.

*Y si me lastimas, bueno está bien cariño, solo las palabras sangran,
dentro de estas páginas simplemente abrázame y nunca te dejaré ir, espera a
que llegue a casa.*

*Puedes encajarme en el interior del collar que recibiste cuando tenías
16, junto al latido de tu corazón, donde yo debería estar.*

Mantenlo dentro, en lo más profundo de tu alma.

...

Cuando esté lejos, recordaré cómo me besaste...

—Espera a que llegue a casa... —susurré para mí misma, repitiendo la última estrofa de la canción.

Vale, aquello se había ido de madre completamente. ¡Joder! Pero ¿qué estaba haciendo?

Me levanté apresuradamente y, antes de que me quitase su camisa, me dijo:

—Qué guapas estás así, rubia...

—Cállate, joder... esto no debería haber pasado.

—¿Por qué no?

—¿Pero tú te oyes? No me extraña que hicieras lo que hiciste conmigo... no me extraña que me traicionases así... si mira lo que ha pasado teniendo novia. Si es que la culpa es mía.

Se levantó enérgicamente de la cama y contemplé su desnudez. Tenía la pistola cargada de nuevo.

—Y tápate, por el amor de Dios... —le espeté, desviando la vista hacia otro lado.

Resopló y buscó sus calzoncillos.

—Tampoco vas a ver nada que no hayas visto ya, Lucy.

—Vale, pero que yo me voy y esto... ¡Esto no ha pasado! ¿Me oyes? Esa chica no se merece esto.

—Espera, espérate, por favor... —dijo mientras salía detrás de mí. No me había puesto los zapatos, me había vestido tan rápido que los llevaba en la mano.

—Samuel, no. No me llames más, no para esto. Te dije que en un futuro quizá estaríamos juntos pero que ahora prefiero estar sola.

—¿Hay otro? ¿Es eso?

—¿Pero y a ti qué más te da? Si estás con una tía.

—Pero te sigo queriendo a ti.

Me pilló desprevenida, no esperaba esa respuesta.

—Bueno pues quiéreme como amiga, porque de momento no vas a obtener nada de mí que no sea una amistad. Y la verdad, hasta eso lo dudo, porque yo... yo no... No quiero saber nada de ti. Adiós.

Y me fui cerrándole la puerta en las narices.

Lucy, marzo

Hacía un mes que Lola se había marchado y no te imaginas lo de menos que la echaba. Extrañaba a mi bajita y pecosa amiga, extrañaba su dulzura. Me sentía vacía. Me sentía sola sin ella. Últimamente estaba a la orden del día que todo el mundo que me importaba desapareciese de mi vida, y yo no entendía el porqué.

Con Quiroga todo seguía igual y con Samuel... puf, Samuel era otro cantar. No volví a saber nada de él otra vez desde que me citó en su casa. Le dije que seríamos amigos y nada más. Aunque, bueno, después le dije que no quería saber nada de él.

No podía ser su amiga, aunque supongo que eso ya lo sabías ¿No?

Me envió varios mensajes preguntándome cómo me encontraba y citándome de nuevo, pero no respondí. Era mejor así, él tenía novia y yo... yo me estaba pinchando a Quiroga cada vez que nos apetecía y no quería complicarme la vida otra vez. Lo que no sabía en ese momento es que me estaba metiendo en la boca del lobo.

Era sábado por la mañana y estaba limpiando el baño con un moño mal hecho encima de la cabeza y unos guantes rosas de fregar la mar de útiles para no mancharme las manos.

Sonó la llegada de un mensaje en mi BlackBerry y le pedí a Martina que lo leyera, pues estaba barriendo y se sabía mi código de desbloqueo.

—Lu, es Ismael, que esta noche da su fiesta de cumpleaños en su casa, que vayas —dijo quitándole importancia.

—Pregúntale quién va.

Aunque obviamente sabía quién iría. Sabía que Samuel estaría allí y, en el peor de los casos, acompañado de su nueva chica.

—Dice que un par de amigos y Kilian y su novia.

—Dile que no voy.

Martina tecleó en mi BB.

—Le he puesto que no irás salvo si vamos Claudia y yo contigo. Le he dicho que así la presión de ver a Kilian con esa sería menos intensa.

—¿Tú eres tonta, no? Te faltó oxígeno al nacer o algo así.

—No. Solo quiero ir a esa fiesta a ver qué tal.

Puse los ojos en blanco y esperé la respuesta de Ismael mientras me quitaba los guantes rosas. Afirmativo, aquella noche habría fiesta.

Pasamos la tarde aburridas discutiendo sobre qué ponernos y poniendo a caldo a la estúpida novia de Samuel. Después llegó Claudia e hicimos más de lo mismo.

Lo que sí que tenía claro es que iba a arreglarme más que nunca.

No, no podía ser su amiga, pero él parecía muy seguro de sí mismo jugando a dos bandas y ese rollito a mí no me gustaba nada. Así que se iba a enterar.

Me puse unos vaqueros pitillo superceñidos con un top de encaje negro y unos zapatos con tacón de infarto. Me apliqué una base de maquillaje ligera, algo de iluminador en los ojos, una tenue sombra oscura y mi eterno pintalabios rojo.

¿Quería jugar? Pues a jugar.

Cenamos algo ligero en el estudio junto a mi gatito y, una vez terminada la cena, nos dirigimos a Altozano en el coche de Martina. La verdad es que no sé quién narices conduciría a la vuelta, ninguna de las tres estaba dispuesta a no beber.

O Martina corría mucho con el coche o eran mis ganas de estar allí. O, por el contrario, dicen que cuando algo no quieres que llegue, el tiempo pasa más rápido.

Mientras subíamos en el ascensor, mi estómago era un manojito de nervios, tenía hasta náuseas. Intenté tranquilizarme respirando hondo.

—Lu, nena, si ves que tal yo le corto la chorra y se la pongo como aperitivo —soltó Martina.

Exploté en una carcajada que me calmó algo los nervios.

Ismael me sorprendió al abrir la puerta. No llevaba chándal como normalmente, sino que iba con vaqueros ajustados y una camisa azul. Estaba guapo, realmente guapo y para Martina no pasó desapercibido.

Samuel y su novia aún no habían llegado, por lo visto había ido a recogerla a su casa con el coche. Recordé en ese instante lo mucho que me gustaba ver a Kilian conducir. ¿También le gustaría a ella?

Los que sí que estaban ya en la fiesta eran un par de amigos de Ismael que resultaron ser muy simpáticos y agradables.

Ismael había retirado el sofá y todo lo que pudiese molestar del salón y lo había arrinconado a un lado, quedando la mesa grande con algunos platos de ganchitos, olivas y demás aperitivos junto a las bebidas a nuestra disposición. La verdad es que el tema alcohol se lo había currado bastante, porque había de todo. Me puse contenta porque también había tónica. Aquella noche los gin-tonics iban a entrar solos por mi garganta.

Nos bebimos unos cuantos chupitos de tequila con Ismael y sus amigos, y acto seguido unas llaves abrieron la puerta de la casa.

Sí, mucha chulería tenía yo, pero estaba malísima de los nervios. Y esa es la verdad universal. Casi tuve que cerrarme la boca con las manos al ver a la novia más de cerca, porque la otra vez la vi de pasada al dejarme ciega aquella oleada de odio. Una morenaza alta y con cuerpo de escándalo atrapó las miradas de los amigos de Ismael.

Mónica era su nombre. Ah, pues muy bien. Ya estábamos todos. ¡Claro que sí, guapi! ¡Chic para ti, chic para mí y chic para todos! Ironía en modo *on*, obviamente.

Ella me dio dos sonoros besos como saludo y yo no pude evitar poner cara de asco. En verdad me compadecí de ella. Es bien sabido que yo sufrí una infidelidad por parte de Samuel, pero ella también tenía unos cuernacos en condiciones, todo hay que decirlo. Y la verdad, es que ninguna se merecía algo así. Recé para controlarme con el alcohol y no beber más de la cuenta por si se me escapaba.

Samuel me saludó con un movimiento de cabeza que no me gustó nada.

¿Hace unos días me follas y ahora ni me saludas con dos besos al menos? ¡Anda y que te den, chaval!

—Tú eres más guapa, *monguer* —dijo Claudia con voz de borracha—. Recuerda, dientes, dientes, Lu —añadió, enseñándome su dentadura blanca.

—No bebas tanto... —le recriminé, quitándole el cubata de ron que se estaba bebiendo y dándole un trago. Claro que ahí no sabía que era ron y odio el ron.

—Puagg, qué asco, Clau... no sé cómo puedes beber esto.

—Pues trae, que a mí sí que me gusta.

—Por cierto, ¿dónde está Lukas?

Estábamos las dos al lado de la mesa mientras los demás se habían sentado en corro encima de la alfombra y estaban jugando a no sé qué cosa.

—Yo qué sé, en su casa supongo.

—¿Cómo que en su casa?

—Ay, tía Lu, sí. Lo he dejado con él. Qué aburrimiento de chico, te lo digo.

—Ay, cielo, pues ya está. Si tú estás bien así... —Aunque soné muy comprensiva, me molestó no haberme enterado hasta ese momento.

Lukas era el primer novio (exnovio) formal de mi hermana Claudia. Cuando lo trajo a casa de mi madre en una cena a la que asistí con Kilian y mis amigas, ninguno de nosotros nos esperábamos que fuese así. Era enclenque, tenía una cresta de color rojo y muchos *piercings* en la cara. A todos nos hizo mucha gracia el comportamiento de Claudia hacia él, era como si fuese su pollito y ella la gallina madre. Lo mejor de todo fue que Lukas era tan tímido que no habló en toda la cena. Pensé que no pegaban ni con cola, pero la felicidad de Claudia era más importante para mí.

—¡Putas! ¡Venid! ¡Estamos jugando al *Yo nunca!* —Martina nos llamó desde la alfombra en la que estaban sentados, sacándome de mis pensamientos.

Claudia y yo nos quitamos los zapatos y fuimos hacia allí. Aquello iba a molar.

—Veamos... ¿A quién le toca? —pregunté animada sentándome sobre mis piernas y sacando un pitillo del paquete de tabaco que llevaba guardado en el escote.

—A ti —respondió Samuel, mirándome directamente a los ojos.

—Vaaaaale. Yo nunca he mentido.

Todos bebimos y sentí sus ojos puestos en mí mientras le daba un trago a mi cubata.

¿Se notaba demasiado que iba a por él a piñón?

—Ahora, tú —le dije.

Todos nos miraban, pero solo Claudia, Martina e Ismael entendían el jueguito que nos traíamos, los demás parecían no sospechar de nada.

—Yo nunca he hecho un trío.

Vale, me la estaba devolviendo. Samuel tenía constancia del trío que me monté una noche de fiesta con Martina y David, por eso a David le tenía tanto odio. Bebimos solamente Martina y yo bajo la acusadora mirada de Samuel y la interrogativa, con ceño fruncido incluido, mirada de mi hermana Claudia.

Los amigos de Ismael aplaudieron y rieron a carcajadas.

—Ahora yo —dije al momento.

Aquello se estaba poniendo interesante.

—¡Eh! ¡Yo aún no he dicho nada! —se quejó Mónica.

—Bueno, reina, espera un segundo que lo diga y ahora hablas tú —le espeté de mala manera.

Mónica asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Yo nunca he sido infiel.

¡ZASCA!

No me di cuenta quién de los presentes bebió, solo sé que Samuel no lo

hizo.

—Embustero que eres... —le solté, riéndome—. Voy a la habitación a por tabaco, se me ha acabado. ¡Anda, mira! Como tu sinceridad.

Me levanté y fui a la habitación de Samuel, justamente donde teníamos las chaquetas. Tenía un paquete nuevo de cigarrillos en mi bolso.

Samuel salió detrás de mí. Escuché sus pasos de pies descalzos acercándose. Entró en la habitación mientras yo abría el bolso.

—¿Se puede saber de qué vas?

—¿Yo? ¿De qué voy yo? ¡De qué vas tú! Qué pronto me olvidas, ¿no? ¡Y lo peor! ¡Eres un cínico embustero que finges olvidarme, pero luego se la pegas a la señoritinga esa con tu ex! ¿Quién te crees que eres?

—Nadie, solo soy un chico normal... —resopló sentándose en la cama.

Parecía apenado... ¿De verdad lo estaba? ¿O el alcohol me estaba jugando una mala pasada?

A través de la puerta se escuchaba música. Se ve que se habían cansado del jueguito de las narices y habían puesto el karaoke.

—¿Un chico normal? Una persona normal no hace las cosas que tú haces, Samuel —dije mientras me sentaba en la cama junto a él con las piernas a lo indio y seguí hablando—: Mira... te dije que podríamos ser amigos y que dieras gracias, pero la verdad es que no puedo, no puedo ser tu amiga, yo no tengo la facilidad que tienes tú para vivir a pesar de los problemas.

—¿Y qué sabrás tú de los problemas que he tenido yo en la vida?

—No me refería a ningún problema en concreto tuyo, me refiero a los míos.

—¿Tienes problemas?

—Sí, tengo uno muy grande, y eres tú.

De fondo, en el comedor, sonaba a todo volumen *The Reason* de Hoobastank. Samuel resopló y se acercó más a mí.

No soy una persona perfecta, hay muchas cosas que desearía no haber hecho.

Pero aun así sigo aprendiendo, nunca quise hacerte esas cosas.

Así que tengo que decirte algo antes de irme.

Acarició las puntas de mi cabello rubio, que llevaba suelto esa noche. Se acercó un poco más. Podía sentir su respiración muy cerca de mí.

Solo quiero que sepas, que encontré una razón para mí, para cambiar lo que fui, una razón para empezar de nuevo...

Y la razón eres tú.

Me besó. Me besó una vez más.

Siento haberte lastimado, es algo con lo que tendré que vivir siempre.

Y todo el dolor por el que te hice pasar desearía poder borrarlo y ser el que limpie todas tus lágrimas, por eso necesito que escuches...

—Escucha la canción, porque no podrían haber elegido otra mejor —susurró, pegado a mis labios.

—Eso parece...

Volvió a besarme con más ahínco y cada vez me estaba excitando más.

Y la razón eres tú, la razón eres tú, la razón eres tú...

No escuchamos abrirse la puerta, pero el ruido de un carraspeo ya dentro de la habitación nos hizo separar nuestras bocas.

—He venido para ver por qué tardabas tanto, pero ya veo lo ocupado que estás.

Mónica tenía el semblante triste y me atrevería a decir que desencajado.

Ambos nos levantamos rápidamente de la cama y nos pusimos de pie.

—Mónica, no es... —empezó él. Lo miré con asco.

—Lo siento, Mónica. Pero este tío es mi ex y te la pegó conmigo hace un tiempo.

Pues nada, ya está, todo dicho.

—Debí suponerlo... será mejor que me marche. No vuelvas a llamarme, Kilian.

—Pero...

Mónica salió de la habitación casi corriendo y a los pocos segundos escuchamos un portazo. Supuse que se había marchado del piso.

—Pero nada, te lo tienes merecido por cabrón —dije enfadada.

—Tú eres bipolar, tía. Te lo juro.

—Y tú un mamón insensible que jugó conmigo, lo que no sé es ni cómo me quedan fuerzas para quererte.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—No —dijo, cogiéndome de la mano mientras me acariciaba con la suya—. Dime lo que has dicho.

—No confío en ti, Samuel. Déjalo estar —respondí, soltándome—. Me marcho.

Salí de la habitación cargada con mis cosas.

—Chicas, nos vamos.

—Yo me quedo —dijo Martina.

Puse los ojos en blanco. Debí suponer que Martina quería ir a la fiesta no solo para acompañarme, sino también para ver si pillaba cacho.

—De acuerdo. Claudia, vámonos.

Claudia no dijo nada, se puso los zapatos y tras despedirnos de un Ismael muy achispado y contento a pesar de la situación, nos disculpamos y nos fuimos a mi estudio.

Claudia condujo hasta mi casa mientras en el dial del coche sonaba *My immortal* del grupo Evanescence.

Me quedé con algunas frases mientras escapaban lágrimas de mis ojos y sentía cómo Claudia me miraba de reojo.

Y si te tienes que ir, desearía que simplemente te fueras.

*Estas heridas no parece que vayan a curar, este dolor es demasiado real,
hay demasiado que el tiempo no puede borrar.*

*Cuando llorabas, secaba todas tus lágrimas, cuando gritabas luchaba
contra todos tus miedos y sostuve tu mano a través de todos esos años.*

Pero todavía tienes... todo de mí.

Valentina, abril

Valentina estaba cansada de que la abuela de los gemelos le diese negativas para tener una entrevista con ella, y de esa manera poder indagar sobre el estado en el que se encontraban los niños.

Deseaba saber si es que había sucedido algo o había algún problema en casa que explicara todo aquello, pero con esa mujer era imposible. Se negaba en rotundo a concertar una entrevista con la educadora de sus nietos.

Sabiendo la directora de la escuela infantil sus planes, Valentina decidió acudir después de su jornada laboral a casa de los gemelos.

Pero el problema vino cuando entró en aquella morada y Gertrudis se puso tan nerviosa que montó en cólera y la echó a patadas de su casa diciéndole que no se metiera en sus asuntos, que sus nietos estaban perfectamente en todos y cada uno de los sentidos y que si seguía importunándoles los sacaría de aquella escuela infantil y la demandaría.

Tras encontrarse de nuevo en la calle, después de que Gertrudis la echara de malas maneras de su hogar, Valentina decidió actuar por su cuenta y hacer una llamada telefónica a un número que hacía tiempo había guardado en la agenda de su teléfono móvil.

Sabía que no estaba siguiendo el protocolo que había que seguir en esos casos. Sabía que, quizá, se estaba equivocando. Pero a veces es necesario hacer lo que uno siente.

Lucy, dos meses después

Supongo que pensarás que dos meses después de todo aquello, nada habría cambiado.

Error. Algunos cambios sí que había.

¿Te acuerdas que Martina se quedó en casa de Ismael el día de su cumpleaños? Pues parecía que Miss Soltera de Oro estaba algo pilladita por el primo de mi ex. Sí, querida, sí.

Pero bueno, Ismael no era como su primo. Yo sabía que de ahí saldría algo bonito y nada tóxico. Martina estaba radiante y casi pasaba más tiempo en Altozano que en el estudio, así que volvía a estar un poco más sola, pero compartiendo los gastos. Por lo visto estaban saliendo.

En cuanto a Quiroga y a mí, la verdad es que eso sí que seguía igual, salvo en el aspecto profesional. Estábamos trabajando en un caso que nos llevaba un poco de cabeza. Parecía ser que las condiciones higiénicas y de salud de dos gemelitos adorables no eran las adecuadas y, aunque por lo que tengo entendido, en estos casos normalmente se da parte inmediato a los servicios sociales, Valentina, la educadora infantil de los pequeños, quiso asegurarse de cuál era el verdadero factor que provocaba aquella situación. Y actuó de aquella forma porque Gertrudis, la abuela y tutora legal de los pequeños, no daba su brazo a torcer y amenazó con una demanda a la escuela infantil y la baja educativa de los niños en esta.

La cuestión es que en ese momento mantenía una bonita amistad con Valentina. Habíamos pasado mucho tiempo juntas desde que llamó a Quiroga para hablarle del caso de los gemelos e incluso habíamos quedado a comer y a cenar para hablar de cosas que no concernían al caso, por lo que nos habíamos hecho amigas.

Un domingo, a la hora del café, estábamos tomando uno acompañado de un trocito de tarta de queso en una terraza del centro de Alicante. Justo le estaba contando el desengaño amoroso que había tenido con Samuel y la

verdad es que conforme le describía con todo detalle cómo era él, de qué manera me sentí yo y todo lo que pasó a continuación, Valentina se ponía más y más nerviosa, cosa a la que yo no daba crédito y no entendía.

—Lucy, cielo, perdona pero es que tengo que irme —dijo, levantándose de forma repentina.

—¿Ya? Pero si antes has dicho que no tenías prisa —le repliqué mientras me limpiaba la boca con una servilleta y me giraba para mirarla desde abajo, pues ya se había puesto de pie.

—Ya, tía. Pero tengo que irme, nos vemos otro día. Paga mis cosas.

Me tendió un billete de cinco euros algo arrugado.

Lo cogí con cara de circunstancias y ahí me quedé, porque ahí me dejó Valentina, con un par de narices como compañía.

Me terminé el café y el pedazo de tarta y volví a mi casa algo confundida. No entendía aquella reacción de Valentina.

Antes de contarle lo que Samuel me hizo, le había hablado de él y de la relación que tuvimos y jamás se comportó de manera extraña o inusual.

Días después entendí la razón de aquel comportamiento. Valentina me envió un mensaje diciéndome que vendría a mi casa el jueves por la tarde al terminar su jornada en la escuela infantil. Me puso el famoso y temido «tenemos que hablar». Si soy sincera pensé que esa frase tendría algo que ver con el caso de los niños, pero me equivoqué muchísimo.

Una vez hubo llegado y entrado a mi estudio, me saludó con dos besos y la invité a sentarse en el sofá en lo que yo preparaba algo para picar y unos refrescos.

—No hacía falta que te molestases —dijo.

—No es molestia, nena. Cuéntame. ¿Qué pasa?

—Pues... ¿Te acuerdas de cuando me hablaste de tu ex, el policía? Supongo que te estarás preguntando la razón por la que reaccioné de esa forma.

—Ajá —articulé metiéndome una oliva en la boca.

—Es que esa chica...

—¿Qué pasa con la chica? ¿La conoces? Es alguna amiga tuya o algo... ¿Es eso?

Me empecé a poner muy nerviosa y me saqué el hueso de la oliva de la boca, porque temí ahogarme por los nervios.

—No... no es eso... La chica soy yo.

Fue como un rayo en mi cabeza. Peor que la jarra de agua fría de David al contármelo. Por fin tenía cara. Aquella chica tenía rostro. Un rostro visible que yo podía observar para compararnos a ambas, para por fin entender qué tenía ella que no tuviese yo.

—¿Qué?

—Yo... Lo siento, Lu. No sabía que eras tú ni que te conocería... De verdad, lo hice por necesidad.

—¿Por necesidad? ¿Qué necesidad? ¿La de romper parejas? ¿Pero tú eres imbécil, tía?

—Lucy, déjame que te explique.

—Pues sí, explícame porque no doy crédito a lo que me estás diciendo, Valentina. Estoy a punto de echarte de aquí.

—Vale. No, no, tranquilízate, porque tiene una explicación.

—Habla. —Estaba empezando a exasperarme.

—Lo hice por dinero.

La miré sin comprender, pero no dije nada y esperé a que continuara.

—Tengo un amigo... que me pagó para que le echase algo en la bebida, un tipo de droga que altera los sentidos y te pone caliente, sexualmente hablando. Tenía que echarle eso en la bebida y después besarle, él no dijo que no porque estaba bajo los efectos de esa sustancia. Ese mes tuve unos gastos imprevistos y necesitaba el dinero...

De alguna manera, conseguí respirar tranquila. ¿Así que no había sido una infidelidad en toda regla? ¿Había sido una trampa? ¿Pero de quién? No entendía absolutamente nada y mi cabeza empezaba a dar vueltas, provocándome una pequeña migraña en el lado derecho.

—¿Quién es tu amigo? ¿A qué se dedica una persona tan retorcida?

—No creo que deba...no sé si sabrás quién es.

—Entonces, ¿por qué eligió a Kilian? ¿Si no me conoce a mí, por qué quiso drogarlo? ¿Acaso tiene algo en contra de él? Valentina, dime la verdad porque no soy gilipollas.

—Sí. Tiene algo en contra de él.

—¿Qué? Pero ¿qué...? ¿Quién es?

No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Quién podría tener algo en contra de Kilian? Si era buena persona, no se metía con nadie, siempre estaba pendiente de los demás.

—Le odia. Le odia porque está contigo. Bueno estaba, ya no. Mi amigo se llama David y es periodista, hasta hace poco estaba trabajando en *La crónica diaria*.

Lucy

Cuando Valentina se marchó de mi casa hecha un mar de lágrimas por haberme confesado aquella verdad que tanto la estaba atormentando, se me llevaron los demonios. ¿Y a quién no?

La imagen de la cara de David se recreaba en mi cerebro una y otra vez. Me acordé de todos los momentos divertidos que pasamos juntos en el trabajo y nuestras salidas como amigos, tanto solos como en grupo. Y con cada recuerdo, más me ardía el alma de odio y rencor y más crecía mi enfado hacia él.

¡Todo había sido una mentira! Bueno, todo no. Samuel sí se había besado con una chica. Con Valentina. ¡Con Valentina! ¡Mi amiga! Por fin tenía rostro, por fin sabía su nombre, el cual ni siquiera el propio Samuel recordaba.

¡Pero había sido una trampa! Fue tan ingenuo que David le tendió una trampa. Y eso que Samuel no se fiaba de él ni un pelo. Él mismo me lo dijo.

Fue aquel día que David me propuso quedar para contarme cómo Kilian me había sido infiel. Lo que no sabía en ese momento es que todo aquello lo había estado ideando él en su maquiavélica mente.

Me engañó como a una pardilla cuando me lo contó .

Me estaba esperando cuando llegué a la cafetería en la que habíamos quedado.

—¿Café? —me preguntó la camarera, que acudió a nuestra mesa en cuanto me vio sentarme.

—Descafeinado, con leche y dos azucarillos por favor.

Encendí un cigarrillo mientras David me escrutaba minuciosamente. Él encendió otro.

—¿Y bien? Tú dirás. Espero que seas rápido, me la estoy jugando por estar aquí

contigo —le dije fríamente.

—¿Tú querido novio te pone cadenas? —soltó en tono burlón.

—Eso no es de tu incumbencia —contesté mientras exhalaba el humo de mi cigarrillo.

—Quizá deberías ponérselas tú a él —dijo tras dar una calada a su pitillo de forma lenta. Aquello me exasperó.

—¿Quieres decirme algo, David? ¿O me has hecho venir para perder el tiempo? Me gustaría que fueras breve. Como ya te he dicho, tengo prisa.

—Sí, puede que quiera decirte algo, pero... no sé si debo.

—No tires la piedra y escondas la mano.

La camarera trajo mi café y con una sonrisa se retiró.

—Lucy, somos amigos desde hace mucho tiempo, o al menos lo éramos, por eso te he citado aquí. No sé si voy a meter la pata o no, quizá lo que tengo que decirte ya lo sepas y esté solucionado.

Empecé a ponerme nerviosa.

—Dispara —dije, moviendo con la cucharilla mi café.

—¿Te han llegado rumores de que Kilian te ha... puesto los cuernos?

Lo miré, sorprendida. No me lo esperaba, jamás me lo habría esperado. Fue como un jarro de agua fría en la cabeza.

—¿No lo sabías?

—Pues... no, la verdad es que no me ha llegado nada.

—Bueno... yo mismo le vi besarse con otra chica en una discoteca una noche que salí con unos amigos.

—¿Y qué viste exactamente?

El estómago se me empezó a revolver. No quería creérmelo, pero algo dentro de mí me decía que era verdad. Nunca nadie me había dicho nada malo de Kilian, era demasiado raro que ahora, de repente, me llegaran noticias de ese tipo. «Cuando el río suena...» O eso dicen.

—Una chica se le lanzó y él le siguió el juego, no se apartó.

—Hablaré con él.

—No, Lucy.

—¿Cómo?

—¿Sabe él que estás conmigo?

—Claro, por eso hemos discutido.

—Pensaré que he sido yo quien te lo he dicho y no quiero movidas. Espérate un mes o algo así antes de decírselo.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿De verdad creía que iba a poder aguantar un mes sin saber la verdad acerca de aquello? La llevaba clara.

—No sabrá que has sido tú quien me lo ha dicho, te lo aseguro, pero yo esto necesito saberlo.

—No te lo diré.

—Sí. Lo hará. Él no es un mentiroso.

—Pues ya te ha mentido. ¿No has notado nada raro en él últimamente?

—No. Bueno... últimamente sale bastante con sus amigos.

—Ahí lo tienes —dijo de forma tranquila, mientras se encendía otro cigarro.

—Si me disculpas, tengo que irme, David. — Me levanté y dejé dos euros encima de la mesa—. Paga mi café con esto —añadí, señalando las monedas.

—Te buscaré si me entero de algo más. Pero nada de llamadas ni mensajes. Querré verte en persona. No quiero pruebas que puedan delatar que he sido yo quien te lo ha contado.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué se pensaba que era esto? ¿Un crimen?

—De acuerdo. Hasta la vista, David.

Me marché a casa con un mal sabor de boca y con un sentimiento dentro que estaba empezando a romperme las entrañas. Era verdad. Sabía que era verdad.

¡Santo Dios! ¡Aquel hombre estaba como una cabra! ¿En qué cabeza cabe hacer algo así? ¿Y con qué propósito? Aquello tenía que averiguarlo como fuera.

Cogí mi Black Berry con manos temblorosas y abrí el chat de David. Tecleé un mensaje de WhatsApp en el que concerté una cita con él. Pareció hacerle incluso ilusión. Sí, ilusión me iba a hacer a mí cantarle las cuarenta y cruzarle la cara de memo que tenía.

Me jugaba la cabeza que aquella noche en la que nos montamos un trío también me drogó a mí, el muy hijo de puta.

Adecenté un poco mi aspecto y me dirigí a la misma cafetería. Cuando

llegué, él ya estaba sentado en una mesa. Mostró una sonrisa al verme, pero se desvaneció en cuanto vio mi rostro serio y acusador escrutándole.

—Hola, Lucy —dijo mientras se levantaba y se disponía a saludarme con dos besos.

—Ni te acerques —le espeté.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Diría que estaba asustado.

—¿Que qué ocurre? No sé cómo has sido capaz de hacerme algo así. ¿Y tú dices ser mi amigo? Eres un cerdo asqueroso que no se merece ni que esté hablando contigo, pero necesito que me expliques por qué.

David abrió los ojos enormemente. No se esperaba aquello, estaba claro.

—¿Qué quieres que te explique? A mí no me hables así —dijo serio.

—Y tú a mí no me toques los cojones, déjate de amenazas. Dime por qué le pagaste a Valentina para que le tendiese semejante trampa a Kilian. ¡Dímelo! —le exigí dando un golpe en la mesa y despertando las miradas de los demás clientes.

David resopló.

—Cálmate. ¿Quieres?

—No. No pienso calmarme porque eres un lunático. ¡Estás como una chota!

—¡No! ¡No me insultes! ¡Además, es mentira lo que dices!

—¿Es mentira? ¿Quieres que llame a Valentina? ¿O quieres que llame a Martina? Seguro que aquella noche también nos drogaste a las dos. O mejor... ¿Quieres que llame a Kilian? Porque si lo llamo, no solo te va a partir esa cara de imbécil que tienes ahora mismo, sino que puede meterte en un buen lío con la justicia.

—No. No llames a nadie. No es mentira. Pagué a Valentina para que le echara la droga en la bebida a tu querido poli... —confesó.

—¿Por qué? —Lo miré sin entender.

—¡Porque te quiero!

—¿Qué?

Ahí me dejó muerta.

—Sí. Desde siempre me has gustado. Pero después de aquella noche en tu cama y tiempo después enterarme de que estabas con ese poli de pacotilla, me di cuenta de que sentía más cosas de las que quisiera admitir por ti. Por eso lo hice. Quería hacerte ver que no era fiar.

—¿Que no era de fiar? Pero tú... tú... ¡¿Tú te oyes?! ¿Eres consciente de lo que dices y de las ideas que se te ocurren? ¡Podría haberle pasado algo! ¡Podría haber acabado en el hospital! ¿Te das cuenta del daño que podrías haber provocado?

—¿Y qué hay de ti? ¿Acaso no te hizo daño que hiciese aquello?

—¡Pues claro que sí, David! ¡Y lo he pasado tremendamente mal! —dije con los ojos aguados en lágrimas.

—¿Entonces?

—Pero hubiese sufrido más si llega a pasarle algo por tu estúpido plan y tu estúpido enamoramiento.

—¿Mi estúpido enamoramiento? ¿El amor que siento por ti es estúpido?

—El amor que sientes por mí no es sano. Una persona que ama de forma sana se alegra de que la persona a la que ama sea feliz. ¿Y tú qué fue lo que hiciste? Intentar separarme de él poniendo en peligro su salud con el objetivo de que rompiésemos.

David suspiró llevándose las manos a la cara. Si en ese momento se había percatado de la gravedad del asunto y se arrepentía, no me importaba. Me daba asco. Sentía asco y pena por él. Estaba desequilibrado.

No me contestó, así que quise zanjar el asunto y marcharme de allí:

—No vuelvas a llamarme ni a querer saber de mí. Para mí estás muerto, David. Ah, y Kilian se enterará de esto, tenlo por seguro. Aquí el único que merece sentirse culpable eres tú. Él estaba drogado; tú solo eres un loco.

Después de marcharme de allí sin ni siquiera haber consumido nada, me encaminé hacia casa de Kilian. Me sentí tan mal... pero tan mal por haber juzgado a Kilian así, y digo Kilian que no Samuel. Parecía que ese alias volvía a estar limpio de traición. Cuando me enteré de lo que me hizo, decidí llamarle Samuel, algo que él detestaba.

Dios... estaba rota. No sabía ni qué hacer. Tenía tantos sentimientos distintos dentro, que me estaba volviendo loca de remate.

Rabia por Valentina. Culpabilidad por Kilian porque no confié en él y lo juzgué, aunque también es verdad que él me lo ocultó durante mucho tiempo. Me mintió y yo odio la mentira.

Asco por David, aunque más bien era odio lo que sentía hacia él. Qué sinvergüenza. Que hijo de mil putas fue. Se suponía que era mi amigo, joder.

Me había utilizado, me había utilizado todo este tiempo y yo no me había dado cuenta.

Cuando llegué a casa de Kilian, toqué tantas veces el timbre que casi se lo quemo e Ismael abrió la puerta asustado.

—¿Qué pasa?

—¿Está tu primo?

—Sí, pasa.

—¡Hola, nena! —me saludó Martina desde el sofá.

—Hola, gorda. Necesito hablar con Kilian.

—¡Samueeel! —le gritó Martina.

—Vaya, qué confianza...

—Ninguna, nena. Me meto con él constantemente. ¡Picha cooortaaa!

Puse los ojos en blanco y escuché las pisadas de Kilian venir hacia el comedor.

—¡¿Qué?! —le gritó.

—Mira —dijo mi amiga señalándome.

—Lu... ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

Ismael y Martina nos miraron mientras decidían si se iban o se quedaban.

—Podéis quedaros —les dije—. Ven, siéntate —le pedí a Kilian, cogiéndolo del brazo. Se extrañó por mi acercamiento, pero no dijo nada.

—Te perdono —le solté.

La verdad es que tenía unas palabras preparadas para contarle todo, pero en ese momento estaba tan nerviosa que fue lo primero que me salió.

—¿Qué?

—Que te perdono. Te tendieron una trampa, Kilian. Te drogaron.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Le conté todo como pude, pues de los nervios me trababa al hablar, y fui comprobando cómo Kilian cada vez se tensaba más y más.

—¡Hijo de puta! —gritó levantándose.

Martina y yo nos asustamos cuando le pegó una fuerte patada a la mesa.

—¡Lo sabía! ¡Es que sabía que no era de fiar ese tío! ¡Y tú seguías viéndole! ¡Me cago en la puta, Lucy! ¡¿Y ahora qué, eh?! ¿Qué pasa con nosotros ahora?

—Pues... nada, no pasa nada porque yo no confío en ti —le dije con tristeza.

—Pero si tú misma lo has dicho. Me tendió una trampa —se quejó.

—Pero me lo ocultaste. Me mentiste en mi cara. Solo he venido para que lo supieras. Te perdono, pero seguiremos igual que estábamos.

Kilian resopló y yo, tras despedirme de Martina e Ismael, me marché. De él no pude despedirme, porque en cuanto vio mis intenciones se fue a su habitación.

Kilian

Estaba derrotado, me encontraba totalmente derrotado. Eran demasiados golpes y quizá yo estaba haciendo las cosas mal. Pero he de decir que yo también tengo un corazoncito y no me encontraba para nada bien.

Supongo que intenté salir con Mónica para lograr olvidar a Lucy, pero fue imposible. Era imposible olvidar a esa mujer. Lo intenté, intenté reconquistarla aun estando con Mónica, pero se ve que mis besos ya le sabían a poco. Mis besos ya no le hacían sentir, ya no le importaban nada. Como yo. Suponía, en ese momento, que me había borrado de su interior y ya no había nada que yo pudiese hacer.

Me molestó que ella actuase así con Mónica, contándole la verdad. Después lo pensé y creo que lo hizo bien, ni siquiera me atrevía a dejarla. Supongo que empecé a salir con ella por inercia y no la dejé por inercia también.

Y luego lo de David... Dios Santo, David... Lo busqué. Encontré su número y su dirección y fui a verlo. A decirle que sabíamos la verdad, a recordarle lo mala persona y ruin que era, a advertirle que no se atreviera a acercarse a Lucy, yo mismo ya me daba igual. Le partí la cara, por soplapollas.

Me daba asco, asco. Pero más asco me daba yo mismo. ¿Tan repugnante era que aun sabiendo que fue una trampa tendida por David, Lucy no podía confiar en mí?

Estaba roto. Me sentía preso. Encadenado. Atado a mí mismo, a mi persona. Necesitaba huir de mí mismo, de todo lo que me rodeaba.

No había estado tan mal ni siquiera cuando mis padres murieron, porque cuando eso sucedió, tuve que afrontarlo, ya que no podía hacer nada por evitarlo, no podía cambiar lo que había pasado, pero perderla a ella...a

alguien vivo, a alguien a quien podría demostrar lo mucho que me arrepentía de todo... eso sí dolía de impotencia, de rabia, de hastío...

Mi bonita Lucy. Aún me atormentaba haberle hecho daño, todavía recordaba el momento en el que ella supo la verdad.

—Hola —la saludé sentándome a su lado en el sofá cuando llegué al estudio.

—Hola. ¿Podemos hablar?

—Claro.

—¿De verdad piensas que he ido con él para joderte?

Se refería a David, claro, habíamos discutido porque habían quedado para hablar y yo no quería que Lucy fuera. Estaba al tanto de lo del trío y no me hacía ninguna gracia. Lo que no sabía era que aquel encuentro destrozaría la vida de los dos, no sabía que él tenía preparado un plan para separarnos.

—No lo sé, dímelo tú —respondí pellizcándome el puente de la nariz mientras cerraba los ojos. Estaba cansado.

—Pues por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? ¿De verdad crees que tendría algo con él? ¿Acaso tú lo harías? ¿Tú besarías y te acostarías con otra que no fuera yo estando conmigo?

Enrojecí hasta decir basta, aquella última pregunta no me la esperaba y yo tenía algo que ocultar, yo sí había hecho aquello que ella nunca haría.

—No...claro que no —mentí.

—Pues ya está —dijo sonriendo.

Una sonrisa falsa, claro. No me lo decía. ¿Por qué no me lo soltaba ya? Dios mío, creía que mi cabeza iba a explotar.

En cualquier caso, me acerqué a ella y la besé. Intentó devolverme el beso pero no pudo. Las lágrimas emergieron de sus ojos, arrasando su cara.

Yo la miré, sorprendido.

—Kilian... ¿Tú no lo harías, a que no?

—Lucy... ¿Estás diciéndome que te he puesto los cuernos?

—Me han llegado rumores.

—Pues me cago en quien te haya dicho eso. ¿Ha sido David?

—¿Qué? ¡No! Ha sido... Claudia. Lukas te vio...Vete a dormir con Ismael por favor.

Quiero estar sola.

Resoplé y, después de coger las llaves del coche, me marché al piso que compartí con Ismael hasta que me fui a vivir con Lucy.

Cuando llegué, le envié un mensaje para decirle que ya estaba en casa. Me contestó diciéndome:

Dime cuanta verdad hay en esos rumores.

En línea. Escribiendo.

Toda.

Ahí tenía la respuesta y, acto seguido, me llamó por teléfono.

—¿Me estás diciendo que es verdad?

Me mantuve callado.

—Dime sí o no, es fácil Samuel. ¿Es verdad?

Seguí callado.

—Contéstame, solo quiero saberlo.

—Sí —le confesé casi sin poder hablar, rompiendo en llanto.

Nunca me había visto ni oído llorar, yo nunca lloraba. Era de esas personas que se guardan todos los males en su pecho y poco a poco los asimilan sin compartirlos con nadie más que con la almohada.

—Vale. Dime cuándo, cómo, con quién y por qué —dijo de forma fría.

—Una noche, hace un mes, en un pub. Había bebido mucho y un grupo de chicas se nos acercaron. Una de ellas se me lanzó y no me aparté. Solo fue un beso, te lo juro Lucy. Ni siquiera recuerdo su nombre, solo sé que era rubia.

—Eso no es excusa. He bebido muchas veces con mis amigas y siempre he sabido con quién estaba, Samuel. ¿La tocaste?

—No. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me quité.

—Sí, pero le dio tiempo a besarte, maldita sea.

—Pero no sentí nada.

—Claro, ahora entiendo por qué salías tanto de fiesta.

—¡No! No es lo que piensas, salía para distraerme, estaba roto por dentro.

—Pero... ¿Por qué? ¿Es que no estás bien conmigo? ¿Te falta algo conmigo?

—Entonces rompió a llorar ella.

—No lo sé, no sé por qué lo hice. Claro que no me falta nada contigo, Lucy. Lo que no quiero es que tú llores, que lo pases mal. Cómo esté yo no me importa.

—¿Llorar? ¿Yo? —dijo con chulería—. Yo soy una princesa. Buenas noches.

Lucy

Después de saberlo todo y haber tomado las decisiones de haber ido a estallarle la verdad en la cara a David y a Kilian, me tomé unos días para estar sola y pensar.

Las cosas habían cambiado. Ya no se trataba de una infidelidad voluntaria en toda regla, por mucho que Kilian se excusara en que iba muy borracho. En ese momento, todo me sonaba diferente en la cabeza y tanto los pensamientos como los sentimientos me cambiaban continuamente.

Decidí no comerme la cabeza y dejar que el tiempo pusiera todo en su lugar y creo que fue lo más sensato que pude hacer hasta ese momento.

Disfruté de mis días a solas con Romeo como única compañía. Veíamos pelis juntos, jugábamos, comíamos y nos dábamos cariño. Creo que fue en esos días cuando sentí que me curaba por dentro de verdad. A pesar de que las cosas habían dado un giro tremendo, mi mente necesitaba asimilarlo de forma sana y calmada. Me alegré por ello. Incluso llegué a sentirme en paz.

Paz que fue destruida cuando Martina golpeó la puerta del estudio fuertemente sin molestarse siquiera en llamar al timbre.

Entró en mi casa como alma que lleva al diablo mientras gritaba:

—¡Gabinete de crisis! ¡Gabinete de crisis!

—¿Qué pasa?

—¡Claudia está de camino!

—¿Puedes dejar de gritar?

—¡No!

Resoplé mientras ponía los ojos en blanco.

—Toma —le dije, tendiéndole mi paquete de tabaco a pesar de que sabía que no fumaba—. En lo que viene Claudia fúmate uno.

—¡No!

—Martina, basta. ¿Se puede saber qué narices te pasa? ¡Deja de gritar!

—¿Y ahora por qué gritas tú?

Inspiré hondo y conté hasta tres pellizcándome el puente de la nariz. En ese momento sonó el timbre. Debía ser Claudia. Salvada por la campana.

—Iré a abrir.

—¡Sí! ¡Abre! ¡Abre! ¡No lo soporto más! —exclamó al borde del colapso.

Claudia entró en casa y se sentó en el sofá. Nada más hacerlo, Martina se le echó encima y rompió a llorar con lágrimas de cocodrilo. Y digo lágrimas de cocodrilo porque apenas tenía en la cara.

—¿Qué le pasa?

—¡Y yo qué sé! ¡Ha entrado gritando y lo sigue haciendo!

—¡Es que no estáis sufriendo como yo!

—¿Cómo? —Claudia me miró interrogándome con la mirada.

Negué con la cabeza. No tenía ni la más remota idea de lo que podía pasarle a la loca de mi amiga.

—Os tengo que contar una cosa.

—Ya lo suponíamos. Voy a por unas cervezas.

—¡Nooo!

—¿Y ahora qué?

—No pienso beber ni fumar.

—¿Perdón? —dijo Claudia incrédula.

—Es que me ha pasado una cosa —dijo Martina poniéndose una mano en la boca.

—Eso ya lo sabemos y ya lo has dicho. ¿Puedes hablar como una persona normal?

Martina asintió con la cabeza mientras se frotaba los muslos entre sí de

forma nerviosa.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté.

—¡Tía, porque tengo el chocho enfermo!

—¿Podrías ser más fina? —la reprendió Claudia por su vocabulario. Aquello me sorprendió, Claudia y Martina eran dos malditas cabras malhabladas.

—¡Pues no! ¡No puedo! ¡Tengo un picor que no lo soporto! ¿Queréis verlo?

—¡No! —saltamos Claudia y yo a la vez.

—¡Pues tendréis que hacerlo porque necesito una opinión femenina!

—¿Lo dices en serio? Tía, no quiero verte el... tu cosa enferma.

—Las dos tenemos lo mismo, no vas a ver nada que no hayas visto ya —le replicó Martina a Claudia de mal humor.

Acto seguido se bajó los pantalones y se abrió de piernas tumbada en el sofá.

—¿Cómo está?

—Pues... —empecé mientras me asomaba un poco—. Rojo. Y raro. Está... raro. ¿Has ido al médico?

—¡Claro que he ido! ¡He ido por este picor insoportable! ¡Son hongos, tía! ¡Hongos! ¡Yo nunca he tenido esta mierda! Pero por lo visto es muy normal en todas las mujeres y más si están embarazadas.

—¿Has hablado con Ismael? Deberías pausar las relaciones sexuales hasta que se te cure —le advertí.

—Un momento. ¿Has dicho embarazada? ¿Vas a tener un hijo? —preguntó mi hermana incrédula.

Martina cerró las piernas, nos miró desde el sofá y se incorporó para ponerse de nuevo los pantalones.

—Contesta —le pedí.

—Sí —dijo con un gesto en la cara que no supe descifrar.

—¿Lo sabe Ismael?

—No. Aún no.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté preocupada. Nunca me hubiera podido imaginar aquella situación, al menos no así.

—Tenerlo —dijo firmemente.

Claudia la miró y después me miró a mí.

—¿En serio? —le pregunté sonriendo. Ella podía permitirse lo que quisiera. Estaba con alguien que la quería y a quien quería y tenía un buen trabajo. Solo le faltaba buscar una casa para los tres.

—Eso creo —dijo.

—¡Pues ole tu chocho! —Se rio Claudia aplaudiendo.

—¡Eh! ¡A mi chocho déjalo, que está malito!

Las tres rompimos en carcajadas y brindamos con zumo de frutas por la nueva vida que estaba en camino. Que Dios nos cogiera confesados si salía a su madre.

Lucy, julio

Mi enfado con Valentina seguía estando ahí. Aun así, no dejé el caso de los gemelos porque era un asunto de trabajo y necesitaba saber que esos niños estaban bien. Lo malo es que tenía que ver a su profesora día sí y día también.

Quiroga nos citó a las dos, por lo visto tenía novedades en cuanto al caso. Había descubierto algo. Vinieron ambos a mi casa y Valentina y yo nos sentamos en el sofá esperando a que él hablase.

—Llevo varios días siguiendo a Gertrudis. Acude a sesiones psiquiátricas. Tiene un problema psicológico. Lo único que nos falta saber es la causa de ese problema. Valentina tenía razón, sí que puede ser ella quien esté maltratando a los gemelos.

—¿Cómo has podido descubrir eso? Se supone que esas sesiones son confidenciales entre el doctor y el paciente.

—Ajá. Y lo siguen siendo. Pero el psiquiatra que trata a la abuela de los niños es colega mío y al saber que la estaba investigando por estos motivos no ha dudado en decírmelo.

—Está claro que los niños padecen negligencia y abandono por parte de su abuela. Lo cierto es que tienen el máximo grado, el cual comporta repercusiones biopsicológicas porque han afectado a aspectos como la alimentación, la higiene, vestimenta, aspectos sanitarios... lo que no consigo diferenciar es ese trastorno del que usted habla —añadió Valentina.

—Esquizofrenia. Ni más ni menos —aclaró Quiroga.

Tanto Valentina como yo nos quedamos frías y compartimos una mirada.

Hasta ahí todo estaba claro, pero a mí había algo que no me encajaba y era el hecho de por qué hacía todo eso. Vale, tenía un trastorno, pero ese trastorno se debería a algo. Siempre hay un móvil.

—Necesito que vayáis a casa de Gertrudis y le digáis la verdad. Llamad a los servicios sociales y que se pongan en camino para iniciar el protocolo estipulado. Iré a ver de nuevo al psiquiatra por si puede decirme algo más.

Tal y como Quiroga nos ordenó, nos fuimos directas a la casa de la anciana. Como a Valentina ya la conocía, acordamos que sería yo quien me pondría a la vista de la mirilla para que abriera.

El plan salió a la perfección. Pero cuando Gertrudis vio a Valentina, volvió a montar en cólera como aquella vez que la educadora fue sola a visitarla.

Gertrudis daba un poco de miedo. No era una mujer muy alta, tenía el pelo gris recogido en una coleta y la mirada vacía, pero brillante de odio y maldad, por lo que pude observar.

—Le advertí lo que pasaría si volvía a aparecer por aquí, Valentina.

—Gertrudis, déjese de amenazas. Hemos descubierto que los niños no están en las condiciones que deberían porque usted así lo requiere —le dije.

—¿Y tú quién eres, sabelotodo?

—Es la ayudante de un detective privado que ha estado siguiendo todos sus pasos. De ahí que la hayamos descubierto.

—¿Qué tal sus sesiones de psiquiatría? Quizá, si nos explica a nosotras qué es lo que le pasa, los servicios sociales tarden un poco más en venir a llevarse a sus nietos.

A la anciana le cambió la cara al instante y se sentó en el sillón. Parecía derrotada.

—Mi hija iba a ser madre soltera. Murió en el parto de esos dos monstruitos. Ellos me la quitaron —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Valentina y yo nos miramos por unos segundos. Creo que al hacerlo tuvimos el mismo pensamiento. ¿Qué culpa tenían esas pobres criaturas?

—No los quiero. ¡No los quiero! Hago todo esto para matarlos y que se vayan al carajo. O me los quiten o... o lo que sea.

La miramos alucinando, aquella señora definitivamente estaba mal de la choza.

—Ahora vengo... —añadió con dejadez.

Me pregunté dónde estarían los niños en ese momento, porque la verdad es que no los había escuchado. De repente, apareció la abuela de nuevo, provocándome un respingo del susto.

—¿Y los niños? —preguntó Valentina.

—En su habitación. Los he amordazado para que no me molesten.

—¡¿Que ha hecho qué?! —exclamó Valentina. Y salió corriendo en busca de la habitación de los gemelos. La seguí inmediatamente. No me podía creer lo que aquella mujer acababa de decir.

Tras llegar a la habitación, descubrí que nos había mentado. No tenía a ningún niño amordazado. Simplemente les había amenazado para que se callasen. Los niños eran pequeños, pero aun así, un niño de tres años entiende las amenazas.

Cerró la puerta tras de mí y giró la llave.

—¿De verdad pensabais que os ibais a ir de aquí después de contaros la verdad? Te advertí, Valentina. No pienso dejar testigos de lo que os he dicho.

Ahí fue cuando el pánico empezó a cundir de verdad.

Lucy

Nos dejó encerradas en la habitación de los pequeños. Ellos comenzaron a llorar y Valentina corrió a calmarlos. Yo no sabía qué hacer. No sabía si se me daban bien los niños. No tenía ni idea de qué hacer para que se callaran. Entendía que eran pequeños, pero sus llantos me estaban perforando los tímpanos y rompiendo los nervios. No quería entrar en pánico, se suponía que iba a ser detective privado, para eso estaba estudiando; no debía ponerme a llorar como una cría cuando la cosa se ponía fea.

—¡Os he dicho que no quiero testigos que sepan la verdad! ¡Y eso voy a hacer! —nos gritó desde fuera.

—Esa mujer está loca, no puede dejarnos aquí, los niños necesitan atenciones —empezó a decir Valentina.

No tenía idea si necesitaban tantas atenciones como decía Valentina o no, lo que sabía es que habían parado de llorar y lo agradecí.

Le hice un gesto llevándome el dedo índice a los labios para que guardase silencio y me acerqué a la puerta pegando la oreja en ella. Fuera se escuchaban ruidos fuertes, no tenía la menor idea de lo que Gertrudis estaba haciendo. De verdad, no paraba de cruzarme locas en el camino policíaco que estaba emprendiendo. ¿No podía ser todo más normal? ¿Tipo cuernos en una pareja o algo así? ¡Maldición! ¡No! ¡Cuernos tampoco! Joder, estaba empezando a dudar si había acertado con mi profesión o no.

—Lucy... ¿Lucy, qué oyes? —me preguntó Valentina sacándome de mis pensamientos.

—Está haciendo mucho ruido... ¿Llevas el móvil encima? Voy a llamar a Quiroga, le diré lo que está pasando. Tú llama a la policía.

Valentina asintió y sacó su teléfono móvil. Después intentó de nuevo que los gemelos no llorasen. Cuando conseguí hablar con Quiroga, le conté lo que estaba pasando y me dijo que ya había avisado a las autoridades y a los

servicios sociales.

Le pedí a Valentina que guardase silencio de nuevo y me detuve a escuchar con la oreja pegada a la puerta otra vez.

Escuché líquido caer al suelo. Pero ¿qué hacía esa mujer?

—¿Qué calor hace en julio, verdad? —la escuché gritar para ella sola.

¿Qué calor hace en julio? ¿Eso qué quería decir? Me paré a escuchar por tercera vez y seguí escuchando el ruido del líquido caer en algún sitio.

No conseguía dar con lo que podía ser aquello que estuviera esparciendo por donde quiera que lo estuviera haciendo, maldita sea.

—*¡Viejos lobos de la tribu cantarán al espíritu, al espíritu del fuego!*
—cantaba Gertrudis a pleno pulmón.

Si... para cantar canciones de campamento infantil estaba yo en aquel instante. ¡Un momento!

—¿Qué dice? —me preguntó Valentina. Jaime volvió a llorar; estaba comprobado: era escuchar la voz de su abuela y romper en llanto.

Yo seguía con mi conexión de hilos mentales: líquido, calor, fuego. Fue entonces cuando resolví aquella ecuación sin sentido.

—¡Hostia puta! ¡Está echando gasolina! ¡Está rociando la casa!

—¿Qué? ¡Dios mío! ¡Nos va a quemar vivos aquí dentro Lucy, por el amor de Dios! ¡Tenemos que hacer algo!

Valentina tenía la cara descompuesta y la angustia le empañaba la mirada.

Vale, había llegado el momento de que el pánico cundiera: estaba rociando la casa con gasolina, pensaba prenderle fuego con nosotros dentro. Sí, me había quedado muy claro que no quería testigos de su verdad. ¡Esa mujer estaba loca, maldita sea!

Me puse a pasear a grandes zancadas por la habitación. Era muy pequeña. Me estaba agobiando. Tenía un poco de ansiedad y en el pecho estaba empezando a sentir esa sensación de vacío cuando respiraba, como si el aire no llegase a mis pulmones. Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo. Era un tercero, no podíamos salir por ella sin sobrevivir. Todavía no habían llegado ni los servicios sociales ni la policía.

Resoplé y me dejé resbalar por la pared hasta sentarme en el suelo. Era la primera vez que no sabía qué hacer. Pero de verdad, no sabía qué hacer de verdad. Íbamos a morir, nos iba a quemar. Esta vez no era como aquellas ocasiones en las que dices «no sé qué hacer» porque la lavadora no funciona, porque no sabes qué ponerte o porque el gilipollas de tu ex se lía contigo mientras tiene novia, pues muy bien. No, esta vez iba en serio. Estábamos en un aprieto, estábamos perdidos.

Volví a llamar a Quiroga y le conté lo que Gertrudis estaba haciendo.

Escuchamos una risa psicótica y maquiavélica que procedía de la garganta de Gertrudis, que a saber dónde diantre se encontraba en ese momento en la casa. ¿Habría acabado ya de rociarla entera?

«Santo Dios, Quiroga, llega pronto», pensé.

—¿Crees que habrá cogido ya un mechero?

—No lo sé...

—Lucy, perdóname.

—¿Qué?

—Por lo que pasó...yo no sabía que te conocería nunca, ni siquiera sabía que existías cuando lo hice...

—Valentina, ¿crees que ahora es el momento adecuado para esto?

—Sí. ¿Vamos a morir, no?

Me quedé callada un segundo, pensando qué respuesta darle. La verdad, no estaba muy segura de si nuestro momento había llegado. Quizá Quiroga y la policía, junto con los bomberos, llegasen a tiempo de sacarnos de este lugar. O quizá no. Como no supe qué decirle, me encogí de hombros y negué levemente con la cabeza, muy seria.

Valentina resopló. Sabía que tenía miedo. Yo también lo tenía. Aun así, ella era más valiente que yo: ella estaba calmando de forma extraordinaria a dos gemelos de tres años, a pesar de que por dentro temblaba de pánico. Yo no podría hacer eso ni en sueños. La envidiaba. Envidiaba su magia y ternura con los niños. Me hubiera gustado tener esa magia a mí también, pero en ese instante no sabía si llegaría esa sensación de saber que haces las cosas bien con una criatura algún día. Ni siquiera sabía si saldríamos con vida de

aquella.

De repente, me percaté de que el ambiente olía distinto. Dios... ya había empezado. Gertrudis había prendido la mecha y un montón de llamas besarían el suelo con su lengua ardiente. Humo blanco e imposible de respirar se empezó a colar por debajo de la puerta.

Valentina me miró asustada y yo le devolví la mirada. Nos alejamos de la puerta todo lo que pudimos, cada una con un gemelo en brazos. Había una botella de agua grande cerca y la cogimos. Jaime empezó a llorar y menos mal que lo tenía Valentina, yo tenía a Iris.

—Intenta calmarlo, por favor —le pedí.

Valentina hacía todo lo que podía, y parecía que poco a poco, Jaime se calmaba de nuevo.

—Quítate la camiseta —le dije.

Me miró con ojos desorbitados.

—¿Qué?

Cada vez entraba más y más humo. Parece que no, pero el fuego arrasa más rápido de lo que creemos y la puerta de la habitación, estaba casi consumida, de ahí que entrase aquel humo imposible de respirar. Parecía que el origen del fuego lo había iniciado en las habitaciones: era lista aquella vieja. En ese momento teníamos ninguna salida a parte de la de la ventana, pero sabía que moriríamos en el intento.

—Quítate la camiseta, yo haré lo mismo, hazme caso.

Dejamos a los gemelos en el suelo y ambas nos quitamos las camisetas de manga corta que llevábamos puestas. Iris y Jaime empezaron a toser y nos dimos prisa. Sacamos las cabezas por la ventana, pero aun así nos íbamos asfixiando poco a poco.

Rompí las camisetas, cada una en dos pedazos y las mojé con el agua de la botella. Colocamos a cada uno de los gemelos aquel trocito empapado en las fosas nasales y en la boca. Al principio se resistieron, pero al comprobar que aliviaba, se lo dejaron puesto. Nosotras hicimos lo mismo.

Las llamas lamieron lo que quedaba de puerta y se adentraron poco a poco en la habitación. Intenté poner las pequeñas camas en las llamas, para

que tuvieran algo que quemar antes de llegar a nosotros, pero el humo favorecía mucho la fatiga y el cansancio y me acabé mareando.

Iris, a quien había dejado en los brazos de Valentina, me miraba embelesada.

Nada, dimití con aquella tarea. Me cansaba demasiado y no me podía permitir perder oxígeno.

Volví a la ventana después de coger a Iris de nuevo y miré hacia abajo, intentando sacar su cabecita todo lo que podía, para que respirase algo de aire puro e insté a Valentina a que hiciera lo mismo. Miramos hacia abajo. ¡Por fin! Los bomberos, la policía, los servicios sociales y Quiroga habían llegado. Por lo que entendimos, estaban preparando todo para rescatarnos.

Me pregunté dónde estaría la abuela. Bah, me daba igual. Lo único que me importaba era salir con vida de allí, los cuatro.

—Lucy.

Miré a Valentina. Su voz sonaba amortiguada por el trozo de camiseta mojado que sujetaba con una de sus manos, pegado a sus fosas nasales y su boca, igual que los gemelos.

—Cuéntame el día más feliz que puedas recordar.

Sonreí sin darme cuenta y miré de nuevo por la ventana. Vi a Kilian.

—Hoy. Saldremos de aquí —le mentí. No estaba muy segura de salir y el día más feliz que recordaba no era solo uno sino muchos y Kilian estaba en todos ellos.

Sacudí la cabeza quitándome a ese imbécil de mis pensamientos. ¿Por qué siempre tenía que estar en todo? ¿Por qué?

—Valen... —mi voz también sonó amortiguada. Ella me miró tal y como yo la había mirado antes.

—Cuéntame el día más feliz que puedas recordar.

Me sonrió. Su sonrisa era sincera y preciosa. Sus ojos color miel estaban enrojecidos, seguro que igual que los míos. Aun así, en ellos veía tanta bondad... Me abrazó sin que me lo esperase y los gemelos se aferraron a nuestros cuerpos. Pobrecitos, estaban aterrados.

—Hoy —me dijo—. Porque sé que me has perdonado.

22

Quiroga, los bomberos, la policía y los servicios sociales estaban abajo. Recé para que pronto nos sacasen de allí.

Vi a Kilian desde arriba y por increíble que parezca deseé que me abrazara, que me abrazara y nada más. Porque cuando me abrazaba, sentía que nada malo podía pasar. Pues no, a lo mejor no era el momento para ponerme ñoña pero es que estaba muy asustada. Valentina también lo estaba. Los que parecían estar tranquilos en aquel instante eran los gemelos.

Apoyaron una escalera en la fachada para acceder a la ventana. Parecía que iban a subir ya. No deseaba otra cosa en el mundo que salir de allí junto a Valentina y los niños.

También colocaron debajo de nosotros, justo a ras del edificio, esa colchoneta gigante que en mi vida supe si su verdadero nombre era ese: «colchoneta», o si tenía uno más profesional al tratarse de un utensilio que utilizan los bomberos para sacar a la gente de los edificios en llamas.

Un bombero empezó a subir por la escalera y di gracias al cielo conteniendo las lágrimas.

Miré a Valentina y ella le tendió a Jaime una vez hubo llegado hasta a ventana, quien comenzó a llorar por separarse de su profesora . El bombero volvió a bajar con el niño, esta vez de manera más cuidadosa, la escalera.

Una vez abajo, otro bombero comenzó a subir para coger a Iris.

Por lo que entendí y escuché desde allí arriba, los niños bajaban por la escalera con los bomberos porque eran muy pequeños para saltar.

¿Eso significaba que nosotras sí que saltaríamos? ¡Madre de Dios!

Escuché gritos que provenían de abajo.

—¿Me estás diciendo que Lucy Sparrow está ahí arriba?! —le gritó Kilian a Quiroga.

—Exactamente. Y no te sulfures tanto, gallito. Los bomberos la bajarán. Todos estamos nerviosos. Si por mí fuera también subiría a por ella, pero no tengo tanta chulería que derrochar como tienes tú.

—Mira... no sé qué os traéis entre manos pero sé que algo hay. No creo que ese sea el motivo por el que no subirías, creo que es porque sabes de sobra que no eres tú quien quisiera que suba junto a ella.

—¿Y si no soy yo quién es?

Kilian le ignoró y se acercó a uno de los bomberos con gesto decidido y el ceño fruncido.

—Alberto, déjame tu traje.

—¿Qué? Sam, no puedo hacer eso. Puedo perder mi puesto de trabajo. Eres policía, no estás preparado para...

Kilian le cogió de la pechera de manera agresiva y le gritó:

—¿Te crees que en mis pruebas de policía no he saltado desde cierta altura?! ¡Dame el puto traje, joder! ¡Tú no lo entiendes! Si no me lo das, seré yo mismo quien haga que pierdas tu trabajo.

Quiroga miró hacia otro lado y comenzó a pasear de un lado a otro.

—Lu, tengo miedo —dijo Valentina cogiéndome la mano.

—No lo tengas. Vamos a salir de aquí. —Le apreté la mano con la mía.

No me había dado cuenta de que otro bombero estaba a punto de entrar en la habitación por la ventana.

—¡Que suba el siguiente y quitamos la escalera! ¡Rápido! ¡Rápido!
—gritó, asomándose por la ventana y mirando hacia abajo.

Kilian ya llevaba media escalera subida y en pocos minutos se encontró dentro de la habitación.

—¡Estás loco de remate! ¿Se puede saber qué coño haces? —le reñí.

—Cállate, Sparrow.

Me crucé de brazos y observé cómo los bomberos que se encontraban abajo quitaban la escalera.

Valentina, muerta de miedo, siguió las indicaciones que le daba el

bombero y se lanzaron al vacío cayendo en la colchoneta.

Era nuestro turno. Samuel me ayudó a subirme a la ventana.

Me sentí morir. Descubrí en aquel instante que tenía vértigo y las náuseas me subieron por la garganta. Me temblaban las manos y Kilian, tras ponerse a mi lado en la ventana, me cogió la derecha para tranquilizarme.

—¿Preparada? —me preguntó.

—No —le dije aterrada.

—¿Confías en mí?

—¿Qué?

—Lucy... ¿Confías en mí?

Había soltado mi mano y me la estaba ofreciendo de nuevo mientras me formulaba la pregunta.

Con un poco de indecisión, al final estreché su mano con la mía y dije:

—Sí.

Lucy

Tras sentir esa adrenalina que te inunda el cuerpo al saltar al vacío, caímos en la colchoneta y bajamos de ella.

Kilian se quitó el traje de bombero y a mí me dieron una manta térmica. La ambulancia nos atendió a nosotras dos y los pequeños. A Valentina también le dieron otra manta, ya que íbamos sin camiseta. La verdad, no lo entendía, estábamos en pleno verano y, aun así, me notaba el cuerpo destemplado.

Pareció ser que mientras nos rescataban la policía había interceptado a la abuela de los gemelos.

De repente, se escucharon gritos y gentío, luego unos cuantos disparos y acto seguido me di de bruces contra el suelo con Samuel encima de mí. No conseguía entender qué diantres había pasado.

—¿Estás bien? ¿Pequeña, estás bien? —me preguntó temblando.

—Sí... sí. No... no sé qué ha pasado. Estás temblando. ¿Puedes levantarte?

Samuel se levantó con una dificultad que no entendí y busqué a Valentina con la mirada.

Estaba atardeciendo y el sol volvía a su escondite dejando unos rayos violetas preciosos.

No encontraba a Valentina y por un segundo me olvidé de Kilian y la seguí buscando con la mirada de manera más atenta. Unos metros más lejos de donde estaba, vislumbré un grupo de policías, bomberos y médicos alrededor de algo que no conseguía ver desde mi posición.

Me desprendí de la manta térmica y me abrí paso entre la gente. Lo que vi me horrorizó. Valentina tenía dos heridas de bala en el pecho, sangraba mucho y apenas podía respirar.

—Lu... —intentó llamarme.

Me agaché sin hacer caso a lo que me decían.

—Shhh —le dije, posando el dedo índice en sus labios. Labios que Kilian, el amor de mi vida, había besado. ¡Era todo tan contradictorio!

Al minuto, comprendí que se iba a morir y me dolió el corazón de manera insoportable.

—¿Has visto el cielo? ¿Has visto qué bonito está el cielo, mi vida? Míralo —le dije llorando.

—Hemos salido, Lu...

—Sí, hemos salido. Te vas a curar —mentí. Odiaba mentir pero es que no era capaz de decirle la verdad.

Los médicos me gritaron que les dejase pincharle no sé qué cosa, me parecía que era morfina para que no sintiera dolor, había perdido mucha sangre en muy poco tiempo. No podían hacer nada por ella.

—Mira el cielo, Valentina.

«No te mueras, por favor no te mueras», pensé de forma inútil mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

Valentina lo miró por una fracción de segundo y al instante sus ojos se quedaron vacíos, a la vez que su cuerpo se quedó sin vida.

Grité de forma desgarrada, soltando todo el llanto que había contenido mientras hablaba con ella. Le cerré los ojos y dejé que los médicos y los policías me apartasen de ahí en medio para meter a Valentina en una bolsa de plástico.

Policías... ¡Policías! ¡Kilian!

—¡Que venga! —gritó alguien.

Me abrí paso entre otro mogollón de gente y lo vi pálido y sudoroso.

Había una gran mancha de sangre en el suelo. Tenía un disparo en la espalda. Lo comprendí. Ese disparo era para mí. ¡Ese disparo era para mí, maldita sea!

En ese momento estaba tumbado de lado, mientras dos médicos le hacían

comprensiones por presión para detener la hemorragia.

—Rubia... —me susurró cuando me agaché a su lado.

—Estás loco... —le dije entre lágrimas mientras le daba besos en la cara y la frente—. Estás loco, Kili... ¿Por qué has hecho eso?

—Porque haría todo lo que fuera por ti... —dijo con una mueca que creí que intentaba ser una sonrisa.

Estaba pálido y se quejó de que tenía frío.

—Estoy mal, Lucy...

—Pero te pondrás bien, ya lo verás —dije acariciándole el pelo.

Intentaba conservar toda la calma de la que era capaz... No podía irse de mí también él. ¡No podía!

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Lucy, nos vamos —dijo Quiroga, rompiendo esa intimidad que se estaba creando con Kilian.

—Yo no voy. Vete tú. Voy directa al hospital.

—¡Estoy harto, Lucy! ¡Maldita sea! ¡Siempre tiene que ser lo que tú digas! ¡¿Quieres irte con él?! Adelante. Pero acepta las consecuencias entonces.

—No sabes de lo que estás hablando, Iván.

—Sí lo sé, claro que lo sé. Sé que cualquier hombre que no sea él y se enamora de ti se está condenando al infierno. Porque solo existe él para ti y es el único.

Me quedé con la boca abierta y Quiroga sin más se marchó.

Movimientos y zarandeos me devolvieron a la realidad.

—Tiene el pulso muy débil —comentó un médico.

Acababan de ponerlo bocarriba y Kilian me cogió de la mano. Me miró a los ojos y conocía esa expresión, quería decirme algo:

—Dime.

—Libérame.

¿Qué? No entendía lo que quería decir esa palabra. ¿Que le liberase de qué?

Quise preguntarle de nuevo, pero rápidamente me apartaron de él, se soltaron nuestras manos y lo transportaron deprisa en una camilla hacia la ambulancia.

—¡Rápido! ¡Ha entrado en parada!

Las puertas de la ambulancia se cerraron y me quedé sola, contemplando cómo la vida de Kilian se marchaba en aquella ambulancia.

24

Me quedé paralizada mirando aquella ambulancia marcharse. Kilian parecía debatirse entre la vida y la muerte dentro de ella y yo no podía mover ni un solo músculo.

Ahí plantada, sin camiseta, con la sangre de Valentina y de Kilian todavía manchando el asfalto...

Parecía estar encerrada en una terrible pesadilla. Debía reaccionar. Debía moverme de allí y correr junto a él... Quiroga había tenido toda la razón en aquello que me había dicho: solamente existía Kilian para mí, él era el único.

Cuando al fin reaccioné, recuperé aquella mantita térmica que me habían dado los paramédicos de la ambulancia y saqué la BB del bolsillo trasero de mi pantalón para llamar a un taxi. Mientras me atendían la llamada, palpé por los demás bolsillos buscando las llaves de mi casa que, por suerte, seguían ahí, temiendo haberlas perdido dentro de la casa de la vieja psicópata.

Una vez estuve en mi estudio, cogí dinero de una cajita que guardaba dentro de la mesilla de noche y pagué el viaje al taxista.

Me miré en el espejo. Estaba absolutamente demacrada, pero no tenía tiempo de acicalamientos, debía ir al hospital de inmediato. Kilian me necesitaba y yo debía estar con él. Yo quería estar con él.

Me puse una camiseta limpia, me lavé la cara con agua fría y me peiné el cabello suelto y enmarañado con los dedos.

Cogí la BlackBerry, un monedero con algo de dinero y las llaves del coche y salí pitando de mi estudio sin prestarle ninguna atención a mi pobre gato, el cual no entendía nada de la situación y lloraba desconsolado porque me iba.

De camino a mi vehículo, intenté localizar a Martina, a Ismael y a Claudia, pero ninguno contestó a mis llamadas.

No importaba, Kilian me necesitaba a mí y solo a mí en esos duros momentos.

Se salvaría, tenía que hacerlo. Si no, no me lo perdonaría jamás.

Conduje sin cuidado alguno por las calles de Alicante a riesgo de tener yo misma un accidente, pero nada de eso me importaba, solamente sonaba un nombre en mi cabeza y ese era mi único objetivo.

Me puse de los nervios aparcando en el parking del Hospital General de Alicante, pero al final lo conseguí y fui corriendo, literalmente, a recepción.

La chica que había tras el mostrador se asustó cuando llegué precipitadamente y apoyé de forma brusca mis manos sobre la superficie.

—Necesito saber cómo está un hombre que han traído de urgencia por una herida de bala... —le pedí saliéndome las palabras estranguladas por la boca.

La chica, con una parsimonia exasperante, tecleó en el teclado de su ordenador sin apenas mirarme.

—¿No me ha oído?!

—Señorita, tranquilícese, estoy buscando las entradas de urgencias... pero debe decirme cómo se llama el hombre al que busca.

—Se llama Samuel, Samuel Quilates y es... —le dije mientras los ojos se me llenaban de lágrimas—. Es policía... por favor, dígame qué ha pasado con él.

La chica pareció apiadarse de mí al hablarle así y dijo:

—Tranquila, no se preocupe. Aquí me consta que Samuel Quilates ha llegado hace rato al hospital y que está en medio de una intervención quirúrgica.

—¿Una qué...? —Me sentí desfallecer por un momento.

—Le están operando, señorita. Debe tranquilizarse. Siéntese en la sala de espera...

Aquello me desbordó y dando un fuerte golpe sobre el mostrador, salí a grandes zancadas de aquella sala para buscar a alguien que pudiera decirme algo más sobre Kilian.

Las lágrimas corrían veloces por mi cara y me sentía exhausta. Volví a teclear en mi BB para probar de nuevo si localizaba a Martina o a Claudia cuando choqué contra alguien.

Iba a disculparme cuando alcé la vista y me di cuenta de quién era.

—¿Ismael? ¡Oh, Dios mío! ¿Te has enterado? ¡Os he estado llamando a ti y a Martina! —dije abrazándome a su cuerpo.

—¿Que si me he enterado? Estaba con Martina cuando ha pasado todo... No sé qué va a suceder, Lucy. Pero... estoy fatal —dijo con la voz quebrada. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ha sido por mi culpa, ha sido por mi culpa... Esa bala era para mí, pero él...

Me interrumpí yo misma cuando vi a Martina postrada en una camilla y a Claudia a su lado cogiéndole la mano.

—No... no entiendo qué quieres decir, Lucy. ¿Qué bala? —preguntó Ismael con el rostro desencajado. Ya nos habíamos dado cuenta ambos de que estábamos allí por diferentes motivos y que ninguno tenía constancia del malestar del otro.

—¿Qué le ha pasado a Martina? ¡¿Qué le ha pasado a Martina?!

Los nervios me recorrían desde el estómago hasta la garganta.

Claudia se abalanzó sobre mí para abrazarme e Ismael corrió rápidamente junto a Martina, quien lloraba desconsolada y retorciéndose en la camilla.

Los médicos que la transportaban aceleraron el paso y solo me dio tiempo a acariciar su mano.

Observé cómo se alejaban y comenzó a faltarme el aire. Sentía una opresión en el pecho que hacía mucho que no experimentaba. Un ataque de ansiedad.

Los oídos comenzaron a zumbarme y noté hormigueo en las manos y pies, se me habían dormido. Me dejé caer en el suelo con las manos puestas en el pecho, el agobio iba en aumento y no podía respirar. Escuché de fondo cómo Claudia llamaba a gritos a un médico y lo siguiente que recuerdo es desvanecerme después de notar la aguja de un tranquilizante penetrar en mi brazo.

25

Cuando me desperté, me costó horrores abrir los ojos. Los notaba hinchados y pesados. Abrí uno de ellos un poquito y vi a Claudia sentada al lado de la camilla donde me encontraba, mirando su móvil.

—Clau...

Acto seguido alzó sus ojos de la pantalla y se acercó rápidamente a la camilla.

—*Monguer...*

—¿Qué ha pasado?

—Te ha dado un ataque de ansiedad. Has dormido unas cuantas horas porque te han administrado varios tranquilizantes.

—¿Unas cuantas horas? ¡¿Cuántas?! —exclamé quitándome la sábana y queriendo bajarme de la camilla.

Debía saber de Kilian.

—¡Eh, eh, eh! Despacio, ha dicho el médico que tienes que tener calma, podrías marearte al principio por haber estado sedada.

—Pero tú no lo entiendes... tengo que ver a Kilian. ¿Y Martina? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estabais aquí los tres?

Las lágrimas volvieron a mis ojos de nuevo.

Claudia agachó la cabeza mientras me metía de nuevo en la cama.

—Ha perdido al bebé. Tuvo una caída y... bueno, han tenido que operarla porque por dentro no ha quedado bien después del aborto. La han vaciado, no podrá volver a ser madre.

Dios mío... aquello debía ser terrible para Martina. Estaba decidida a ser madre, a tener a ese bebé con Ismael. Por fin se había enamorado y estaba convencida de formar una familia. Estaría destrozada.

No supe qué decir, por lo que me mantuve callada un rato.

—¿Podemos verla? —pregunté.

—Todavía no. Ya está en planta pero debemos esperar a que se estabilice un poco, no hace mucho que la han trasladado a una habitación.

Asentí.

—¿Ismael está...?

—Está con Kilian.

—¡¿Cómo está?!

Claudia me miró a los ojos de manera triste.

No, no, no. Por favor, que no dijera que había muerto...

—Ha salido de la operación, tranquila. Pero la recuperación no será sencilla. Ha sido una operación complicada, al parecer.

—Pero... pero se pondrá bien, ¿verdad?

—Sí, cielo. Solo que será lento.

Asentí con firmeza. No importaba. No importaba lo lento que fuera, yo estaría con él. Juntos lo haríamos.

—¿Puedo verlo?

—Espera un rato. Ismael está con él, aunque está aún sedado por la anestesia. Y tú debes tranquilizarte y descansar.

Resoplé y volví a acostarme en la cama.

Unas horas después, volví a despertarme, debía haberme quedado dormida de nuevo.

Cuando abrí los ojos era Ismael quien estaba conmigo.

—Hola, Lucy —dijo con una sonrisa triste.

—Hola... —le contesté. Sentía la boca pastosa, necesitaba un poco de agua—. ¿Puedes acercarme la botella, por favor?

—Claro —dijo a la vez que me la pasaba.

Bebí unos cuantos tragos y volví a acostarme, parecía que estaba aún más cansada que horas antes.

—Siento... siento mucho lo que ha sucedido —le dije con la voz entrecortada.

Ismael no dijo nada, pero asintió con la cabeza ligeramente.

—¿Cómo está ella?

—Bueno... mal. Pero es fuerte, se repondrá, seguro.

—¿Y tú?

—A mí no me ha dado tiempo aún a pensar en nada.

Me quedé callada unos segundos y, cuando iba a contestarle, Ismael me interrumpió:

—Kilian te está esperando. Se ha despertado.

Abrí los ojos enormemente y sentí mi corazón bombear con brusquedad.

—¿Está bien?

—Sí, tranquila, aunque ha de estar un tiempo convaleciente.

—¿Está solo?

—Sí, me ha pedido que viniera a hacer el relevo con Claudia y que, si estabas bien, te pidiera que fueras a verlo.

Sí, estaba bien. ¡Por supuesto que estaba bien!

Le pedí a Ismael que me dijera la planta y el número de habitación en la que Kilian se encontraba y fui en su busca.

Corrí todo lo que mis flojas piernas me permitieron, pues aún me quedaban efectos de los tranquilizantes. Cuando entré en la habitación, lo vi tendido en la cama, con una vía de suero, antibióticos y calmantes en su brazo derecho.

Me acerqué lentamente mientras él me observaba con una pequeña sonrisa en los labios a pesar de lo mal que, seguro, lo debía estar pasando.

—Has venido, rubia... —susurró. Parecía que casi no tenía fuerzas para hablar.

—Claro que he venido.

—¿Estás bien? Me ha dicho Ismael que has estado en una habitación. ¿Se

te ha pasado ya la ansiedad?

—Sí, me han debido pinchar tranquilizantes para un caballo. O eso o que saber que estás bien es todo lo que necesito para estar tranquila.

Con su mano izquierda me acarició suavemente la mejilla y yo puse mi mano derecha sobre la suya mientras cerraba los ojos.

—No vuelvas a hacer que suba más a por ti a un edificio en llamas —dijo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y rompí a llorar.

—Sé que ha sido culpa mía... lo sé.

—No. No lo digo porque piense eso. Lo digo porque creí que te iba a perder —susurró—. No me hagas eso nunca más, no me hagas creer que te pierdo porque me moriría.

—He estado a punto de perderte yo a ti por ello.

—Moriría mil veces por ti. Eres el amor de mi vida, Sparrow.

Sonreí sintiendo caer las lágrimas por mis mejillas.

—Me dijiste... me dijiste una cosa que no entendí mientras te llevaban hacia la ambulancia.

—Lo sé.

—¿Qué significa?

—Libérame.

—¿De qué?

—De la culpa que me come cada día desde que no te tengo por ser un imbécil.

—No fue culpa tuya —le dije, acariciándole la frente y mirándome en sus ojos de color miel.

—Necesito que lo hagas, que me perdones, que confíes en mí.

—Ya lo hago. Todas esas cosas que dices, ya las hago.

—¿De verdad?

—Claro —le dije acercándome más a su rostro.

—Bésame, por favor... —me suplicó.

Y eso hice. Besarle, besarle como nunca había hecho, con la necesidad de no poder perderle jamás, con amor, con amor real y verdadero.

—Una cosa más —dijo.

—Dime.

—Cásate conmigo, Lucy.

Un año después

Me miré en el espejo, el blanco me sentaba bien. Realzaba el color verde de mis ojos y el rojo de mis labios, a juego con el color de mis uñas y el de mis zapatos. Porque sí, me había empeñado en ponerme zapatos de tacón rojos para el día de mi boda.

Todo estaba en perfecta combinación, desde los zapatos hasta el ramo de novia, que era de rosas rojas.

Martina entró atacada a mi habitación. Nos encontrábamos en mi estudio.

Llevaba al pequeño Jaime en brazos. Aunque ya tenía cuatro años, no se despegaba de su madre ni un momento. En cambio, Iris, era más de su padre, Ismael.

Sí, después de lo que le pasó a Martina al abortar, decidieron adoptar a los pequeños gemelos del caso que casi nos costó la vida a Kilian y a mí. Su abuela estaría unos cuantos años en la cárcel y ya había dejado claro que no quería saber nada de los pequeños.

Cuando los adoptaron, hicieron algo que me llegó al corazón. A Iris, le cambiaron el nombre en el registro civil y añadieron al que ya tenía el de Valentina como segundo nombre. Se me saltaron las lágrimas cuando Martina me lo contó.

—¿Quieres darte prisa? ¡Tenemos que salir ya! ¡Lola está esperando en tu coche persignándose continuamente y tu hermana ya no puede con ella!

—¿Has hablado con mi madre?

—¡Sí! ¡Está en el juzgado controlando que todo esté en orden! ¡Kilian ya está allí!

Dios mío, ahí sí que los nervios se apoderaron de mi estómago.

—Vale, vale... vámonos ya.

—Ya verás a Lola, está mega morena. ¡Esa tía sí que sabe vivir la vida! Desde que se fue de voluntariado no ha parado de viajar. El Caribe le ha sentado la mar de bien...

Asentía sin escuchar demasiado lo que Martina me estaba contando acerca de Lolita.

Me retoqué los labios en un segundo y nos montamos en el coche, decorado con lazos blancos y rojos y rosas blancas.

¡Era mi día! ¡Nuestro día!

Después de un año en el que Kilian había tenido que recuperarse al cien por cien de aquella operación, por fin celebrábamos nuestro compromiso. Algo íntimo, sencillo, familiar.

Tan solo acudirían mis amigas, Claudia, mi madre, Ismael, Belmonte y el comisario De la Torre.

Sería perfecto, lo iba a ser.

Cuando llegamos al juzgado, Ismael me acompañó cogida de su brazo hasta donde Kilian se encontraba.

Cuando las puertas se abrieron, comenzó a sonar la canción que había elegido para aquel momento: *No hay nadie más* de Sebastián Yatra.

Recuerdo aquel día como si fuera un hoy.

No hay nada como ella, ni siquiera me encontró.

Kilian estaba espectacular con su pelo engominado y vestido con traje, camisa blanca y corbata roja, a juego con mis zapatos.

Recuerdo todavía la vez que la besé.

Fue mi primer amor y ahora escribo su canción.

Sus ojos color miel se posaron sobre lo míos. Los vi brillar de felicidad e incluso de lágrimas contenidas por la emoción.

Hay algo más inexplicable como su mirada.

Inigualable como la manera en que me cela.

Y trata de disimular que no está mal.

*Voy a cuidarte por las noches.
Voy amarte sin reproches.
Te voy a extrañar en la tempestad.
Y aunque existan mil razones para renunciar.
No hay nadie más*

Cuando llegamos donde él se encontraba, Ismael se colocó a mi lado después de darle mi mano a Kilian, quien la acarició y la besó.

*Se llevó todo, se llevó tristeza.
Ya no existe espacio en la melancolía.
Porque a su lado todo tiene más razón.
Me llevé sus lágrimas, llegaron risas.
Cuando estamos juntos la tierra se paraliza.
Se paraliza.*

—Estás preciosa —dijo.

Nos miramos a los ojos unos segundos, sonriéndonos, contenidos.

Minutos después, ya podíamos considerarnos marido y mujer, algo que sellamos con un magnífico beso.

Aquello sería para siempre, por mucho que nos hubiera costado, por mucho que hubiéramos sufrido ambos por el otro, pues él había besado a otras y yo también, por mucho que sucediese, aquello jamás terminaría. Siempre seríamos Kilian y Lucy, Lucy y Kilian.

EPILOGO

Dos años después

Mientras andaba a paso rápido y enérgico hacia mi nuevo apartamento, me recreé pensando en cómo podía cambiar la vida en unos cuantos años. En cómo empezó aquella gran aventura que viví junto a Kilian y Mis amigas y hermana.

Las infidelidades de mi exmarido me llevaron a conocer a Quiroga, de quien no volví a saber nunca nada más; Quiroga me llevó a sentir pasión por la investigación y al caso de Almudena Salamanca, el cual, al final no fue un asesinato, sino un suicidio porque descubrió que su hermana y su marido tenían una aventura a sus espaldas; adentrarme en aquel caso de manera profesional me llevó a conocer a Kilian, con quien me había casado después de tanto sufrir, como también me había hecho sucumbir a estudiar por fin para obtener el título de detective privado.

Claudia vivía feliz su vida de soltera, Lola no paraba de viajar continuamente y Martina era amada y moría de amor con su nueva familia.

Sí, todo parecía encajar, todo estaba en su sitio.

Debo decir que es cierto que el tiempo pone todo en su lugar correspondiente.

Entré impaciente en nuestra casa, todavía no me acostumbraba a tener que coger el ascensor para poder escuchar a Romeo llorar por verme.

Casi me tropecé con la alfombra de bienvenida. Romeo me esperaba nada más entrar en el recibidor.

—¡Lo tengo, minino! ¡Ya es mío!

Dejé el bolso y las llaves de cualquier manera en la mesita de la entrada y corrí hacia el comedor con el sobre en la mano.

—¿A que no sabéis qué?!

Kilian y la pequeña Eva, llamada así en honor a la madre de Kilian, se encontraban tirados en el sofá, esta estirándole del pelo a su padre.

—Hola, rubia. Mira tu hija lo que me hace...

—¡No la dejes! ¡Hace contigo lo que quiere! Si le ríes las gracias cuando te tira del pelo... ¿Qué quieres que entienda?

Kilian chasqueó la lengua contra el paladar y esbozó una dulce sonrisa, soltando las manitas de la niña de su pelo de punta.

—Ven, peque —le dijo a nuestra hija—. Veamos qué trae mami en ese sobre...

Me mordí el labio inferior, impaciente. ¡Estaba eufórica!

Saqué el documento con manos temblorosas del sobre.

—¡Oficialmente ya soy detective privado! ¡Mira, mira! ¡Después de un año de haber aprobado este es el título oficial!

Kilian cogió el papel con la mano libre que le quedaba y lo leyó con una gran sonrisa en la boca.

—¡Enhorabuena! ¿Me alegro muchísimo, cariño! ¡Es lo que siempre has querido!

—Lo que siempre he querido sois vosotros —le dije acercándome a ellos y cogiendo a mi pequeña en brazos para besarle la cabecita.

La pequeña Eva tenía un año y era clavadita a su padre, salvo por el pelo, que lo tenía rubio como yo.

Kilian me dio un dulce beso en los labios para felicitarme.

—Efectivamente, ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Sí, sabía que acabaría contigo y sabía que tendríamos un monstruito como este.

—Efectivamente... —repetí entre risas.

Kilian me miró a los ojos y acarició mi nariz con la suya.

—Efectivamente... tú. Siempre tú.